HISTORIAS DEL CAMINO

DESDE FRÓMISTA A SANTIAGO DE COMPOSTELA

JOSÉ MARÍA CUADRO PINA

eldu

INGENIEROS INDUSTRIALES
COLEGIO Y ASOCIACIÓN - MADRID

HISTORIAS DEL CAMINO
desde FRÓMISTA A SANTIAGO DE COMPOSTELA

José María Cuadro

eldu

INGENIEROS INDUSTRIALES
COLEGIO Y ASOCIACIÓN · MADRID

© José María Cuadro
https://josemariacuadro.wordpress.com/
© Diseño e Impresión:
Graficas Pedraza S.L
© Sin valor venal

Presentación

Decíamos ayer, cuando José María Cuadro nos hizo llegar aquella primera parte de sus "Historias del camino " : ¿Iremos de Roncesvalles a Frómista? Así ha sido. Hemos pasado por Zubiri, subiendo y bajando el Alto de Erro y desde allí nos fuimos a Pamplona, después a Valdizarbe y Estella. Que tiene como patrón a un apóstol que no es Santiago, sino San Andrés. Llegamos a Logroño y a Nájera. A Santo Domingo de la Calzada, Belorado y Burgos. Cabeza de Castilla, en donde visitamos la tumba de EL CID, para terminar en Frómista. Acabando así aquella experiencia , nos dijimos: "Ultreia, suseia. Santiago ". Proeza que cobrará especial valor este Año Santo Xacobeo, en el que acometemos esta segunda "Ultreia suseia. Santiago ". En efecto, seguimos adelante, hasta Santiago de Compostela. En donde nos espera ese Santiago, que sea quien sea, nos hace ser criaturas con futuro y trascendencia . !Benditas Historias del Camino! Camino que iremos rememorando gracias a su autor. Mientras pasamos por: Carrión de los Condes, Sahagun, León, Astorga, Ponferrada, O Cebreiro. Donde dejaremos atrás Castilla y León. Llegaremos a Porto Marín y cuando estemos en Lavacolla, veremos a lo lejos, la meta de nuestro empeño: !Santiago de Compostela! Habiendo disfrutado con las historias de este camino.

¡Larga vida a los caminantes!

ELDU ELECTROAPLICACIONES, S.A.

Presentación

Un año más, la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid cumple con una doble misión al otorgar el galardón del "Libro del Ingeniero", porque por un lado nos permite seguir recordando a un joven compañero "Rodolfo Benito Samaniego", cuya prometedora vida fue segada en el vil atentado terrorista de marzo de 2004 que causó la muerte de cerca de 200 personas y 2.000 heridos en diversas estaciones de tren de cercanías de la Comunidad de Madrid.

Y por otro, porque mediante la convocatoria del premio animamos y damos cauce a las inquietudes literarias de nuestros asociados. A día de hoy resultan muy diversos los temas galardonados en anteriores años puesto que han tocado tanto facetas concretas de gestión empresarial, científica y técnica propias de nuestra profesión así como aspectos singulares del arte y de la historia, dando prueba de las inquietudes humanísticas de nuestra carrera.

En esta año de 2022, aparece premiado por segunda vez, un libro de viajes, de esos que casi nunca pasan de moda y que recogen las experiencias y observaciones recogidas por el autor. Y reaparece en él un viejo tema – ya que carga con doce siglos de antigüedad a sus espaldas- y que sigue estando de plena actualidad: el Camino de Santiago.

Y señalamos lo de reaparición, porque de esta manera se completa al que ya premiamos en 2020, y en el que por limitaciones de la extensión de la obra, solo pudo describirnos el llamado Camino Francés, desde Roncesvalles hasta Frómista.

Hoy su autor, nuestro compañero José María Cuadro Pina, cubre el vano dejado entonces para llevarnos hasta Santiago utilizando las

mismas armas descriptivas del anterior: múltiples leyendas, mitos, tradiciones, pequeñas y grandes historias, reseñas personales y anécdotas que jalonan el Camino y que nos permiten recorrerlo desde la cómoda andadura de una plácida e interesante lectura.

Por último, solo me resta agradecer una vez más el patrocinio de nuestros amigos de ELDU, cuyo desinteresado apoyo anual, nos permite seguir desarrollando y mantener abierto este imprescindible espacio cultural en beneficio de nuestros asociados y amigos.

Emilio Mínguez Torres

Presidente AIIM

Madrid, diciembre 2022

Prólogo

Tal como me propuse en la primera parte de estas «Historias del Camino», tampoco encontrará el lector en la segunda una detallada guía viajera para los trancos comprendidos entre Frómista y la meta, Santiago de Compostela, dado que sigue sin ser su objeto. Pero sí tropezará en sus páginas con muchas pequeñas historias y leyendas de la Tierra de Campos, de la Maragatería, del Bierzo y de la misteriosa Galicia que le permitirán conocer la ruta un poco mejor.

Su rico acervo histórico y sus viejas piedras permanecerán inalterables conformando el crisol de la andadura por los siglos venideros. Pero, entreverada con ellas, existe otro Camino, otro afán, que fluye y cambia en cada jornada como algo vivo porque lo forman personas, toda esa gente que avanza desde el amanecer portando en la mochila del alma su pequeña historia, sus temores, sus penas, sus alegrías y sus anhelos. Mujeres, hombres y niños que intercambian sonrisas, buenas palabras y también silencios al cruzarse. Que se hermanan en torno a una bebida o a un plato de comida por unos minutos en cualquier hospedería y, tras ello, se despiden, quizás para siempre, con la íntima satisfacción de haber encontrado a otros que tan solo buscaban paz y sosiego.

Y no te equivoques lector, no te deslumbres con las viejas historias, leyendas y mitos que aquí describo porque el verdadero Camino lo anda cada uno hacia dentro y se recorre en el alma. Pero ese, discúlpame, no lo sé describir por mucho que en algunos momentos haya tratado de ofrecer alguna huella de él.

De Frómista a Carrión de los Condes

Frómista recibió su nombre de los romanos ya que sus campos fueron conocidos por entonces como «frumens o frumesta», tierra de trigo. Y formó parte del granero de Hispania y de los visigodos hasta que, tras la invasión musulmana y con los albores de la reconquista, se despobló pasando a formar parte de la tierra de nadie del valle del Duero. Finalmente, tras ser recuperada para el reino de León, se vio repoblada por gentes de diversos orígenes e incluso fue catalogada como puebla judía en cierto documento de Alfonso VII por la abundancia de estos. Circunstancia que no era bien aceptada por los lugares vecinos que al parecer llamaban a los del pueblo rabudos o judíos a modo de insulto.

Y, aunque tiene varias iglesias notables, nos centraremos sobre la joya de la corona de esta villa, **San Martín de Frómista**, o de Tours, que se ha convertido en uno de los iconos del Camino y es conocida como referente del románico palentino español. Pero hecha esta loa sobre su importancia artística debo añadir que, según la opinión de muchos expertos, San Martín es un templo del que no se sabe bien dónde comienza y acaba la obra original y dónde lo añadido por causa de una restauración muy criticada que se realizó a finales del siglo XIX y, sobre todo, en el primer tercio del XX. Incluso cabe añadir algo más: no se sabe qué partes de lo que hoy vemos es una pura reposición de lo antaño existente y qué partes son añadidos inventados durante la restauración.

Inicialmente fue un monasterio fundado por Muniadona –doña Mayor– de Castilla, que fue esposa de Sancho Garcés III el Mayor, quien primero ostentó el título de rey de Nájera-Pamplona y que,

por una serie de complicadas situaciones de carácter hereditario y familiar, se vio convertido en árbitro e incluso señor de todos los reinos cristianos ibéricos hacia el año 1030. Doña Mayor se retiró a San Martín tras enviudar de Sancho en 1035, y es lógico pensar que el monasterio debió conocer su época más gloriosa por aquel entonces. Pero a partir del siglo XIV entró en franco declive, deterioro que se agudizó en lo arquitectónico entre el siglo XVI y el siglo XVIII cuando se le adhirieron otras construcciones que modificaron profundamente su aspecto inicial.

¿Qué había antes de la restauración de San Martín de Frómista?

Como avanzábamos, a lo largo de los años siguientes a su fundación se fueron produciendo diversas transformaciones estructurales. Algunas en forma de añadidos motivados por razones de funcionalidad –que hubieran sido aceptables si no hubieran alterado la estabilidad del edificio– y otras en reparación del deterioro que sufría el templo por razón del roer de los años. Hasta el punto de que, cuando el 13 de noviembre de 1894 se le declara monumento nacional y se decide acometer su saneo, partes del edificio estaban en franca ruina y otras la amenazaban con carácter inmediato.

Maqueta existente en San Martín mostrando su aspecto de partida

En rápida relación, estos fueron los cambios más importantes sufridos por una u otra de las anteriores causas: se había perdido

una torre del ángulo suroccidental; se habían hecho reparaciones en muros y hastiales con materiales distintos a los originales, incluso con morteros bastos; se había elevado sobre el cimborrio del crucero un cuerpo para sostener campanas y, para poder llegar a ese campanario, se había alzado una torre exterior y un pasadizo aéreo; se habían adosado capillas y una sacristía a las naves; se habían alargado estas para contener un baptisterio, otra capilla y un almacén; y se había cubierto la fachada norte con un atrio.

Maqueta existente en San Martín mostrando su aspecto de partida

¿Qué se hizo cuando la restauración?

Las modificaciones de mayor calado fueron: el derribo de todas las construcciones próximas al edificio dejando el templo como cuerpo exento en una nueva plaza totalmente despejada; se eliminó la linterna que hacía de campanario así como la torre y el pasadizo aéreo de acceso; se quitó la escayola que revestía el interior del templo; se limpió la fachada; se rebajó la altura de la nave central quitando un sobre techo que la protegía y, también, se eliminaron las construcciones añadidas. Además apareció «milagrosamente» una nueva puerta en el lado sur de la que no existía el menor rastro anterior; se recolocaron los canecillos exteriores, se restauraron muchos otros e incluso se hicieron nuevos.

Y, porque merece capítulo aparte, hay que señalar que muchos de los aplaudidos capiteles interiores se alteraron con un nuevo cincelado a fin de no herir la sensibilidad de la feligresía con sus procaces imágenes. Otros se reprodujeron completamente debido a su pobre estado y, finalmente, otros se recrearon de nuevo con mejor o peor resultado imaginativo.

En resumen, solo faltó desmontar íntegramente cada una de sus piedras y sillares para lavarlos y cepillarlos antes de ponerlos en su sitio o en alguno parecido. En opinión de simple e impertinente peregrino enredador, creo que reinventaron un templo románico arquetípico utilizando las viejas piedras disponibles y añadiéndole bastantes otras. Como resultado, nadie puede estar seguro de la fidelidad de lo realizado.

Dicho esto, se podrá discutir la tarea realizada en San Martín de Frómista, que de hecho es muy criticada, pero al menos debemos reconocer que se salvó lo esencial del templo… Y es el momento de recordar todas las ruinas perdidas que hemos ido dejando atrás a lo largo del Camino, como el Monasterio de San Antón en Castrojeriz a pocos kilómetros de Frómista. Así que celebremos el que ahí siga en pie San Martin para nuestra fortuna.

Aspecto actual de San Martín de Frómista

Las imágenes siguientes revelan claramente los profundos cambios realizados sobre el templo durante la restauración por comparación a los detalles de la maqueta expuesta con anterioridad.

Otras historias de Frómista. La piedra del milagro

En las proximidades de San Martín hay una calle, llamada del Milagro, que desemboca en la parte alta de la plaza del templo por encima de una zona ajardinada. Frente a la puerta de una de las viviendas situadas a mano derecha, justo al borde de la acera, hay una estela parecida a las funerarias medievales en cuya cabeza aparece tallado un bajo relieve con una sagrada forma situada sobre un cáliz o copón. En su base una leyenda, «Sucedió en el año 1453».

Rememora la estela un milagro ocurrido ahí mismo, según dicen, justo en la vivienda situada a sus espaldas. Un tal Pedro Fernández de Teresa solicitó un préstamo a un judío que vivía en Frómista. Pero por la causa que fuera, quizás por su mala vida, no pudo devolverlo en el plazo acordado y el judío lo denunció a las autoridades eclesiásticas. Por aquellos años todo préstamo era sospechoso de usura, y la usura era rechazada en principio tanto por la iglesia católica como por la religión judaica, las cuales impusieron incluso una compleja legislación limitadora a esta abusiva práctica financiera ya que estaba muy mal visto el obtener dinero por medio de dinero porque se incurría en pecado de avaricia…. Al final se aceptaba bajo cuerda, y unos y otros inventaron infinitos ardides para soslayar aquel religioso escollo.

Y algo muy irregular debió existir en el pacto del que hablamos –no he conseguido saber con exactitud el qué dado que existen diversas

versiones de la historia y todas exponen razones confusas– porque indujo a la autoridad eclesiástica a excomulgar a Pedro.

Cuando el cristiano se vio en tal situación se apresuró en devolver el dinero creyendo que con ello quedaba levantado automáticamente el castigo religioso para su tranquilidad. Pero poco después cayó muy enfermo y entonces pidió que lo oyeran en confesión a fin de poder recibir la comunión después. Llegó el sacerdote y tomó confesión a Pedro pero, al ir a darle la comunión, la hostia se quedó adherida a la patena sin que tuviera forma de despegarla. Extrañado, el cura pidió al penitente que reflexionase por si hubiera olvidado confesar algo. Y este recordó entonces lo de la excomunión que creía levantada… Finalmente, acreditada documentalmente la devolución del préstamo, le fue levantado el castigo y se le pudo administrar la sagrada forma. Pero hubo de hacerse con otra distinta porque la original jamás pudo despegarse de la patena.

Aseguran que esa patena aún se conserva hoy en el Museo Parroquial de la Iglesia de San Pedro del pueblo, ya que fue celosamente custodiada desde aquel entonces porque el milagro alcanzó gran fama y constituyó un fuerte argumento contra los protestantes que negaban la transubstanciación del pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo.

Pedro González "Telmo". ¿Santo patrono de los marineros y de Frómista?

En la avenida que atraviesa la villa y deja a un lado San Martín existe un anchurón donde puede verse un particular monumento que muestra a un fraile con hábito dominico de pie en una barca sita sobre un gran pedestal. Lleva en su mano derecha una cruz y tiene por nombre el de **Pedro González "Telmo"**. Pero en sus representaciones religiosas se le hace figurar con un par de cirios en la mano, que dicen corresponden al llamado «fuego de San Telmo».

Sabemos que este «fuego» obedece a un fenómeno eléctrico que se origina en estructuras altas, como mástiles de barco, por causa de la diferencia de potencial eléctrico existente entre una atmósfera tormentosa y el mar o la tierra. Un fino penacho azulado, una chispa, trepa por ellas repetidamente tratando de saltar al cielo… Personalmente tuve ocasión de observarlo repetidamente en la antena

de una emisora de radio, hoy desaparecida, cerca de mi domicilio. Era todo un espectáculo de la naturaleza, sobre todo cuando se producía al atardecer, que solía acabar frecuentemente con la caída inesperada de algún rayo que te estremecía el alma y te impulsaba a refugiarte en casa a toda prisa.

En la antigüedad, el «fuego» era temido por los marinos porque no sabían qué lo producía cuando las tormentas y le achacaban orígenes maléficos. Aunque otros lo consideraban un buen augurio porque afirmaban que, cuando aparecía, quedaban a salvo de la caída de rayos sobre la embarcación. En todo caso se impuso el hábito de orar a un santo mártir de tiempos de Diocleciano llamado Elmo –que fue obispo de la ciudad de Formia entre Roma y Nápoles– cuando ese «fuego» aparecía en sus mástiles… «¡Sanct Elmo, protégenos!».

¿Pero qué relación tiene con Pedro González? Porque este nació en Frómista a finales del siglo XII en el seno de una distinguida familia, estudió en la Universidad de Palencia y fue ordenado sacerdote. De entrada tuvo una trayectoria eclesiástica exitosa bajo la protección de un tío obispo –así cualquiera– quien le otorgó una canonjía y lo nombró deán aun siendo muy joven para esa tarea. Sucedió luego que, al desfilar por Palencia para ir a ocupar el importante cargo, intentó lucirse con su montura. Y por lo que fuera, quizás en castigo a su soberbia, cayó de ella y se embarró en la rúa provocando risas y chacotas entre la población. Aquello le sentó muy mal, pero debió hacerle recapacitar y lo condujo a entrar en un convento dominico. Pero no paró quieto en el cenobio por mucho tiempo porque aseguran que participó como capellán militar en la toma de Sevilla, llegando incluso a ser confesor de Fernando III el Santo. Tras esto abandonó la corte para predicar en Asturias, Galicia y el norte de Portugal donde se distinguió entre la gente del mar por su cristiano buen hacer y cobró fama de hombre santo. Casualmente murió en 1246 mientras estaba peregrinando a Santiago de Compostela, con lo que guarda por doble motivo relación con nuestro Camino. Poco después de su muerte ya le imputaban una buena cantidad de milagros realizados bajo su invocación. Así que se hizo muy popular su devoción y, probablemente, por simple traslación piadosa de la debida al primitivo «Sanct Elmo», aquellos marineros del noroeste peninsular comenzaron a llamar también «San Telmo» al bueno de Pedro González que predicó entre ellos.

¿Usurpación de méritos? No parece, en todo caso confusión de gentes sencillas. Pedro González fue finalmente reconocido como beato en

el siglo XVIII y en la actualidad se ha pedido su canonización al papa Francisco aprovechando que, como antaño fue obispo en el barrio de San Telmo de Buenos Aires, quizás se sienta inclinado a promover el complejo proceso necesario para Pedro González. En todo caso, y con pleno derecho, hoy por hoy es el patrono de Frómista.

La Tierra de Campos y un bonito detalle medioambiental

El peregrino topa a la salida de Frómista con una interminable, bien cuidada y rectilínea senda paralela a la carretera que conduce a Carrión de los Condes…, que puede desmoralizar al más pintado por su implacable monotonía. Durante muchos kilómetros avanzas por la **Tierra de Campos** con la sola compañía de llanos de labranza a uno y otro lado, el polvoriento piso de tierra de la vereda y unos frecuentes y blancos hitos camineros que nos muestran el amarillo símbolo de la concha peregrina sobre el fondo azul de un azulejo. Y el caminar parece no tener fin porque nada cambia por mucho que andes y llegas a pensar que no avanzas, hasta el punto de que celebras el fugaz tránsito por los pueblos como si fuera una gran novedad.

Paciencia, a **Población de Campos**, que fue señorío de la Soberana Orden Hospitalaria y Militar de San Juan de Jerusalén o Caballeros de Rodas y Malta, sigue **Revenga de Campos**, y luego **Villarmentero de Campos**… Pero dentro de tanta aburrida continuidad, topé con dos pequeños detalles diferenciadores que sí quiero resaltar. Por un lado, antes de alcanzar Revenga, das con un espléndido sauce que

visto desde lejos parece tapar la senda, tan espectacular es su copa llorando sobre el Camino… Pero no interrumpe el avance porque alguien carga con la ecológica tarea de mantener tallado un túnel en su frondoso ramaje, dando sombra de paso al peregrino por unos instantes. Merece un premio su esfuerzo porque algunos otros se otorgan con mucha menos razón.

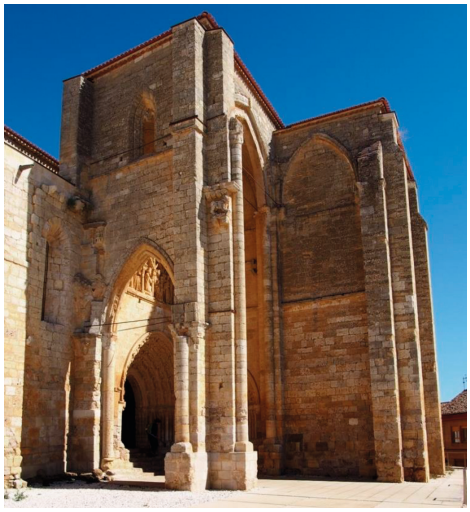
En añadido, y esto lo descubrí de regreso al repasar lo andado, llamó mi atención el escudo de la villa de Revenga. Figuran en él una pluma y una espada que dan de nuevo muestra del pequeño orgullo de nuestros pueblos por sus hijos distinguidos y que merece gran aplauso. La pluma recuerda a un periodista, Ambrosio Garrachón, que fue poeta y cronista de Palencia durante la primera mitad del siglo XX. Y la espada homenajea al general Bartolomé Amor de Pisa que tuvo una brillante carrera militar a lo largo de nuestra Guerra de la Independencia y las posteriores Guerras Carlistas. En una España que se caracteriza por su atrabiliaria iconoclastia respecto a sus hijos, sorprenden estos homenajes.

Un inesperado monumento en el Camino: la iglesia de Santa María en Villalcázar de Sirga

Mucho antes de alcanzar esta villa ya destaca majestuosa esta iglesia sobre el paisaje. Y sorprende la desproporción que muestra por su tamaño en relación al burgo que la rodea puesto que este no pasa hoy en día de los 150 habitantes.

Su nombre en la antigüedad fue el de Villasirga, hasta que adquirió importancia como encomienda de la Orden del Temple y se le engrandeció el nombre para subrayar su relevancia. Y debió ser una buena encomienda porque permitió construir una fortaleza con sus

rentas de la que aún hoy se conservan restos de almenas y un cubo. Y al tiempo que esa fortificación se alzó la iglesia, Santa María, cuyos milagros llegaron a ser famosos durante la Edad Media y algunos de los cuales fueron recogidos en las Cantigas de Alfonso X el Sabio. Esto llevó a que se convirtiera en parada prestigiada y casi obligatoria para los peregrinos del Camino.



Con la disolución de la Orden del Temple en 1312, el papa ordenó que todos sus bienes pasaran a los Hospitalarios de San Juan, pero cada reino tomó sus propias decisiones. En el caso de Castilla y León muchas de sus propiedades pasaron a la corona, otras a órdenes militares peninsulares –sobre todo a las de Santiago y Calatrava–, otras a nobles y sólo unas pocas fueron a parar a los hospitalarios. Particularmente, Villasirga se convirtió inicialmente en villa de realengo, pero luego la corona se la entregó a don Rodrigo Rodríguez de Girón, aunque sería la Orden de Santiago la encargada de auxiliarle y defender a los romeros en la zona.

El templo-fortaleza de Santa María la Blanca. Un tesoro, un sepulcro misterioso y ¿cuál es la Virgen de las Cantigas?

Como avanzamos, fue construida por la Orden de los Templarios a finales del siglo XII, en la transición del románico al gótico, y tuvo una continuación en el siglo XIV. Siendo todavía iglesia templaria,

adquirió gran prestigio como santuario mariano y tuvo una estrecha vinculación con Alfonso X el Sabio, quien se inspiró en su Virgen para componer algunas de sus **Cantigas a Santa María**. También fue protegida por su hijo Sancho IV, quien la visitaba con frecuencia para hacer penitencia. El templo alcanzó tal poder económico y religioso en aquellos años que llevó a modificar la ruta compostelana, que anteriormente transcurría algo más al norte, para obligar a pasar por él. Y, además, rivalizó con Santiago pues se extendió la creencia entre los romeros de que el favor que no se obtenía tras la visita al apóstol, se podía conseguir en el camino de vuelta rogándoselo a la Virgen de Villasirga.

Aparte de impresionar por su tamaño, destaca que carece de rosetón y portada en la fachada de poniente, así como se observan daños en la norte y en la torre campanario… ¿La causa?, el terremoto de Lisboa de 1755 que le produjo importantes daños. Pero aún permanece la monumental fachada sur –aunque algunos hablan de que también sufrió destrozos durante el seísmo–, que nos muestra un pórtico cuadrangular situado al mismo nivel que la nave central y está cubierto por una bóveda de crucería. Este pórtico guarda dos portadas formando ángulo recto entre ellas; una principal abierta directamente a la nave de la epístola y la otra al crucero, a fin de dar acceso directo a la Capilla de Santiago de la que luego hablaremos.

Por encima de la portada principal corren dos frisos que cobijan figuras. En el superior aparece un pantocrátor en su centro rodeado del tetramorfos y flanqueado por apóstoles, aunque no están todos. Y en el inferior se representa la adoración de los Reyes Magos a la izquierda, con la Virgen en el centro pisando un dragón, y con San José y una Anunciación a la derecha.

Aparte de su importancia artística, la tradición señala que el friso superior esconde la clave para dar con un tesoro guardado por los templarios, y que no pocos aficionados a lo misterioso han tratado de encontrar a lo largo de los siglos.

Al parecer, si alguien se sitúa frente a la portada cuando el equinoccio de primavera y golpea en el punto exacto en que un rayo de sol ilumina la cabeza del toro que representa al evangelista Lucas, hará hablar a las dos cabezas situadas a los costados de Dios que comunicarán de inmediato al osado caza tesoros el lugar exacto donde este se encuentra. Pero el intento no debe ser fácil porque la escultura se encuentra a una altura considerable y no siempre se puede estar en Villalcázar de Sirga para el equinoccio de primavera… Así que ahí sigue esperando a que un «indiana jones» se atreva a descubrirlo.

Es un gran templo, impropio de su sencillo entorno, con tres naves atravesadas por dos transeptos, o cruceros, y con cinco capillas absidiales más la independiente capilla de Santiago de la que luego hablaremos. Si se visita, propongo contemplar su estructura interna observándola desde el pie del templo. A mí me dio la sensación de estar viendo un impresionante bosque de robustas columnas que, rompiendo en encaje de crucerías allá en lo alto, confieren a la iglesia una insuperable apariencia de solidez. Y también es sobria, casi carece de adornos salvo el retablo del altar mayor, por lo que sorprenden la presencia de unas caras en remates y arcos similares a las que, en el friso de la portada, deberían hablarnos tras golpear al toro de san Lucas durante el equinoccio. Y todas son diferentes, probablemente porque representaban a personajes reales. ¿Pero quiénes eran? Existe la hipótesis de que corresponden a freires templarios distinguidos a

los que así se quiso rendir homenaje…, lo que resulta extraño porque no acostumbraban a hacer estas cosas en la Orden del Temple.

El retablo del altar mayor es de finales del siglo XV y principios del XVI y gira en su totalidad en torno a escenas de la pasión. En su centro tiene una pequeña imagen de Santa María que, como ahora veremos, compite con otra.

La Capilla de Santiago luce el único rosetón del templo que dejó sano el terremoto. Y contiene unos magníficos sepulcros góticos que guardan los cuerpos de Felipe de Castilla y Suabia —hijo de Fernando III el Santo y hermano por tanto de Alfonso X el Sabio—, y de su segunda mujer, Inés Rodríguez Girón. Como segundón, este infante fue destinado a la carrera eclesiástica e incluso llegó a ser arzobispo de Sevilla, pero la abandonó para casar primero con Cristina de Noruega, de quien cuentan que murió de melancolía al estar tan alejada de su tierra… Y es que fue moneda de cambio en alianzas complejas de Alfonso X, el Sacro Imperio y una Noruega que quería aumentar su presencia en la política medieval europea… Triste vida la de aquellas mujeres reales.

Curiosamente, Felipe participó en conspiraciones contra su hermano al apoyar a nobles descontentos por motivos económicos y de posesión señorial, por lo que seguramente también defendía sus propios intereses. Y añaden que los insumisos osaron entrar en negociaciones con el rey de Granada y con el de Navarra para, caso de rendirles homenaje, librarse de sus compromisos con Alfonso X. Pero finalmente el rey cedió a la presión y todos tan contentos.

Medio escondido tras las tumbas de los personajes reales existe el **sepulcro de un caballero** que resulta casi imposible de ver por estar vedado el acceso a la capilla. Para unos corresponde a un freire santiaguista, Juan de Aguilera, porque afirman que muestra una venera sobre el cuerpo… Pero otros sostienen que pertenece a un templario que bien pudo peregrinar a Santiago, Juan Pérez, de ahí la concha peregrina. Y, si fue así, debió ser un personaje muy importante porque la orden no acostumbraba a enterrar a sus freires en sarcófagos, sino directamente en el subsuelo –a lo sumo sobre un simple tablón de madera– con el rostro vuelto hacia el terreno. Con ello pregonan los esotéricos que se buscaba un mayor contacto del difunto con la Madre Tierra, aunque posiblemente tan solo se buscase dejar prueba de su humildad. Y, caso de ser frey Juan Pérez, se nos abre un nuevo dilema porque tanto podría ser el primer comendador templario de Villasirga, hacia el 1150, como el último que desempeñó el cargo a inicios del siglo XIV pues, curiosamente, ambos tuvieron igual nombre.

Cualquiera que sea el que está allí enterrado, se le atribuyeron poderes taumatúrgicos en tiempos pasados porque las mujeres de la Tierra de Campos, durante la noche de San Juan y el día de Todos los Santos, acostumbraban a depositar velas sobre su sarcófago con el fin de invocar al más allá para que sus hijos fueran precoces en el hablar y en el andar.

¿Pero cuál es la Virgen de las Cantigas?, porque existen dos imágenes en el templo y no se sabe muy bien cuál fue la ensalzada por Alfonso X en las doce cantigas que se le atribuyen. En el centro del retablo del altar mayor se venera una imagen de María que parece

ser la más antigua y que es la titular del templo. Luego cabría suponer que es ella… Pero casi todos los expertos apuestan por otra imagen situada en la Capilla de Santiago adosada a una columna. Una Virgen manquita y muy milagrera, según afirman, que perdió su antebrazo derecho y buena parte del Niño Jesús que descasa en sus rodillas no se sabe bajo qué circunstancias.

Otros dos detalles poco conocidos

No se habla de ello en las guías, pero en el lado izquierdo del transepto existe la **boca de un pozo**, que dicen tiene ochenta metros de profundidad, tapada por una pesada losa. Lo que no resulta extraño porque las fortalezas del medioevo, casi siempre situadas en altozanos, solían cavar profundos pozos en su interior hasta llegar a una vena de agua para poder abastecerse de ella en caso de cerco. Y este, además, podría hilar con la leyenda templaria de situar sus templos en lugares donde confluían corrientes telúricas magnéticas ligadas a cursos subterráneos de agua… Comentaba la persona que nos mostraba el templo que aún hoy se cree en ello y que, de vez en cuando, aparece por la iglesia un conocido intérprete de música medieval con sus instrumentos quien, tras disponerlos en torno al pozo, permanece allí meditando durante dos o tres horas impregnándose de las fuerzas telúricas…

En añadido, en el muro de la nave de la homilía, hacia la parte trasera, existe un bajorrelieve que muestra a un caballero dirigiéndose al combate sobre su corcel. Me recordó al cruzado de la iglesia de San

Cernin en Pamplona, quien partía a las cruzadas siguiendo la orden divina representada por una enérgica mano, «Deus vult». Solo que en este caso lo despide una dama y la estela es de pequeño tamaño. No he conseguido información sobre quién pudiera ser tan bravo caballero.

Recordando otro milagro mientras avanzamos hacia Carrión de los Condes

A partir de Villalcázar de Sirga, el Camino vuelve a alzarse con suavidad en dirección a Carrión y, antes de recorrerlo, vamos a recordar un último milagro sucedido por mediación de su Virgen.

Cuenta la leyenda que a un hombre bueno de Toulouse le impuso su confesor el ir en penitencia a Santiago de Compostela a pesar de que sus pecados eran mínimos…, eso afirman aunque cualquiera sabe. En todo caso el confesor debía ser muy estricto y añadió una pesada condición a la caminata: el pecador debería cargar con un bordón de hierro de veinticuatro libras de peso, unos once kilos hoy en día, que habría de poner como ofrenda a los pies del altar del apóstol al llegar a la meta.

Haciendo de tripas corazón, dado que era un gran y esforzado cristiano, llegó el penitente portando tan fatigosa carga hasta Villasirga y allí, llamado por su fama, entró a rezar a la Virgen en la iglesia rogando una vez más el perdón para sus pecados. Y lo hizo con tan profunda devoción que en ese mismo momento el bordón de hierro, su pesada rémora, se partió en dos. Y entonces el romero quedó espantado porque pensó que ya no podría cumplir con lo dictado y, como solución, tan solo se le ocurrió que ahora cargaría con ambos trozos para continuar camino hasta Santiago... Pero cuando fue a recogerlos le resultó imposible tomarlos porque habían quedado clavados en la piedra del templo. Y entonces comprendió que su penitencia ya se había cumplido y pudo seguir el Camino ya libre de aquella trabajosa carga.

De Carrión de los Condes a Sahagún

Carrión de los Condes tiene raíces prerromanas y durante la época altomedieval fue conocida bajo el nombre de Santa María. Con la invasión sarracena se despobló durante el tiempo en que el valle del Duero fue tierra de nadie y tuvo que esperar a la llegada del siglo X antes de ser repoblada. A orillas del río Carrión, alzada sobre un alto que lo domina, no está claro el porqué de su apellido «de los Condes». Muchos lo imputan a que fue señorío de los condes Gómez Díaz, fundadores del monasterio de San Zoilo allá por el siglo XI del que luego hablaremos, pero el caso es que esta denominación no aparece formalmente en escritos oficiales antes del siglo XVI..., así que a saber. Tiene el título de ciudad y la adornan diversos monumentos, aunque solo nos centraremos en unos pocos por entender que presentan aspectos particulares dignos de relatar.

Santa María del Camino, las doncellas y los toros.

Esta iglesia románica fue construida a mediados del siglo XII y en sus inicios se la conoció como de la Virgen de las Victorias. Y desde luego que fue templo guerrero porque justo a su vera aún pueden verse los restos de las antiguas defensas de la ciudad, de las que debió formar parte.

Recibió este nombre en conmemoración de una derrota infringida a los sarracenos, aunque no está claro a qué victoria en concreto se refiere porque existen distintas opiniones entre los que saben. La más generalizada mantiene que celebra el triunfo sobre un ejército infiel que vino a cobrar la parte que correspondía a Carrión de los Condes del «Tributo de las Cien Doncellas», aquel que pactó Mauregato con el califato de Córdoba a fin de evitar problemas más graves y que duró hasta la mítica victoria cristiana en Clavijo. A Carrión le correspondió cierto año el entregar un cupo de cuatro muchachas quienes, antes de caer en manos de la morisma, pidieron poder despedirse de su Virgen. Y cuenta la leyenda que las pobres jóvenes rezaron con tanto fervor a Santa María que, al ir a ser entregadas, la Virgen hizo aparecer cuatro toros que arremetieron contra los musulmanes, los desbarataron y los pusieron en vergonzosa fuga.

Me inclino a pensar que algo de cierto hay en esta leyenda porque, a pesar de haber transcurrido unos tres siglos desde los hechos hasta el momento de la construcción del templo que hoy vemos, se conservaba viva en la memoria de Carrión y fue plasmada en imágenes sobre la portada de Santa María como hecho trascendental. Allí, entre una treintena de figuras con diversos motivos, aparecen cuatro capiteles historiados que muestran a unos hombres barbados, posiblemente los moros, y unas mujeres, ¿quizás las doncellas? Y, en añadido, en unas ménsulas que flanquean la entrada al templo hay cuatro cabezas de toros… Además, no sería la primera vez que se utiliza la acometida de animales para desorganizar las líneas enemigas. Recordemos que Diodoro Sículo nos relató que Orisón, un caudillo de los iberos oretanos, acudió en auxilio de la ciudad de Heliké sitiada por los cartagineses de Amílcar Barca en el 228 a. C. Y que de entrada fingió querer una alianza con el cartaginés e incluso se ofreció a ayudarle en el asedio. Pero cuando los púnicos se confiaron, les atacó por sorpresa cogiéndolos medio desprevenidos. Los cartagineses hicieron uso

entonces de sus temidos elefantes de guerra, pero Orisón contratacó utilizando en su vanguardia a una manada de toros bravos a los que habían enfurecido previamente colocándoles teas encendidas en las astas. Los paquidermos se espantaron y, volviéndose atrás, causaron el caos y la muerte entre sus propias filas… Aquella fue la primera derrota de los cartagineses en la península.

Hasta mediados del siglo pasado se mantuvo en la ciudad la costumbre de celebrar corridas de toros en la plaza vecina a la iglesia y, tras darles muerte, sus pieles se ofrecían a la Virgen en recuerdo de aquel milagro. Y con los años también comenzaron a llamar a esta iglesia Santa María del Camino porque este pasa justo frente a su portada, y desde entonces se la conoce indiferentemente con ambos nombres.

Como última curiosidad digna de reseñar, y para goce de los esotéricos, existe en su interior un **Cristo del Amparo** que presenta una cruz en pata de oca parecida a la de la Iglesia del Crucifijo de Puente la Reina. Y en Carrión de los Condes piensan que un peregrino alemán debió tallarlo en el pueblo o, quizás, lo trajo desde su tierra hasta la ciudad como ofrenda.

La iglesia de Santiago y la francesada

Situada en el centro de la ciudad, es románica del siglo XII aunque dicen que ya anuncia el gótico en sus piedras, y se la considera una de

las joyas heredadas de aquel tiempo. Permanece en pie casi de milagro porque en 1811 sufrió un incendio, o quizás explosión, relacionada con la presencia de tropas francesas en la ciudad. Y aquí existe una cierta confusión en cuanto al origen del destrozo. Algunos dicen que en el templo existía un depósito de víveres, pertrechos y municiones que fue quemado por los patriotas españoles ante el acercamiento de tropas francesas para que no cayeran en sus manos; y que no pensaron mucho en las posibles consecuencias porque las prisas nunca fueron buenas a la hora de tomar decisiones extremas. Pero otros mantienen que fue volada adrede con pólvora por los franceses invasores al abandonar ciudad… En todo caso, resulta milagroso que aún se mantenga en pie la fachada principal, la occidental con su magnífica portada, y parte de sus muros, aunque perdió toda la cubierta que hoy ha sido sustituida por una estructura de protección moderna.

No resulta fácil contemplarla, ni siquiera fotografiarla, dada la estrechez de la calle en que se encuentra. Dicen los expertos que en su friso superior se representa a la Jerusalén Celeste, con los Apóstoles y Cristo como Juez del Mundo –con el Libro de la Vida o de la Verdad cerrado porque el Juicio Final aún no ha comenzado–, y los Cuatro Evangelistas.

Pero lo más interesante se refleja en la arquivolta de su portada, donde aparecen varias representaciones de los oficios medievales de aquella época. Muestra veintidós figuras humanas a las que acompañan dos leones en los extremos. Entre ellas tenemos un joven herrero; un hombre con una redoma, ¿la alquimia?; un zapatero cortando cuero con unas grandes tijeras; un ceramista; un fundidor; un monje lector;

un arpista; un juez mesándose la barba y sosteniendo al tiempo un cetro símbolo de su poder; un zapatero; un cerrajero; un hombre trabajando en un yunque; dos guerreros luchando; una plañidera; un músico; incluso una danzarina contorsionista –eso afirman– y un sastre.

En el interior existe un museo religioso con piezas de muy diversos tiempos y, en mi atrevida opinión, de no demasiado valor. Pero entre ellas quiero destacar la existencia de un Santiago Matamoros que merece una visita por parte de cualquier esforzado peregrino antes de que lo oculten por aquello de ser políticamente incorrecto. Por último, debe reseñarse que el templo celebra la apertura y cierre del Año Santo compostelano imitando el mismo acto que se realiza en Santiago de Compostela, pero no he podido saber si la portada antes descrita también es considerada como Puerta del Perdón a fines penitenciales.

El Monasterio de San Zoilo

A principios del siglo IV, un joven cordobés llamado Zoilo, que pertenecía a una familia noble y rica, no se recataba de mostrar en público su fe cristiana en la ciudad. En aquellos momentos el césar de Hispania era Constancio I, quien había dado orden de no ser muy severo con los cristianos a pesar de que en el resto del imperio los perseguían con denuedo por considerarlos un incómodo peligro social por razón de su ascetismo y honestidad frente a la corrupción

usual de la sociedad pagana romana. Pero, en vez de ser prudentes, contemporizar y no fastidiar con sus buenos ejemplos al resto de los mortales, Zoilo y otros treinta seguidores siguieron a lo suyo. Y aquello finalmente cansó a las autoridades, que se centraron primero en conseguir que el cabecilla abjurara de su cristianismo utilizando el eficaz método usual de la época, la tortura. Y aunque, según cuentan, llegaron a sacarle los riñones por la espalda, Zoilo resistió y no cedió un ápice en su prédica. Incluso intentó evangelizar al juez con las escasas fuerzas que le restaban, lo que debió exasperar al magistrado hasta el punto de que no se conformó solo con condenarlo a muerte sino que le cortó personalmente la cabeza con su propia espada.¡Menudo juez! Corría el año 303 d.C. y sus compañeros tuvieron el mismo fin.

Y aquí surge la gran pregunta, ¿qué tiene que ver un mártir cordobés con Carrión de los Condes?... Pues muy sencillo, sus verdugos pusieron especial interés en impedir que los cristianos cordobeses se hicieran con el cuerpo del mártir para evitar el subsiguiente culto; así que lo enterraron en secreto entre gentiles para que se le perdiera la pista. Pero no contaron con que a inicios del siglo VII le fuera revelado en sueños al obispo de Córdoba, un tal Agapito que luego también sería santo al ser martirizado por los musulmanes, el lugar exacto donde se encontraban los restos. Y más tarde, hacia finales del siglo XI, las reliquias llegaron como un regalo de los reyes árabes a los condes de Carrión… Cosas inexplicables que tuvo la reconquista y que dan prueba de que al final no se llevaban tan mal tirios y troyanos. Pero alguna otra fuente aventura una versión más épica: que fueron los propios condes quienes fueron a Córdoba y las arramplaron en persona para «ponerlas a resguardo de los moros y los judíos», tal como si hubiese sido aquello una heroica operación de comandos tras las líneas enemigas, lo que resulta muy difícil de creer. Fuera una cosa o la otra, el caso es que los restos de san Zoilo llegaron acompañados por los de san Agapito y san Félix, también mártires cordobeses, a Carrión de los Condes para ser depositados en

un pequeño monasterio mozárabe ya existente, que desde entonces pasó a llamarse de Zoilo.

Más tarde la institución fue controlada por Cluny y la reforma gregoriana. Y con posterioridad tuvo una vida algo azarosa porque discurrió por las manos de distintas órdenes religiosas. Como tantos otros sufrió la desamortización, luego se reconvirtió en seminario y, con posterioridad, quedó en media ruina hasta que fue restaurado a finales del siglo XX. Hoy por hoy merece la pena una visita porque, aunque apenas quedan huellas de su tramo románico ya que fue sustituido por otro templo gótico, tiene un claustro muy destacado renacentista y, en añadido, una instalación hostelera anexa de muy buen nivel para descanso del peregrino.

Debido a padecer la extracción de sus riñones cuando la tortura, san Zoilo fue muy venerado desde aquel entonces ya que se le imputaron numerosos milagros y se le considera el patrono de las dolencias de órganos. Consta precisamente entre ellos uno ligado a Carrión donde se relatan los apuros de un pobre romero vasco que solo se podía mover arrastrándose por los suelos dado que tenía el cuerpo contrahecho. Incapaz de trabajar, malvivía penosamente de limosnas. Pero, aun así, consiguió ahorrar lo suficiente para comprarse un burro a fin de cumplir su sueño de peregrinar a Santiago. Emprendió nuestro hombre el camino con su pollino con gran esfuerzo y sufrimiento pero, para su mayor desgracia, se le murió el jumento al salir de Carrión justo a la altura del Monasterio de San Zoilo. Desesperado no sabía qué hacer, y entonces alguien le sugirió que se encomendase a san Zoilo en demanda de ayuda… Lo hizo, y en ese mismo instante su cuerpo contrahecho se estiró recobrando toda la vitalidad y permitiéndole así llegar andando para dar el abrazo al santo.

Dos diócesis a la gresca, Braga y Santiago de Compostela. Un «pío latrocinio» y la aparición de una cabeza de Santiago en el Monasterio de San Zoilo.

El monasterio fue testigo involuntario del capítulo final de la lucha nada soterrada que mantuvieron las diócesis arriba citadas en un tema que pudo ser muy lesivo para la segunda y al que, lógicamente, no se le da la menor publicidad en estos tiempos. El conflicto comenzó en

los inicios del siglo XI tras ratificar el papa Pascual II el traslado de la sede obispal de Iría Flavia a Santiago de Compostela y designar a esta última como sede metropolitana dependiente únicamente de Roma en reconocimiento al incomparable hecho de guardar los restos del apóstol Santiago. Pero aquello trajo cola porque hasta ese momento Iría Flavia había dependido de Braga, que en teoría podía ahora reclamar derechos pretéritos sobre la heredera Santiago... Y, al tiempo, para enredarlo más, Iría Flavia tenía iglesias, monasterios y propiedades sufragáneas en territorios próximos a Braga…

Intereses cruzados y contrapuestos, así que la contienda estaba servida porque ambas diócesis eran ambiciosas y aspiraban a suceder a la visigótica de Mérida, ocupada ahora por los musulmanes, en la primacía de la península. Mas Santiago tenía un as en la manga, o como se dijera en aquella época, en forma un nuevo obispo llamado Diego Gelmírez –personaje excepcional del que forzosamente hablaremos de nuevo– bregado en complots, argucias y triquiñuelas políticas, y obseso defensor del engrandecimiento de Compostela. Y Braga, por el contrario, venía de pasar por una crisis de mando tras llevar un cierto tiempo como sede vacante y en manos de administradores apostólicos.

En 1102, a la vista la debilidad de Braga, Gelmírez vio la oportunidad de arrasar a su contraria y emprendió viaje al territorio de la diócesis bracarense a fin de examinar el estado de sus posesiones religiosas en él, las antiguas de Iría Flavia. Y de paso que miraba, y aunque no era de su incumbencia, comprobó escandalizado que ciertas reliquias de santos no estaban expuestas y atendidas en forma adecuada por los de Braga, según la opinión del entrometido señor obispo. Y ni corto ni perezoso requisó las de Fructuoso, Susana, Cucufate y Silvestre –joyas de la corona de la diócesis competidora– y se las llevó a Santiago. ¿Con qué fin real?, obviamente para hacer perder peso a la diócesis de Braga en reliquias y, por tanto, restarle así prestigio, devoción y limosnas de los fervorosos peregrinos que iban hasta allá para rezar a los susodichos santos. Pero como la intención era teóricamente buena, en la «Historia Compostelana» se describe a este hecho como un «pío latrocinio» para mayor disimulo… Vamos, un pecadillo de nada, un sin querer, un si es no es, que vino forzado por las precarias condiciones en que mantenían los manirrotos de Braga a las santas reliquias. Y que, además, se hizo bajo la tutela del señor obispo de Santiago, Gelmírez, que mandaba y mucho sobre estas y otras muchas cosas más.

Braga hizo de tripas corazón pero no olvidó… Y en 1105 Mauricio Burdino, entonces obispo de Coímbra pero aspirante a la sede de Braga, peregrinó a Tierra Santa buscando nuevas reliquias que permitieran recuperar el prestigio perdido porque, en aquellos tiempos, quien tenía una reliquia de santos tenía un tesoro no tan solo espiritual sino también económico. Y allí en Palestina, ¡oh casualidad!, encontró en una pequeña iglesia armenia el cráneo verdadero de Santiago el Mayor, según él… Unos dicen que lo compró pero otros aseguran que lo robó. ¡Estos obispos!, y es que los malos ejemplos cunden con rapidez.

La venganza estaba servida porque es fácil imaginar la repercusión que tal descubrimiento podría tener sobre la solvencia y credibilidad de los restos existentes en Santiago de Compostela. El mito de Santiago corría el riesgo de venirse abajo. Si Braga tenía ahora la cabeza del santo, ¿qué había en Compostela entonces?, ¿el resto del cuerpo o vaya usted a saber qué? Porque hasta entonces nadie dudaba de que allí reposaban las reliquias completas de Boanerges. El caso es que Mauricio Burdino regresó a la península en 1109 y, según cuentan, no pudo o no quiso incorporarse a su diócesis por causa de la situación política y bélica de aquellos días. Así que se refugió en el monasterio de San Zoilo donde depósito la apostólica cabeza.

Por entonces había ascendido al trono de Castilla y León la reina Urraca, que reinaría hasta 1126. Hija de Alfonso VI, viuda de Raimundo de Borgoña y sobrina del papa Calixto II, fue una gran monarca que hubo de casar por razones políticas en segundas nupcias con el rey Alfonso I de Aragón y Navarra, posibilitando así una potencial unión sus respectivos reinos. Pero aquel matrimonio fue mal tanto por razones personales –el aragonés «la pegaba con manos

y pies»– como políticas porque el maño trató de ser el mandamás de aquel enlace… Así que se distanciaron e incluso guerrearon entre sí hasta, finalmente, alcanzar la anulación matrimonial años después.

Entre tanto, parte de la nobleza gallega había temido que el desafortunado matrimonio tuviera algún hijo que disputara la corona al que ya tenía Urraca de su anterior matrimonio, llamado Alfonso Raimúndez, que luego sería conocido como Alfonso VII. Y se montó el lío porque quisieron hacerle rey de Galicia –de donde ya era conde– sin contar con su señora madre, la reina. Y Gelmírez blandeó en tablas y de inicio se unió a ellos en contra de los intereses de Urraca. Pero luego, al confirmarse el enfrentamiento entre ella y el aragonés, cambió de bando y se aproximó a la reina. Esta se lo agradeció entregando nuevos señoríos a Compostela y, algo después, regalándole la cabeza de Santiago traída por Mauricio Burdino desde Jerusalén. La que estaba depositada en San Zoilo.

¿Tembló acaso la diócesis gallega ante el problema que suponía esta cabeza porque ponía en crisis toda la tradición compostelana? Pues no porque el cabildo compostelano con el gran Gelmírez a la cabeza la recibió en 1116 entre lucidas ceremonias y fiestas. Una gran procesión la condujo desde el Monte del Gozo a la catedral y a nadie se le ocurrió poner en duda que aquel cráneo perteneciera a Santiago…

Luego, como el tiempo lo borra todo y el ser humano es olvidadizo y veleidoso, se decidió que aquella calavera era ciertamente la de un apóstol de ese nombre…, pero del Menor, Santiago Alfeo. Y como tal sigue expuesta con orgullo dentro de una cabeza relicario en una capilla de la catedral compostelana, porque en pocos lugares del mundo guardan en su catedral los restos de dos apóstoles de Cristo al mismo tiempo. Ahí es nada.

¡Viva la Guardia Civil!

El día que abandonábamos nuestro alojamiento en Carrión, asistí como espectador a los apuros de una recepcionista que no llegaba a entenderse con una persona de habla inglesa. Atrevidamente –dado mi pobre conocimiento de este idioma– me ofrecí en ayuda. Y aquel buen señor, estadounidense por más señas, me explicó que había perdido su móvil pero que acababa de recibir una llamada en el de su mujer de alguien que, según creía entender, parecía tenerlo… Y,

tras la pertinente indagación, resultó que era la Guardia Civil. Tenían su móvil y preguntaban dónde estaba el buen señor para poder entregárselo.

> –La Guardia Civil tiene su teléfono –le anuncié, solo que en inglés.
>
> –*¡Oh my God!* ¿Dónde puedo recuperarlo?
>
> –No se preocupe, nos dicen que ahora mismo se lo traen.
>
> –*¿Really?*, ¿la policía vendrá aquí solo para traer mi móvil? –aquel hombre no podía creérselo–. *¡Incredible!*

Y a los pocos minutos apareció un agente de la Benemérita, entregó el aparato de marras y en ese momento mi amigo Justo –colega de andadura que presenciaba en silencio la escena– le dijo a nuestro americano con marcado acento del Puerto de Santa María:

> –Ahora usted debería decir: ¡Viva la Guardia Civil!
>
> –¡Viva la Guardia Civil! –respondió agradecido nuestro hombre tras comprender la demanda entre algunas risas complacidas de los presentes y, por supuesto, del guardiacivil.

Aprovecho esta anécdota para señalar que la Benemérita cuida con dedicación de los peregrinos, y que es habitual ver en puntos de descanso anuncios del cuerpo ofreciendo un teléfono de ayuda al romero. Y actúan, ¡vaya que sí!, pues por aquellos mismos días leí en un periódico local que habían detenido a un bordonero en Boadilla del Camino, quien se dedicaba a vaciar bolsillos y mochilas de peregrinos aprovechando la familiaridad y campechanía reinante en los albergues de la ruta.

La desaparecida abadía de Santa María de Benevívere, de nuevo el páramo y otra vez un bordonero.

Algunas guías del Camino anuncian la existencia de la susodicha abadía al poco de abandonar Carrión. Y uno, pobre crédulo infeliz, se lo acaba creyendo e incluso realiza un intento de visita vespertina porque el nombre atrae, Benevívere, bien vivir… Alejen de su mente tal posibilidad si pasan por allá porque no queda nada. Bueno sí, las

instalaciones de una alquería donde aseguran que aún existe un arco románico de medio punto. El resto desapareció desmontado, mal reutilizado y mal vendido por causa de la desamortización, aunque aseguran que aún se conservan algunas de sus piedras en un museo de Palencia.

También aseguran otras guías que, a partir de Carrión, entramos en el tramo más desangelado y aburrido del Camino hasta alcanzar León, ya que afirman que tiene poco que contar y mucho que sufrir. Pero opino que exageran porque un Camino que se precie no tiene por qué ser un lecho de rosas ya que no ayudaría a la forja de almas. Bien es verdad que, si alguien busca en este tranco un entorno lúdico y gozoso, como ahora se dice, que se olvide de ello porque no resulta ser un parque de atracciones peregrino. Pero también defiendo que tiene su aquel –solo que hay que mirar y ver, manías que tiene uno– porque en el peor de los casos su aparente monotonía nos podría servir para una santa introspección siempre beneficiosa para el espíritu. Aunque debo reconocer que recorrer el páramo leonés –seguimos en los antiguos Campos Góticos– sin sombras, ya que hay pocos árboles, y con poblaciones muy alejadas resulta monótono. Y además complica las inevitables paradas «logísticas» por resultar irritantemente diáfano para la vista y carecer de huecos donde taparse. En verano debe ser terreno muy caluroso, por lo que el sombrero y el agua se vuelven imprescindibles, mientras en invierno hace necesaria una buena ropa de abrigo en previsión de mal tiempo ya que solo se halla refugio de tarde en tarde. Pero es lo que hay, no haber venido.

Apenas a un kilómetro de Benevívere marchamos sobre una antigua calzada romana, la Vía Astúrica Burdigalam que unió Burdeos con Astorga pasando al sur de la ciudad de León, que tras dos mil años aún conserva parte de su piso original en algún lugar. Y a continuación siguen las interminables rectas de la Tierra de Campos sin sombra ni referencia alguna hasta que, unos diez kilómetros después, un indicador en piedra nos avisa del paso de la Cañada Real Leonesa utilizada por los pastores trashumantes para conducir al ganado desde los pastos de verano de los montes cántabros a los de invierno en las dehesas extremeñas…, y viceversa.

Por aquellos pagos tuve la ocasión de observar la actuación de un nuevo bordonero, esta vez de claro sesgo hostelero. Aseguraba a quien quisiera escucharle que desde allí a Sahagún había unos cuarenta kilómetros y que no había alojamiento alguno en todo el tramo…, pero que él podía facilitar casualmente alguna cama en no recuerdo

qué pueblo si le hacían allí mismo la reserva. Por cierto, poco después se alcanza Calzadilla de la Cueza, dotada de albergues y de, al menos, un santo lugar donde reponer fuerzas con buena manduca y bebida. Actuaciones hosteleras de este tipo ya se denunciaban en el medioevo y es que no cambiamos ni con el paso de los siglos.

Otra infructuosa búsqueda de un monasterio, el de Santa María de las Tiendas.

En Calzadilla de la Cueza nos incorporamos a una senda que corre paralela a la carretera nacional 120. Por cierto, lo de «cueza» no tiene raíces culinarias y parece ser que solo viene dado por la ondulación del terreno en aquella zona que genera una pequeña cuenca fluvial: la cueza del río Cueza, valga la redundancia. Y tras pasar ese río enfilas un tramo en ligero ascenso donde, al poco de iniciarlo, tropiezas con un letrero que avisa de la existencia de un viejo hospital y monasterio, el de Santa María de las Tiendas, conocido también como del Gran Caballero por los peregrinos franceses. Bajo el patrocinio de los santiaguistas, sus orígenes se remontaban al siglo XII, fue uno de los más famosos del Camino y estuvo en funcionamiento hasta el XIX, momento en que inició su ruina. Otra vez la desamortización.

Fui pendiente de hallarlo porque, al estar teóricamente al borde de la ruta, pensaba hacerle una corta visita. Pero no hubo forma de verlo a pesar de estirar todo lo que pude el cuello a lo largo de muchos metros de andadura. Tan solo llegué a vislumbrar el tejado de una granja. En cuanto pude investigué la razón. El monasterio era de propiedad privada desde el siglo XIX, sus últimos restos fueron

definitivamente derribados en el año 2006 y sobre ellos se expandió la granja. Como señalaba el diario El Norte de Castilla por esos días: «Ladrillos, tejas y maderas han sido recuperados para usarse como material de construcción». Otra abadía de Benevívere… Y ahora pregunto, ¿por qué siguen anunciando su falsa existencia en más de una guía? Solo quedaría justificado si fuera para que sintamos vergüenza por la pérdida de tanto patrimonio patrio.

Al menos sobrevivieron algunas fotos, de las que ofrezco muestra.

Tras andar unos tres kilómetros más y salvada la suave cuesta, nos cruzamos de nuevo con la N-120 para entrar en el pequeño núcleo de Ledigos. Y por un andadero paralelo a esa ruta nos dirigimos a Terradillos de los Templarios.

Terradillos de los Templarios. La gallina de los huevos de oro y Esopo.

Dicen que el nombre de Terradillos hace mención al hecho de que sus antiguas casas de ladrillo de adobe mostraban techos de tierra a los que llamaban terradillos. Pero llama más la atención el calificativo añadido «de los templarios», de los que hablaremos más tarde al llegar a Ponferrada. Baste decir ahora que estas tierras estuvieron bajo su jurisdicción y que, durante el siglo XII, el Temple mantuvo aquí un hospital y hospedería bajo la invocación de San Juan del que no queda nada.

Y existe una curiosa leyenda que asegura que aquí está enterrada la famosa, admirada, envidiada y ansiada gallina de los huevos de oro. Concretamente en el Alto de Torbosillo, unos cerros que pueden observarse a la derecha de la senda y al otro lado de la próxima autovía A-231 al dejar atrás la villa.

La historia mantiene que en Terradillos existía cuando el medioevo una parroquia, la de San Esteban, cuyo párroco llevaba cada año a Santiago un huevo de oro como ofrenda al apóstol. Y aquello, además de sorprender, levantó y alimentó oscuras ambiciones en Compostela. Y cierto año, el poderoso cabildo catedralicio comunicó al buen párroco que a partir de entonces no querían solo el huevo anual sino a la gallina entera dadas sus excepcionales virtudes, y que no temiera porque cuidarían con total dedicación de ella… De regreso, el párroco

contó atribulado sus cuitas a sus protectores freires templarios y, reunidos en capítulo, entre todos decidieron que de eso nada, que se fastidiara el cabildo compostelano porque a partir de entonces ni tendría huevos ni vería gallina. Y que lo mejor era sacrificar al animal para evitar futuros conflictos con ellos por causa de su ambición, soberbia y poder. Así que, cumplida la sentencia sobre el emplumado animal con prontitud y aseo, procedieron a enterrarla en el susodicho Alto de Torbosillo.

La gallina de los huevos de oro es una de las muchas fábulas que se atribuyen a **Esopo** y que, rememorando tiempos infantiles, paso a resumir. Se dice que hubo un labrador muy pobre que encontró en el campo una gallina portentosa porque ponía un huevo de oro al día. Obviamente, su suerte cambió con ello y se convirtió en el hombre más rico de la región. Pero la ambición del ser humano es desmedida pues, cansado de que solo pusiera un huevo al día, concluyó que el animalito los debía tener dentro y decidió sacárselos todos de golpe, ¡para qué esperar! Y ni corto ni perezoso mató a la gallina… Todos sabemos que no encontró nada en su interior, así que se quedó sin su huevo diario de oro y sin su gallina… Moraleja, la avaricia rompe el saco, el campesino quiso más y no valoró lo que ya tenía.

Por cierto, volviendo al autor, siempre supuse que **Esopo** fue persona de altas miras y moral intachable…, hasta que indagué algo más sobre él. Dicen que vivió en Asia Menor hacia el siglo VII o VI a.C., que fue esclavo y sirvió a un filósofo. Que era además jorobado, tartamudo y feo, ¡vaya por Dios!… Y que murió despeñado por los habitantes de Delfos tras robar un cáliz de oro en el templo de esa ciudad. Conclusión, no te puedes fiar de nadie y mucho menos de los moralistas… Pero esto último no debemos contárselo a hijos y nietos tras relatarles alguna de sus fábulas por aquello de intentar darles una educación firme y creíble en valores.

En todo caso conviene añadir para cerrar el capítulo que esta leyenda, o parecida, no solo se imputa a Terradillos sino también a otros lugares templarios porque el enriquecimiento de la orden era tal que empujaba a la gente a buscar alguna explicación que justificara tanto tronío. Y conviene recordar aquí las especulaciones que de siempre existieron en torno a que el Temple dominaba los secretos de la alquimia y, en consecuencia, eran capaces de fabricar oro a voluntad.

De camino a Sahagún, rememoramos una plaga de langostas y también a otros bichos actuales.

A los peregrinos que califican de sosa y aburrida la travesía del Camino por los Campos Góticos, Tierra de Campos, les diría que no se quejen porque hubo tiempos mucho peores en alguno de sus tramos tal como quedó plasmado en escritos pretéritos.

Ya hablamos de Domenico Laffi cuando transitábamos por los Montes de Oca, y también de sus apuros porque se perdió en sus fragosidades, e incluso porque pasó hambre en compañía de su amigo Doménico Codici, que era pintor y natural de Bolonia como Laffi. Parece ser que este clérigo se hizo adicto al Camino e incluso se asegura que lo recorrió en tres o cuatro ocasiones y, como resultado de sus experiencias, escribió una crónica titulada «*Viaggio in Ponente a San Giacomo di Galitia e Finisterre per Francia e Spagna*».

En ella deja constancia de una plaga de langostas que asoló Castilla y León durante una de sus romerías. Precisó que al poco de dejar Burgos, como a una legua, ya se las encontraron y que caminaron todo aquel día entre ellas. Habían agostado la tierra, e incluso avanzaron con dificultad por causa de su gran número, «*lo han arruinado todo, no se ve árbol alguno sino piedras y arena… A cada paso se levantan en nubes por el aire, de tal forma que no se puede ver el cielo*». Y esto les duró hasta Hontanas, a unos treinta kilómetros. «*Aldea pequeña, desafortunada y pobre*», donde solo había una docena de cabañas cubiertas de paja y habitadas por pastores que estaban defendidas por una gran empalizada para protegerse de los lobos, «*que si no ven fuego comen las ovejas, sea día o noche*». Allí solo pudieron comer pan con ajos debido a la hambruna reinante, y tuvieron que dormir

en el suelo porque no encontraron otro lugar. Y encima debieron pagar por adelantado a su inamistoso hospedero. Al día siguiente tuvieron que esperar a que los rebaños salieran al campo para, bajo la protección de los mastines, evitar la presencia de lobos. Pero el camino seguía cubierto de langostas que lo arrasaban todo y, poco antes de Castrojeriz, hallaron a un peregrino francés moribundo cubierto por ellas. Y, aunque lo atendieron física y espiritualmente, al poco murió. Entonces cubrieron con tierra su cara y sus manos para evitar que las langostas se las devorasen tras lo que, alcanzado Castrojeriz, buscaron a un cura para que enviara a recoger el cadáver del pobre romero.

«Con la ayuda de Dios» alcanzaron Frómista envueltos en nubes de estos voraces insectos. Y allí encontraron una gran carestía y «no pudieron hallar ni vino, ni queso, ni frutas, ni cosa alguna». Precisó Laffi que al llegar la noche salían los vecinos a los campos con teas y haces de leña para matarlas aprovechando que caían a tierra por el frio. Aun así siguieron la ruta, porque era peor quedarse anclado en aquella penuria, y sobrepasaron Carrión de los Condes entre un mar de langostas para pernoctar ese día en el campo cerca de un lugar que pudo ser Calzadilla de la Cueza. Finalmente alcanzaron Sahagún donde quedaron espantados al ver sus murallas cubiertas por una enorme cantidad de insectos que las ennegrecían, hasta el punto que sus habitantes las barrían con haces de leña encendida…

¡Menuda andadura tuvieron! Nosotros, tras haber dejado atrás el pueblo de **Moratinos**, entramos en Sahagún sin ver murallas cubiertas de langostas, con total tranquilidad y considerándonos afortunados por no haber sufrido los apuros de Laffi y Codici. ¡Ellos sí que eran peregrinos!

De Sahagún a León

Allá por los tiempos de Diocleciano, a caballo entre finales del siglo III e inicios del IV, dos santos y cristianos hermanos, Primitivo y Facundo, acabaron martirizados por estas tierras y sus restos arrojados a las aguas del río Cea que las atraviesa. Tiempo después se recuperaron sus reliquias y, en torno a ellas, se creó un monasterio bajo los auspicios de Alfonso III el Magno para ensalzarlos. Y aquella institución tomó el nombre de *Sancti Facundi*, que con el roer del tiempo y la evolución de la lengua romance generó el nombre de **Sahagún**. Pero las raíces del lugar debieron ser muy anteriores, cuando menos romanas, porque fue punto de paso de la calzada que viniendo de Burdeos se dirigía a Astorga y que dejó las bases del llamado Puente Cano sobre el Cea.

Cabe suponer que, como tantos otros lugares, se despobló cuando la invasión musulmana para acabar consolidándose a partir del siglo IX alrededor del ya citado monasterio. Y aunque este fue demolido por las tropas musulmanas en una de sus aceifas a finales del susodicho siglo, volvió a resurgir de inmediato bajo el amparo real de León. Su época de mayor desarrollo está asociada con la figura de Alfonso VI a finales del siglo XI porque propició la entrada de los monjes de Cluny –los monjes negros benedictinos– que eran los portaestandartes de la reforma gregoriana. Y el rey nombró por aquel entonces abad al francés Bernardo de Aquitania, y el monasterio pasó a llamarse de San Benito que hoy podemos ver restaurado, aunque mostrando graves daños, por mor del paso del tiempo y por las revueltas locales de las que luego hablaremos.

Debió ser población rica porque, como afirma el Códice Calixtino, era un «prodigio de todo tipo de bienes». Y aún hoy guarda aires de antigua ciudad señorial porque cuenta con otros monasterios, iglesias y casas hidalgas de gran interés, destacando el hecho de que es cuna de la arquitectura mudéjar leonesa a través de las iglesias de San Tirso y San Lorenzo. Algunos panegiristas además mantienen que debió ser una especie de oasis de buen comer, mullido descansar y gran fiesta en compensación al ascético y duro previo tránsito desde Burgos… Lo señalo, por mí que no quede, pero me resulta exagerado aceptarlo porque el peregrino –tanto hogaño como antaño– peregrina, usualmente se detiene poco, las diversiones le resultan caras y el dinero no le sobra… Así que suele dejar el jolgorio para celebrar la llegada a Santiago el último día.

Sahagún muestra al peregrino una particularidad añadida, la de estar situada justo a medio camino entre Santiago de Compostela y Roncesvalles, a 395 kilómetros de ambas. Y no sé bien si eso consuela al sufrido romero o lo apabulla…

La leyenda de la fundación de Sahagún

Existen varias versiones respecto a su fundación que presentan ligeras diferencias aunque no sean sustanciales, por lo que no acogeremos principalmente a la más difundida que aparece en el Libro IV del Códice Calixtino, el falso Turpin. Según esta, y por indicación del apóstol Santiago a inicios del siglo IX, Carlomagno

–varón bueno, sabio, valeroso y magnánimo– se propuso remediar las desventuras que sufrían los reinos cristianos en la Península que se mostraban incapaces de parar a un rey moro, Aigolando, que los machacaba y asolaba. Así que el rey franco pasó los Pirineos trayendo consigo a muchos capitanes valerosos –entre ellos a su alabado y temido cuñado, Milón de Angleris, que era padre de Roldán– quienes comandaban grandes fuerzas cristianas.

Y se añade que llegaron hasta la ribera del río Cea con el fin de trabar combate contra los sarracenos. Entonces Aigolando, el moro, retó a Carlomagno a enfrentarse como él quisiera:

> *«o veinte contra veinte, o cuarenta contra cuarenta, o cien contra cien, o mil contra mil, o dos contra dos, o uno contra uno. En seguida fueron enviados por Carlomagno cien soldados contra cien de Aigolando, y fueron muertos los sarracenos. Después son enviados por Aigolando otros cien contra cien, y también fueron muertos los sarracenos. Luego envió Aigolando doscientos contra doscientos, e inmediatamente fueron muertos todos los moros. Por último Aigolando mandó dos mil contra dos mil, de los cuales fueron muertos una parte y otra huyó»*

Tras los revolcones sufridos, Aigolando comenzó a tentarse las ropas viendo que no conseguía rechazar a aquellos valerosos guerreros y decidió consultar a nigromantes para conocer cuál sería el futuro. Y estos le auguraron que en el siguiente encuentro derrotaría sin duda a su enemigo… Animado por ello, reincidió en la apuesta y de nuevo retó a Carlomagno, ahora sí, a batalla campal. Todo o nada, se propuso.

En la víspera del encuentro los cristianos prepararon sus armas para el combate y clavaron sus lanzas altivas en los prados donde vivaqueaban junto al río Cea… Y a la mañana siguiente todos se sorprendieron al ver que muchas de aquellas lanzas habían enraizado y aparecían adornadas con multitud de hojas. Y entonces se corrió la voz de que tan solo habían florecido las de aquellos que habían de entregar su vida en el próximo combate para salvación de la cristiandad. La providencia les entregaba así la corona del martirio que anticipaba su llegada al cielo. Pero aquello no amedrentó a tan bravos guerreros y, henchidos de orgullo santo, aquellos valientes cortaron de raíz las florecidas lanzas para recuperar sus armas y partieron luego gozosos al combate. No fue tarea fácil porque durante él murieron cuarenta mil cristianos, incluido Milón de Angleris. E incluso murió el caballo de Carlomagno por lo que el emperador hubo de luchar a pie en circunstancias difíciles. A pesar de ello, el emperador mató a muchos sarracenos, como no podía ser menos, partiéndolos por la mitad con su espada…

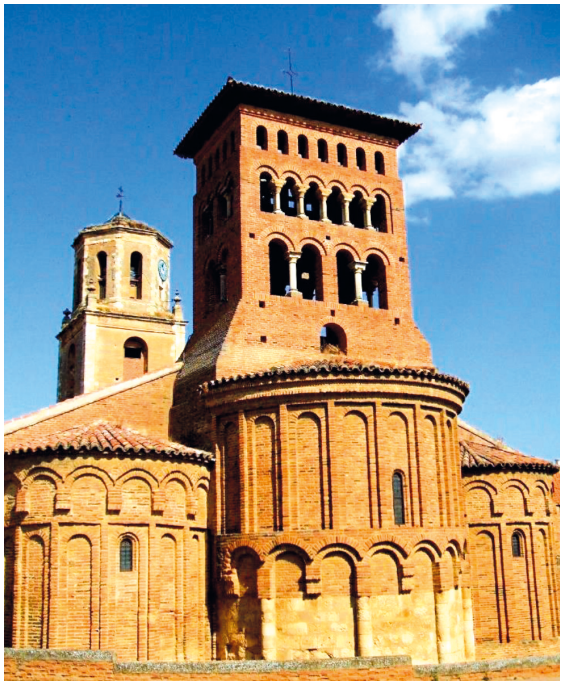
Lo de partir al contrario en dos, mejor con el caballo incluido, representaba en aquellos tiempos el clímax soñado para todo buen caballero que se preciase. Y esto me recuerda a cierta novela de título por mí olvidado del escritor Henryk Sienkiewicz, el autor de «Quo vadis», donde uno de sus trágicos héroes polacos había hecho juramento de cortar de un solo tajo tres cabezas enemigas al unísono… No recuerdo el porqué de su raro y caprichoso voto porque lo leí siendo un niño. Pero sí que ya había conseguido tajar dos cabezas al tiempo en más de una ocasión, no le faltaba pues destreza, pero se le atragantaba lo de las tres al unísono. Finalmente triunfó durante el sitio de un castillo que nuestro héroe defendía, tras enfrentarse a un trío de enemigos que asaltaban al unísono las almenas próximas al lugar que él guardaba… Aquello me impresionó mucho, los pocos años, por eso lo recuerdo. Y ahora me pregunto si la satisfacción que sintió nuestro héroe sería parecida a la de conseguir un hat-trick en una final de fútbol en nuestros días… Aunque, pensándolo bien, no debe ser lo mismo porque los goles se consiguen de uno en uno.

Ganada la batalla, Carlomagno ordenó la edificación de un monasterio junto al que se constituyó «un grande y riquísimo pueblo» con el pasar de los días, a lo que contribuyó sin duda el hecho de que se convirtiera en parada y fonda del andar peregrino. También añade nuestro bien conocido Aymeric Picaud que las raíces de aquellas lanzas floridas que quedaron en tierra engendraron luego grandes bosques en la ribera del Cea y que él llegó a verlos en su peregrinación. Y,

efectivamente, cualquiera puede comprobar hoy en día al abandonar Sahagún que el río Cea todavía discurre abrigado entre una espesa arboleda.

Sahagún, innovadora del románico de ladrillo

¿Por qué se construyeron con ladrillo algunas iglesias románicas en Sahagún? ¿Por qué la villa se convirtió así en la referencia clara de este estilo innovador en el medioevo?



Concurrieron varias circunstancias propicias. Alfonso VI ya había reconquistado Toledo a finales del siglo XI, lugar donde la utilización del ladrillo por los musulmanes era tradición. Y Sahagún era ya un poderoso centro religioso y económico que quería crecer por aquellas fechas. Por tanto, resulta lógico pensar que alarifes de la reconquistada ciudad y artesanos de raíz mudéjar fueron contratados para acelerar los diversos proyectos arquitectónicos que en ese momento se desarrollaban en la villa. Y los factores desencadenantes debieron ser dos, en mi opinión. Por un lado el económico, porque la Tierra de Campos tiene poca piedra, no hay buenas canteras y las montañas

quedaban lejos frente a los medios de transporte de la época. Lo fácil y práctico era recurrir a la edificación con ladrillos, más baratos, que incluso se podían producir in situ. Y, en segundo lugar, la premura por terminar las obras de engrandecimiento de la villa también debió jugar en favor del ladrillo que permitía una edificación más rápida.

De este modo, alguna obra iniciada ya con sillares de piedra cambió al ladrillo sobre la marcha. Prueba de lo anterior es que, como puede verse en la imagen de la iglesia de San Tirso, el ábside se arrancó con sillares y columnas de piedra para, una vez acabadas las primeras hiladas, rematar toda la obra en ladrillo cocido.

Al anterior templo siguió el de San Lorenzo, otra joya del nuevo estilo. Más tarde, a partir del siglo XIII, la innovación se extendió y consolidó en otras regiones españolas. Y no necesariamente a resguardo de la escasez de piedra, sino porque el románico mudéjar pasó de ser una hábil y afortunada apuesta a convertirse en un estilo arquitectónico singular. Como ejemplo de esto, a unos cinco kilómetros de la villa se encuentra San Pedro de las Dueñas, otro edificio que se comenzó en románico puro de piedra y se finalizó en ladrillo. Merece la pena visitarlo aunque esté desviado del Camino.

Una historia curiosa, el pueblo contra los obispos cluniacenses. Las revueltas burguesas en Sahagún.

Antes anticipamos que, a lo largo del siglo XII, Sahagún se convirtió en un importante centro económico y religioso al que no fue ajeno el transitar del Camino y la existencia del monasterio. Y cabría suponer que la relación entre este último y las gentes de Sahagún habría de ser plenamente amistosa desde siempre… Y debió ser así solo al inicio porque cuando al rey Alfonso VI se le ocurrió intervenir por una doble vía para engrandecer aún más a Sahagún comenzaron los problemas.

Pero, antes de seguir adelante con esto último, rememoremos someramente algunos detalles familiares de este monarca para mejor situarnos. Estaba casado con Constanza de Borgoña por aquellas fechas. Y dos de sus hijas de anteriores parejas, Urraca –que luego sería reina de León – y Teresa –que se tuvo que conformar con ser

condesa de Portugal–, estaban también casadas con altos caballeros de la susodicha rama francesa. Y Constanza, la esposa, era además hermana del famoso abad de Cluny, Guido, que sería conocido más tarde como el papa Calixto II. Así que dos factores influían poderosamente por entonces en las decisiones políticas del rey: la susodicha proximidad familiar a los borgoñas, y la reforma gregoriana avanzando a toda prisa en el orbe cristiano bajo el creciente poder de la Iglesia de Roma y de la abadía de Cluny que la impulsaba. Convenía pues a Alfonso, y mucho, estar a bien con todo ello.

El rey había concedido anteriormente fueros a la villa, lo que obviamente entusiasmó a sus habitantes. Pero a renglón seguido entregó la abadía de Sahagún a los monjes negros de Cluny otorgándoles también jurisdicción señorial sobre el territorio de la zona. Y ahí se inició el conflicto porque aquellos primeros abades cluniacenses, al tiempo obispos, consideraron que todo el monte era orégano y, además, suyo. Así que no respetaron los fueros antiguos de Sahagún porque consideraron que sus derechos episcopales eran superiores a los del vulgo por ser casi sagrados. Y gravaron la molienda de cereales, el cocer del pan, el vendimiar… Y prohibieron a los facundinos vender sus tierras libremente y cambiar de domicilio a otro lugar. Las gentes del pueblo debían utilizar forzosamente el horno del monasterio –cotizando claro está–, y este les impedía vender pescado o vino sin su permiso… ¡Aquello sí que fue un monopolio!

Claro está, se armó la marimorena en la villa, donde las gentes contaron además con el decidido apoyo del clero secular que añoraba

el viejo rito visigótico y mozárabe y que se sentía desplazado por los prepotentes reformadores de Cluny. La revuelta estaba servida, y fue bien alimentada por el hecho añadido de que el reino de León hervía también en disputas motivadas por casamientos no queridos –Urraca de León ya viuda con Alfonso I de Aragón– y los nervios sucesorios del futuro Alfonso VII al que apoyaba la nobleza gallega. Al amparo de ella la región se hizo insegura, aumentó el bandolerismo y todo empezó a ir peor hasta que medio se compuso tras un arreglo concertada entre ambas partes bajo la presión real de Urraca. Pero el sofocón sufrido dejó larvado un espíritu de rebeldía en los facundinos. Y se sucedieron los enfrentamientos entre el monasterio y el pueblo por más de medio siglo, hasta mediados del XIII. Mala sangre que rebrotaba con frecuencia por razón de los continuos desacuerdos en cuanto a poderes y derechos de ambos. Finalmente, Alfonso X zanjó la cuestión otorgando los Novísimos Fueros de Sahagún en los que, en buena medida y según dicen los expertos, dio la razón a las gentes de Sahagún en contra del monasterio, lo que no solía ser demasiado frecuente.

El Camino abandona la villa sobrepasando el Puente Cano sobre el río Cea, lo que te permite contemplar en sus riberas a los árboles tataranietos de aquellas lanzas floridas que vencieron al moro. León queda cada vez más cerca.

Bercianos del Real Camino y su particular campanario

La villa debe su nombre a que, al parecer, sus primeros colonos procedían del Bierzo. Y sería un pueblo más de los varios con que hemos tropezado en la Tierra de Campos por el aspecto de sus calles y casas si no fuera por el particular diseño de su nueva iglesia de San Salvador.

Resultaba que la antigua iglesia y su campanario, además de tener muchos años, reposaban en parte sobre una bodega subterránea hasta que esta se vino abajo. Y, para paliar el destrozo, decidieron construir un nuevo templo cuyo campanario queda exento de la nave principal y se reduce a una simple estructura de acero. Por ser sincero, resulta algo chocante y me recordó a una torre de alta tensión. En añadido, para evitar tentaciones okupas por parte de las cigüeñas, se montó a

su lado una torrecilla metálica con plataforma de anidamiento. Cada cual en su sitio.

¡Cómo cambia el mundo! Románico por doquier en la Tierra de Campos, el mudéjar de Sahagún a dos pasos y de pronto esto… ¿No había otra solución menos rompedora? Aunque para gustos, los colores.

Otra vez Doménico Laffi. Y un recuerdo para los peregrinos que ya sobrepasaron Finisterre.

Cuenta Laffi en su relato que, a la altura de estas tierras, encontraron el cuerpo de un pobre peregrino que estaba siendo devorado por una pareja de lobos…, esta vez no eran langostas. Así que los espantaron y, tras ello, cubrieron piadosamente su cadáver. En el siguiente pueblo, se cree que fue el Burgo Ranero, avisaron al cura para que recogieran el cadaver a fin de darle una más decente y cristiana sepultura.

Los peligros del Camino. Antaño fueron los bandidos, la guerra, los lobos, las langostas, la sed, el hambre y la enfermedad… Hoy casi no existen muchos de ellos, pero sí se nos muestra la parca bajo otras apariencias menos truculentas pero igual de peligrosas: la fatiga, el infarto de miocardio, las caídas, el atropello por un vehículo, el accidente con la bicicleta, incluso el asesinato… Sí, sigue habiendo peregrinos que encuentran el final de su andadura material en la misma senda, y no puedo evitar emocionarme al pensarlo. En mis caminatas suelo ir pendiente de las estelas y cruces que les dan recuerdo a fin de otorgarles un mínimo reconocimiento. Y durante

un cierto tiempo creí que eran solo unos pocos, mal informado por los datos que tenía, y lo justificaba pensando pretenciosamente que los medios modernos hacen muy difícil esa fatal realidad en nuestros días. Pero más tarde tropecé husmeando por la red con el blog de una peregrina, Ama Walker, que me llevó hasta los datos que arroja la Federación Española de Amigos del Camino sobre este tema. Y no, no son tan pocos los fallecidos, aproximadamente entre diez y quince personas al año, lo que me sorprendió…

Por cierto, consejo de amigo a la gente de corazón joven que hace la ruta sagrada y ya pasa de los setenta años, entre los que me encuentro. Vista larga, paso corto y andad sin prisas porque somos mayoría en esa lista.

El Burgo Ranero y la leyenda de la laguna de la manzana

La senda avanza durante unos siete kilómetros rodeada de sembrados y barbechos, a los que flanquean por un lado la autovía del Camino y por otro una línea férrea a unos centenares de metros. Además, en su lado izquierdo, el que mira a mediodía, discurre acompañada por una serie de arbolitos de copa espesa pero aún de poca talla Y me fijé con sorpresa en que estaban dotados incluso de riego por goteo para garantizar su crecimiento. Cavilé que algún alma caritativa había tenido la santa idea de plantarlos a fin de proporcionar alguna sombra al peregrino en verano, y que aquello no podía deberse a una iniciativa municipal por la usual carencia de fondos que padecen los pueblos de la España rural. ¿Pero quién?... Un tren rápido de la línea León a Burgos pasó en esos instantes y justo entonces distinguí un mojón no

peregrino al lado de la ringlera de árboles que me daba la respuesta. Adif, la administradora de infraestructuras ferroviarias de España, es la autora de esta pequeña y caritativa obra. ¡Bravo y un aplauso!

Entramos en el Burgo Ranero por la calle Real –larga y tendida–y de pronto surge algo inusual. ¡Había niños jugando a la pelota y corriendo en bicicleta por ella! ¡Qué maravilla! Y entonces rememoras tu infancia –«Mamá, me voy a jugar a la calle »– y reflexionas sobre cuántas cosas buenas se han perdido en nuestras ciudades.

A la salida de la villa casi tropiezas con lo que en tiempos del medioevo fue una gran laguna a la que hoy llaman de la Manzana. Y cuenta la tradición que era pestilente y que por entonces criaban en sus aguas toda clase de reptiles y anfibios, amén de abundar mosquitos y otros insectos en la vegetación que la rodeaba. Entre los primeros destacaban las ranas, de ahí el apellido dado a la villa, Ranero. Y tal era la abundancia de estos moradores que los del pueblo, entre la precaución frente a las picaduras y el rechazo a los bichos, evitaban su proximidad y procuraban habitar alejados de ella. En consecuencia, los peregrinos bien avisados también la esquivaban y no descansaban en sus cercanías.

Pero en unas vísperas de San Juan, ya anocheciendo y allá por los inicios del siglo XII, un romero que llegaba al pueblo fatigado preguntó a un niño dónde podía alojarse. El chico le ofreció su casa a cambio de un mínimo estipendio, pero también le avisó de que vivían cerca de la laguna porque eran muy pobres y no podían permitirse mejor sitio, lo que podría suponerle un gran inconveniente ya que el ruido que producían ranas y sapos iba a alterar su sueño. Y que, dicho esto, él entendería que no quisiera alojarse en su humilde hogar por ello.

–A mí la laguna me da mucho miedo porque es oscura, fea y huele mal –apostilló el infante.

Aun así, el viajero se hospedó en su casa y, tras cenar, se retiró a su aposento. Al día siguiente se levantó de amanecida para seguir la andadura y, como regalo para el niño que seguía dormido, depositó una manzana sobre su almohada que sacó de su zurrón. Al dejarla se despertó el infante quien se sorprendió al verlo.

> –¿Por qué me regalas una manzana si te quedan muchas leguas por andar y la necesitarás?
>
> –Porque, a través tuya, el señor Santiago me ha hecho conocer la tierna ingenuidad de un generoso rapaz… Cómela, te hará bien –añadió–, y cuando la acabes arroja su corazón a la laguna.

El niño siguió su consejo y, ante su sorpresa, sintió que se iba sintiendo más fuerte y le iba desapareciendo el miedo al lago según tomaba la fruta. Al terminar, siguiendo la indicación del romero, arrojó sus restos al agua e inmediatamente vio que esta se clarificaba y quedaba limpia…

Aún hoy, una parte del lago permanece limpio y sin maleza alguna. Y el croar de las ranas es armonioso –eso dicen pero vaya usted a saber– como si la presencia de aquel peregrino se mantuviera viva a pesar de los siglos transcurridos. En resumen, que hubo milagro, pequeño pero lo hubo y aún perduran sus frutos… ¿Quién era aquel peregrino?, ¿acaso el apóstol? Por cierto, no hay nada como una buena leyenda para cobrar fama. Y mantengo esto porque a la salida de Bercianos del Real Camino también hay una laguna, algo más pequeña que la del Burgo Ranero pero también laguna. Mas no debió tener ni ranas, ni sapos, ni lagartijas, ni moscas, ni mosquitos, ni peregrino misterioso, ni manzana milagrosa allá por el medioevo, así que quedó olvidada y sin parecido reconocimiento.

El alojamiento de los romeros y unas chinches

En relación a lo antes relatado, nuestro amigo Laffi señalaba –casi seis siglos después de lo de la manzana– que en el Burgo Ranero:

> *"se procuraron albergue, pero tan pobre que tuvimos que dormir en el suelo, porque estos son todos pastores de ovejas, que viven en esta villa, hecha toda de cabañas cubiertas de paja".*

Como se comprueba, las cosas habían mejorado poco con respecto a la edad media. Pero nótese que el italiano ya no hace referencia alguna a la pestilencia de la laguna o al ruido otrora insoportable de ranas y sapos. Y debo añadir que vieron desaparecer por estas mismas tierras la pertinaz nube de langostas que los acompañaba casi desde Burgos. Digo yo que allí se las debieron comer los denostados batracios.

Hoy en día los albergues son mucho más confortables, aunque nunca llueve a gusto de todos porque sobre los dormitorios comunes con literas surgen abundantes quejas peregrinas ya que no es fácil descansar por razón de ciertos fenómenos fisiológicos ligados a nuestra pobre humanidad… También algunos comentan el riesgo de alojarse en viejas casas de agrietados muros de adobe y techos de vetusta madera, por muy bucólicas que sean, pues más de uno despertó cuajado de picaduras de ciertos osados insectos. Y dado que esas picaduras se mostraban en rosario sobre la piel del sufridor o sufridora, según fuera, para mí que señalan a unas claras culpables: las chinches… Nada que no pueda remediar una adecuada desinsectación.

Mansilla de las Mulas

Bañada por el río Esla, ha sido conocida por otros nombres a lo largo de su historia: Mansiella del Ponte, Mansiella del Estola, Mansilla del Camino y, recientemente, Mansilla de las Mulas debido a las muy importantes ferias de ganado equino –caballos, yeguas, burros y principalmente mulas– que aquí se daban.

Esta feria de semovientes ha venido a menos y cedido parte de su fama mercantil a una feria del tomate que ensalza la altísima calidad de los producidos en esta tierra. Y no solo se degustan abundantemente con tal motivo en ese día, sino que además tiene lugar una belicosa tomatina, al uso de la de Buñol según me cuentan, para regocijo general. Así que podría ocurrir que un día trocaran el nombre del lugar por el de Mansilla de los Tomates, dado que las mulas y otros cuadrúpedos son altamente contaminantes para los gustos actuales y pasaron de moda… A mí me suena mucho peor, pero cosas más raras se ven en estos tiempos.

Mas volvamos a la seriedad peregrina porque conviene echar un vistazo, antes de abandonar el lugar, a la muralla de Mansilla que fue construida a cal y canto durante el siglo XII. Y no con la intención de que nadie entrara y saliera de la villa, tal como asume la acepción en nuestro lenguaje actual, sino para dejar memoria de que fue levantada con cantos rodados y argamasa con base de cal. Y también merece la pena detenerse en el gran puente sobre el río Esla dotado de ocho ojos, y en la llamada Portada del Castillo que recibe al peregrino según se accede a Mansilla. Por cierto, de esta última apenas quedan los apoyos laterales porque el arco de remate se perdió.

León

El nombre de León y la Legio VII Gémina

Allá por los inicios del último tercio del siglo I la provincia Tarraconensis, a la que pertenecían estas tierras, estaba gobernada por un tal Servio Sulpicio Galba. De brillante carrera militar y administrativa, estaba enemistado con Nerón –sí, el del incendio de Roma entre otras hazañas– y espoleado por algunos próceres romanos se autoproclamó emperador en su base de Clunia, colonia romana radicada en la actual provincia de Burgos. Pero antes de marchar sobre la capital del imperio para consolidar su apuesta hubo de resolver un grave problema: apenas tenía tropas para enfrentarse a tamaño reto porque tan solo contaba con una legión, la **Legio VI Victrix** que estaba afincada en los terrenos de la actual León.

Así que Galba debió echar mano de lo más granado de celtíberos, arévacos, vetones, cántabros y astures para formar una nueva unidad complementaria, la **Legio VII Galbiana**, a fin de sostener la apuesta. Y aquellos mocetones cosecharon un gran éxito en su aventura bélica porque en apenas cinco años tuvieron tiempo de saquear Roma, de participar en otras dos rebeliones contra el emperador de turno –porque Galba, aunque triunfó, apenas resistió unos pocos meses en el cargo–, de cruzar Europa para cubrir la frontera contra los bárbaros en Panonia, allá por los Balcanes, e incluso de regresar a la península bajo un nuevo nombre, la **Legio VII Gemina**, ya que de Galba casi nadie guardaba un mínimo recuerdo y para qué conservar lo de «galbiana». Aquellos veteranos legionarios se acuartelaron donde antes estuvo la *Legio VI Victrix*, en la actual León, porque convenía andar cerca de las riquezas minerales del noroeste peninsular, particularmente del oro, al tiempo que vigilaban a los levantiscos y cercanos cantabrones.

Y en base a ese campamento creció un burgo que, por evolución de la razón de su origen, Legio, vino en llamarse León y habría de ser cabeza de uno de los viejos reinos de España.

La Catedral de Santa María de Regla de León, la «*PULCHRA LEONINA*»

Acercarme a la tarea de describir la riqueza cultural e histórica de muchas ciudades españolas con mediana propiedad y sentido me produce un medroso respeto –por no decir que un diáfano vértigo– porque representa un reto que sobrepasa la capacidad de este peregrino curioso que tan solo aspira a llegar a Santiago viendo algo de lo que el Camino le ofrece. Por ello evitaré, por incapacidad manifiesta, el atreverme a describir en detalle los grandes monumentos de León: Catedral, San Isidoro, el convento de San Marcos, la casa Botín y demás, dado que existe mucha y docta literatura sobre ellos. Y me limitaré tan solo a ahondar ligeramente en algunas leyendas y anécdotas sobre ellos que, sin ser fundamentales ni seguramente rigurosas, pueden sazonar adecuadamente una rápida visita a la ciudad.

Sobre los restos de una antigua basílica construida por mandato de Ordoño II en el siglo X se levantó, a caballo de los siglos XIII y XIV, la catedral de León. Y es obligado decir que se la tiene por una de las más hermosas y perfectas catedrales góticas aunque, como en tantos

otros casos, se la completó con nuevas obras y acabados renacentistas en el siglo XVI e incluso se le hicieron algunos añadidos durante el barroco.

El adjetivo de «*pulchra*» no le fue dado por suponerla siempre limpia y sin tacha, que lo está en estos momentos, sino porque en traducción directa del latín se la calificó por entonces como la bella o la hermosa. Su planta se inspira en la de la catedral de Reims y por eso se la califica como la más francesa de las catedrales españolas. Lo que es lógico porque se atribuye su diseño y obra inicial al **maestro Enrique**, francés, que dicen ya había trabajado en la catedral de Saint-Denis en París, entre otros templos galos, y en la de Burgos. Y también cuentan que llegó a estas tierras contratado como maestro de obras por el rey Fernando III el Santo, unificador de los reinos de Castilla y León. Hay que ensalzar a este rey porque, entre sus muchos retos políticos y conquistas guerreras, aún tuvo tiempo para impulsar la cultura y, en particular, la construcción de las catedrales de Burgos y León, cabezas de sus reinos.

En una restauración realizada en el siglo XIX aparecieron bajo sus cimientos los restos de las termas que utilizaron los legionarios de la VII en el siglo II d.C. Y afirman los expertos que la extensión de dichas termas superaba a las del templo actual, lo que no tiene nada de extraño porque, puestos a retozar en el «*caldarium*», en el «*tepidarium*» y en el «*frigidarium*», los cinco mil legionarios que conformaban una legión debían demandar mucho espacio.

Aun sin entrar a describirla porque lo mejor es visitarla, es obligado señalar el enorme impacto que produce en el visitante la visión de las hermosísimas vidrieras emplomadas de sus grandes ventanales

y rosetones, nada menos que mil ochocientos metros cuadrados implantados entre los siglos XIII y XVI. Afortunadamente se conservan buena parte de las originales, pero ha habido que reponer algunas con el pasar del tiempo, de las guerras, los seísmos y por razón de las perdigonadas y pedradas de algunos desalmados… Increíble esto último, ¿verdad?, pero resulta que no es infrecuente tal desatino aún en nuestros días. Tras las recientes limpiezas y restauraciones para acabar con la mugre adherida a lo largo de su vida y los rotos causados por los descerebrados, lucen espléndidas en estos momentos.

No todas ellas obedecen a una representación religiosa porque, por ejemplo, las hay también de carácter geométrico, con temática bélica o incluso bucólica mostrando una cacería. Pero sobre todo resulta muy extraño observar una dedicada a **Simón el Mago**, extraño personaje de los albores del cristianismo. Parece ser que era samaritano, coetáneo de Jesucristo y que estuvo especialmente dotado para la magia y los hechizos. Atraído por la nueva doctrina, se acercó a ella y fue convertido por Felipe el Evangelista. Pero quizás solo lo hizo persiguiendo fines espurios ya que al poco ofreció dinero a los apóstoles Pedro y Juan a cambio de recibir por su mediación al Espíritu Santo y, de ese modo, poder hacer milagros por su cuenta. Lógicamente fue rechazado por los apóstoles y de ahí nació el término simonía que define el pecado inherente a tratar de obtener beneficios eclesiásticos a cambio de vil metal.

Pero eso no paró su aventura porque a renglón seguido intentó crear una nueva religión –el simonianismo, de tendencia gnóstica – donde

él mismo se decía que era un dios bajo forma humana y el auténtico mesías. No parece que tuviera mucho éxito, pero sí el suficiente para incomodar al naciente cristianismo con el que compitió en allegar adeptos. Y respecto a su muerte hay diversas versiones, a cual más curiosa como corresponde a tan descarado individuo, de las que entresaco dos. La primera asegura que falleció porque, al tratar de imitar a Cristo, se hizo enterrar vivo para luego poder resucitar al tercer día…, y resulta que no lo hizo, cosas que pasan. Una segunda la relata un texto cristiano apócrifo: habiéndose acercado a Roma, decidió exhibir sus poderes mágicos ante Nerón para probarle su naturaleza divina y así ganar prestigio ante él. Para ello se propuso volar ante el emperador planificando una exhibición pública que, lógicamente, reunió a una gran multitud. Y refieren que consiguió alzarse en el aire ante el pasmo de todos… Mas no contó con que entre los allí presentes estaban los enfurruñados apóstoles Pedro y Pablo, quienes rogaron a Dios que interrumpiera su anormal, acrobático y sacrílego vuelo –cosa que hizo de inmediato el Altísimo – con lo que cayó al suelo donde fue inmediatamente apedreado por los enfurecidos cristianos.

Curioso por tanto que aparezca este Simón en las vidrieras de una catedral cristiana y en lugar distinguido, la capilla de San Clemente, revestido de ornamentos sacros. ¿Qué razón había?, la desconozco, no he conseguido hallarla.

Otras curiosidades de Santa María de Regla de León. El topo

Cuenta la leyenda que las obras de la catedral, allá por el siglo XIII, sufrían continuos derrumbes más o menos importantes durante la noche que retrasaban su terminación puesto que echaban abajo el trabajo realizado por los canteros durante el día. Y se corrió la voz de que podría deberse a la corrosiva actuación de un gran topo que cavaba en sus cimientos y que, sin duda alguna, debía estar tutelado por el Maligno. Decididos a acabar con aquella maléfica criatura, los leoneses salieron una noche en su búsqueda y triunfaron porque lograron atrapar a un espécimen de dimensiones desusadas, muy superiores a las habituales de tal animal, al que dieron muerte al instante entre el general alborozo de todos. Muerto el perro se acabó

la rabia, pensaron, y tras ello colgaron su pellejo en la pared interior del templo sobre la Puerta de San Juan.

Pero no se acabaron las tribulaciones con ello porque la acumulación de humedad en sus cimientos, causada por la filtración de agua, siguió dañando la estructura. ¿La causa? Por un lado, los huecos dejados en el subsuelo por las ruinas de las viejas termas legionarias y, también, por la presencia de los restos de la basílica de Ordoño II. Sin olvidar la baja calidad de la piedra utilizada en la obra: una caliza muy porosa y ligera de origen hidrotermal, muy permeable al agua, a la que los geólogos llaman toba.

Aun con esas rémoras, la catedral aguantó medianamente bien hasta que en el siglo XIV no hubo más remedio que reforzar el hastial sur porque corría riesgo de ruina. Más tarde, en el XVII, se derrumbaron parte de las bóvedas de la nave central y, en la reparación subsiguiente, hubo que reedificar definitivamente el susodicho hastial. Además sufrió graves daños con ocasión del terremoto de Lisboa de 1755 que vapuleó especialmente a sus vidrieras. Pero los mayores temores se vivieron en el siglo XIX porque, a partir de 1857, volvieron a caer piedras de las bóvedas y se temió entonces por el derrumbe total del edificio. Así que la cerraron a los fieles y, tras grandes obras de restauración, no volvió a abrirse al público hasta 1901.

La gran pregunta que se hacía por entonces el pueblo llano leonés era: ¿de verdad acabaron con el topo en su día? Porque a la vista estaban sus múltiples, repetidas y dañinas hazañas… Pero algunos incrédulos desconfiaban de tal sospecha porque, aunque resultaba difícil observar en detalle la piel colgada del muro, aquello no parecía pertenecer a un topo ni de lejos. Y fuera por resolver esas dudas o simplemente por curiosidad, en los años noventa del pasado siglo acordaron bajar la piel del topo para someterla a examen por doctos especialistas… Y entonces la leyenda se vino abajo porque aquello resultó no ser una piel de mamífero pero sí el caparazón de una tortuga laúd que, según parece, abundaban en las aguas cantábricas años ha hasta que nos dedicamos a exterminarlas.

Está muy bien lo de mirar y ver, soy un decidido defensor de ello, pero no el mirar, imaginar y liarla con un cuento. ¿Quién fue el primero que insinuó lo del topo?... No se sabe. Así que atrevidamente aventuro sin ningún fundamento que el lanzador del bulo debió ser el afamado maestro Enrique, quien encontró por esta vía una disculpa para explicar los fallos de su obra.

Una imagen de la Virgen y los juegos de dados

En el parteluz de la portada de la fachada norte de la catedral, la principal, se encuentra una imagen de la Virgen con el Niño en brazos a la que se liga una bella y antigua leyenda leonesa. Cuenta esta que un soldado, capitán de los Tercios de Flandes por más señas, tras cenar copiosamente en las cercanías del templo y regar con abundante vino los sólidos alimentos ingeridos, decidió participar en una partida de dados que tenía lugar en el mesón. Y, ya fuera porque estuviera cegado por los vapores etílicos o bien por la pesadez de la digestión, comenzó a apostar de forma loca y atolondrada para goce de sus contrarios. Perdía una y otra vez porque se empecinó en apuestas torpes, gastando así hasta su último real… Finalmente tuvo que abandonar la partida angustiado y maldiciendo su mala fortuna.

Luego, encolerizado y jurando en arameo, tornó a vagar por la ciudad. Y los pasos perdidos le acabaron llevando frente a la fachada norte de la catedral donde se detuvo a observar a la Virgen y el Niño en el parteluz. Pero aquella visión no lo tranquilizó y súbitamente, en un arrebato impío, desahogó su rabia sobre ellos arrojándoles los dados causantes de su ruina. Tan violento fue el impacto que, según se mantiene, uno de los dados golpeó la cabeza del Niño, que comenzó a sangrar…

El soldado quedó espantado al verlo y, con la razón renovada por aquel milagro, lloró y pidió perdón humildemente, huyendo de inmediato a purgar su desconsuelo fuera de la ciudad. Días después aseguran que alguien llamó a la puerta del convento de los franciscanos en el extrarradio de León, y tras dar cuenta al prior de lo sucedido, pidió ingresar como hermano lego para nunca más abandonar el cenobio.

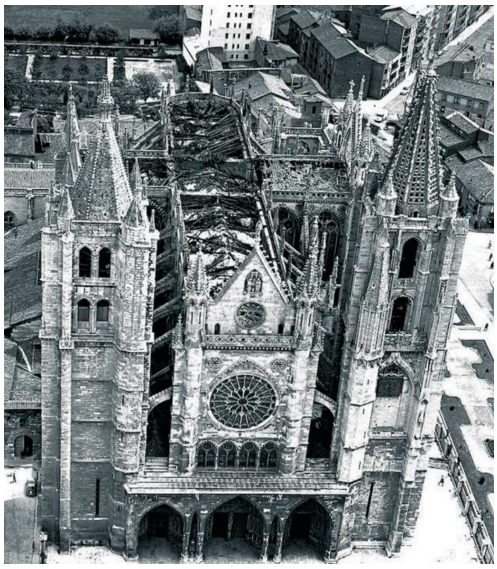
Conocido el hecho en León, la imagen pasó a conocerse como la Virgen del Dado. Aunque algunos dicen que la que hoy vemos en el parteluz de la portada no es la original porque el cabildo, por temor a que hechos similares pudieran repetirse, optó por trasladar la primigenia a una de las capillas interiores de la Catedral.

Otras curiosidades de Santa María de Regla de León. Un incendio, un maestro de obras sabio y Nôtre Dame de Paris.

La catedral sufrió un devastador incendio en mayo de 1966 cuando un rayo cayó sobre su cubierta hacia las seis de la tarde. Lo curioso es que, de inicio y tras la chispa, nadie observó que hubiera causado daño alguno. Pero hacia las ocho, mientras se estaba celebrando una misa vespertina, surgió en el templo un fuerte olor a quemado acompañado por humo. Las primeras sombras de la noche evidenciaron ya algunas llamas y hacia las nueve y media ardía la techumbre del templo casi en su totalidad. Los bomberos leoneses se volcaron en atajarlo y, a la vista de las terribles dimensiones que tomaba, llamaron a los de las localidades y provincias vecinas con urgencia. Pero súbitamente alguien dio un paso al frente y, echándose a la espalda el problema, ordenó a los bomberos que se abstuvieran de lanzar agua sobre la cubierta y se limitasen a refrigerar al mínimo posible las zonas aún no afectadas.

Se llamaba Andrés Seoane y era el maestro de obras de la catedral de León además de tallista, cantero y restaurador prestigiado. ¿Por qué razón tomó tan arriesgada decisión?... Volvemos a la ya mencionada piedra toba, ligera y porosa, capaz al parecer de absorber grandes cantidades de agua. Con ella estaban hechas las bóvedas del templo y, si el agua las hubiera empapado, habría aumentado enormemente su peso dando como resultado un más que probable desplome de la totalidad del templo. Los bomberos se limitaron entonces a refrigerar

los muros en zonas muy particulares y sensibles, dejando a las llamas en libertad en la parte superior… Y la apuesta dio resultado porque tras cinco horas de denodados trabajos el incendio quedó controlado. De esa forma, Andrés Seoane aceptó perder el entramado de madera de la cubierta pero salvó las bóvedas y, con ello, al resto del edificio.



En la restauración posterior se optó por una estructura metálica en la cubierta para sustituir a la quemada de madera evitando así futuros problemas similares. También, como era obligado, se cambió el antiguo pararrayos porque estaba claro que algo tuvo que ver con la propagación del fuego. Y como curiosidad final, parece ser que los técnicos que enfrentaron el reciente siniestro de la catedral de Nôtre Dame de Paris tuvieron muy en cuenta la experiencia previa de León y actuaron en paralela consecuencia porque las piedras parisinas presentaban características parecidas.

La Real Colegiata Basílica de San Isidoro de León, su penoso devenir y alguna curiosidad añadida

Para gran parte de los académicos y eruditos, la Colegiata de San Isidoro de León es el conjunto arquitectónico más valioso del románico español. Está formado por varias dependencias de las

que destacan particularmente la basílica y el Panteón de los Reyes con sus espléndidas pinturas. Fueron levantadas en el siglo XI y, principalmente, durante el XII por diferentes reyes y reinas leonesas la mayor parte de los cuales descansan en el antes citado panteón.

Inició su construcción Sancha, hija de Alfonso V, para lo que tuvo que derribar, o acabar de enterrar, restos de otras construcciones religiosas que se habían levantado previamente allí en el siglo X. El nuevo templo se hizo en piedra labrada y recibió toda clase de cuidados por parte de la corona leonesa. Pero conforme avanzó el tiempo entró en decadencia hasta el punto de que, según los expertos, pudo llegar a desaparecer. Y es que no tuvo una vida fácil durante el siglo XIX. La basílica sufrió enormemente durante la invasión napoleónica porque, como manifestaron sus cuidadores, «Robaron todo el tesoro, sacaron hasta cuarenta carros cargados de tallas, objetos de culto y figuras de arte sacro». En añadido, sus estancias se convirtieron en cuartel, pajar y cuadras. Y para finalizar aquel desatino, las tropas invasoras incendiaron la iglesia al retirarse. En resumen, nada muy distinto a lo sucedido en otros muchos lugares del solar hispano por aquellos días.

Al llegar la desamortización en 1835, continuó su deterioro ya que tuvo que ser abandonado por la comunidad religiosa allí residente. Afortunadamente esta se restableció en 1854, lo que propició diversos esfuerzos de restauración en su mayoría realizados voluntariosamente por los propios monjes con escasos medios y quizás no mucha maña, pero que al menos detuvieron la ruina inmediata. Así malvivió hasta la llegada de la guerra civil de 1936 en que volvió a ser cuartel. Y retornó a la mísera supervivencia tras ella sin que se solucionaran

sus problemas porque tuvo escasa protección, alcanzando nuevos máximos de penuria mediado el siglo ya que la comunidad religiosa quedó reducida al abad y tres canónigos ancianos que apenas podían mantenerla. El final estaba próximo… Pero afortunadamente surgió la propuesta de secularizar el Cabildo Regular en 1956, a fin de transformarlo en Instituto Secular, y a partir de ahí salió adelante nuestra capilla sixtina del románico con el esfuerzo conjunto de los leoneses, del obispado y de la administración pública. De esa forma se salvaron la colegiata y el panteón, como elementos más destacados, que son de visita obligada para todo buen peregrino. No hay que perdérselos.

Como detalle añadido a fines de distracción superficial, en su museo se guarda el llamado **cáliz de doña Urraca**, que algunos defienden que fue el utilizado por Jesucristo durante la Santa Cena. ¿Un santo grial más de los varios existentes en la cristiandad? De este comentan que solo el vaso del cáliz sería original y que el resto, una verdadera joya por su riqueza, es muy posterior.

Y además se asegura que aquí se custodia una cuba de vino de novecientos años de antigüedad que fue llenada por vez primero por san Martino y está celosamente guardada en lugar secreto… Llevado por la curiosidad investigué someramente a este santo y me encontré con que hay un montón de *sanmartinos* en el santoral católico, lo que me llevó a pensar en una nueva leyenda y en una búsqueda fallida. Pero no, finalmente hallé un san Martino de León, que fue canónigo de San Isidoro a finales del siglo XII, de reconocida santidad. Sin embargo hay algo que no me cuadra en esta historia porque sus hagiógrafos afirman que dormía en el duro suelo sobre un lecho de paja; que solo comía queso y huevos pero nunca carne; que solo bebía agua y tan solo probaba algo de vino diluido cuando estaba enfermo… No parece pues que tanta austeridad sea congruente con su decisión de dotar con una cuba de vino a San Isidoro pero, en fin, habrá que aceptarlo como un simple desliz terrenal de san Martino con fines terapéuticos.

Por cierto, también afirman que un restringido cenáculo de monjes cata su caldo todos los jueves santos, para lo cual se extrae de la cuba medio litro de vino y luego se añade el doble para compensar lo bebido y también lo evaporado por la cuba –que llaman «la parte de los ángeles» en las bodegas de güisqui, lo que resulta muy adecuado aplicado a San Isidoro dado que es lugar sagrado–. Pero no he encontrado comentario alguno sobre el resultado de esas catas.

De León a Astorga

Entre León y Astorga hay unos cuarenta kilómetros de distancia, lo que permite al peregrino prudente dividir la andadura en dos cómodas etapas que no presentan gran dificultad. Las sendas resultan fáciles de andar porque predominan los tramos rectos, bien asentados y casi siempre próximos a la carretera que une ambas localidades. Carece de grandes repechos que salvar, aunque el terreno se va alzando lentamente según nos acercamos a las estribaciones montañosas que nos darán paso a Galicia.

La primera parte, hasta San Martín del Camino, no muestra grandes atractivos aunque quizás se deba a que no los percibimos al salir saturados de la riqueza cultural de León. Sin embargo, en el segundo tramo, sí tropezamos con una joya de la que pasamos a hablar.

Hospital de Órbigo, don Suero de Quiñones y el puente del Passo Honroso

En un momento determinado la senda abandona los márgenes de la carretera y, desviándose a la derecha, toma rumbo decidido a Hospital de Órbigo que queda apartado a unos pocos centenares de metros. Su caserío se agrupa en torno a un puente dotado de una veintena de arcos de diferente factura que salvan la olla fluvial que abraza al curso de agua del Órbigo. Y se cree que sus cimientos son romanos porque formó parte de la llamada Via Asturica Burdigalam –Astorga Burdeos– que servía para transportar el oro del noroeste de la península, aunque hay que aclarar que hubo varias minas en esta zona además de Las Médulas y no todas fueron de oro. Añaden los expertos que las piedras del puente que hoy vemos pertenecen al siglo XIII en su mayoría y que, además, fue reparado en varias ocasiones para paliar los daños de riadas y guerras.

La villa es una de las más celebradas del Camino por su particular historia en torno a ciertas justas celebradas junto al río que la atraviesa, el mencionado Órbigo, allá por el anno Domini de 1434 mientras reinaba Juan II de Castilla sobre sus cristianas tierras. Y debo confesar que mi conocimiento sobre lo allí ocurrido era bastante pobre y escaso porque quedaba reducido a lo siguiente: un aguerrido caballero amaba a una hermosa dama –aunque ella no parecía estar por la labor y se mostraba desdeñosa– y, para honrarla y así conseguir sus favores, se plantó en los aledaños del citado puente durante una temporada retando a singular torneo de lanzas a todo caballero que deseara atravesarlo.

Pues bien, tras profundizar en esto, me encontré con un relato mucho más rico en matices y hechos que paso a exponer, aunque no puedo asegurar cuánto hay de exacta realidad histórica en ello y cuánto de romántico añadido por los diversos escritores que han glosado la hazaña a lo largo de los años. Pero, en todo caso, si non e vero e ben trovato.

Suero de Quiñones nació en 1409. Era asturiano, señor de Navia e hijo de Diego Fernández de Quiñones, merino mayor de Asturias. Lo de merino mayor no tiene nada que ver con las ovejas ni con la trashumancia, sino que se correspondía con un cargo de designación real que pechaba con los más altos asuntos de impartición de la justicia en determinado territorio. Fue joven esforzado y aguerrido que tomó

partido por Juan II, rey de Castilla y León, en sus enfrentamientos con los reinos de Aragón y Navarra allá por el 1430. Y bajo el mando del valido real, don Álvaro de Luna, participó en una expedición contra los nazaríes de Granada en 1431 que a punto estuvo de ganarla para la cristiandad. Lo que hubiera supuesto un indudable adelanto traumático sobre lo que luego realmente ocurrió ya que la magia del 1492 se hubiera quedado a medias.

Y cuentan los cronicones que don Suero fue a aquel combate sureño con el corazón herido y preso en cárcel de amor por culpa de una bella doncella a la que había reclamado amores antes de su partida. Pues, según parece, afirmaba por aquel entonces:

«Que tan fermosa la vi
que m´oviera de tornar
loco el día que partí»

Ella se llamaba Leonor de Tovar quien, para desgracia de su adorador, le dio una fría, lejana y retadora respuesta:

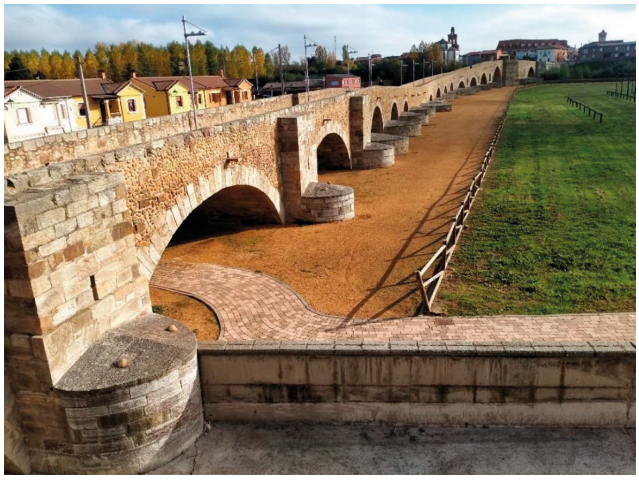
–«Seré vuestra cuando rompáis más lanzas que Don Álvaro en Madrid».

Aquello no era fácil de cumplir porque don Álvaro de Luna era muy hábil en el manejo de las armas y en particular de la lanza, virtud refrendada en multitud de combates y torneos celebrados en la corte en sus años mozos. Justo es decir también que no siempre le acompañó el éxito porque se sabe que fue herido gravemente en la cabeza por el impacto de una de ellas durante un enfrentamiento… Mas como el honor de un caballero se medía por entonces en función del número de cicatrices y huesos rotos en arriesgados lances…, pelillos a la mar.

Y no parece que don Suero volviera de Granada con la encomienda cumplida porque la ocasión no le fue propicia. Recordemos que la morisma practicaba usualmente el «tornafuye» y la emboscada en el combate, lo que no facilitaba el cruzar lanzas porque casi siempre rehuían la caballerosa carga directa. Encima, para su mayor desgracia, se encontró con que el amoroso reto lanzado por doña Leonor era ya conocido por toda la corte, lo que daba lugar a los más variados rumores e incluso chanzas en reuniones y saraos… Cualquier otro se hubiera desengañado y abandonado a tan distante y exigente damisela, o incluso se hubiese sumido en la desesperación retirándose a las brañas de una perdida montaña para llorar aquel amor imposible. Pero no así nuestro buen caballero, quien anduvo rumiando durante

meses cómo salir triunfante de aquel difícil trance. Sabía que él era de suyo valiente, pero ser valiente no bastaba y debía demostrarlo. Y para reafirmar su voluntad de dar respuesta, y en prueba de su total compromiso, Don Suero decidió llevar colgada al cuello una argolla metálica durante los jueves en homenaje a su rendido amor y a la deuda pendiente… El que quisiera dar señal pública de su empeño mostrando dicha argolla está muy bien y es digno de aplauso aunque, puestos a ser críticos, ¿por qué limitó su penitencia exclusivamente a los jueves?, ¿acaso no le apretaban las ansias amorosas durante el resto de la semana?

La oportunidad le surgió en 1434 porque, siendo año santo compostelano, sabía que numerosos caballeros peregrinarían a Santiago. Así que pergeñó los detalles de su plan y, con total arrojo y decidida voluntad, se dirigió a Medina del Campo donde se encontraba el rey Juan II de Castilla a quien pidió audiencia para exponerle su ruego: el de obtener la venia para llevar a cabo un singular torneo en el que podrían participar los caballeros que quisieran pasar por el puente de Hospital de Órbigo en tierras leonesas del Camino de Santiago. Don Suero, con la ayuda de nueve de sus mejores amigos, se comprometía a romper en duro choque de carga hasta trescientas lanzas a fin de cumplir con la condición manifestada por doña Leonor de Tovar –«cuando rompáis más lanzas que Don Álvaro en Madrid»– y poder así librarse de pesado yugo de los jueves. Y añadió que no impediría el tránsito de la plebe pero sí exigiría a cambio lid a todo caballero que se preciase de serlo. Y aseguró que si alguno eludía el enfrentamiento, podría seguir libremente el Camino siempre que vadeara el río sin llegar a pisar el honrado puente y, además, que entregara uno de sus guantes en señal de su cobardía.



En el siglo XV ya no era frecuente realizar torneos porque, al parecer, la afición por ellos había disminuido. Pero la propuesta gustó en principio al rey que dio su alto permiso y animó a los mejores caballeros del reino a participar. Dicho y hecho, bajo la batuta de don Suero se levantó en Hospital de Órbigo un campamento y un palenque junto al puente, probablemente en la misma llanada fluvial que hoy aún perdura. Y el 10 de julio de 1434 comenzó la fiesta…

Días calurosos, ¡pobres caballeros chorreando sudores bajo camisas, calzas, calzones, peales, gambesones, cotas de malla, capacetes y corazas! Como buenos cristianos comenzaban la jornada con una misa solemne a la que seguían las cabalgadas, los encontronazos, el astillado de lanzas, las caídas a tierra, el quebranto de huesos, los moratones y las magulladuras para, finalmente, cerrar los enfrentamientos por la tarde con una suculenta comilona. No todo ha de ser en la vida honra, amores melindrosos y espiritualidad. Se zurraron un día tras otro y sólo hubo una jornada de descanso, la del 25 de julio, en homenaje respetuoso a la festividad del apóstol Santiago.

La villa debió ser por entonces una continua feria a la que se llegaron damas de alta y baja cuna, nobles y caballeros, plebeyos, malandrines, mercaderes, campesinos, monjes y monjas, clérigos, sacamuelas, bufones, juglares, narradores de historias, saltimbanquis y mendigos, además de otros muchos distinguidos representantes del lumpen ibérico. Necesariamente hubieron de confluir miles de personas para contento y beneficio de los hospederos y tenderos de la villa y satisfacción, o quizás agobio, de los lugareños. Incluso el notario de la ciudad, don Luis Alonso Luengo, levantó acta de los hechos y redactó de primera mano una crónica detallada que luego fue publicada.

Pasaron los días y, tras romper ciento sesenta y seis lanzas, don Suero y sus hombres estaban tan maltrechos por razón de los muchos vapuleos soportados que se vieron incapaces de continuar. Así que consideraron que la misión estaba cumplida aun sin haber llegado a satisfacer el compromiso inicial de llegar a las trescientas. Pero también cuentan que el rey se había cansado de tanto zascandileo de la flor y nata de sus mejores nobles y anunció que ya estaba bien de distracciones tontas. Así que el valido, don Álvaro de Luna, le puso también proa al jolgorio. Para rematar la inquina, la Iglesia vio causa de pecado en aquellos inútiles enfrentamientos y se declaró agriamente en su contra. Fuera por ello, o fuera porque don Suero fue de nuevo herido ese mismo día, el torneo finalizó el 9 de agosto. En general, casi todos los participantes encajaron lesiones más o menos dolorosas pero salvaron el pellejo porque solo nos ha quedado confirmada la muerte de un aragonés llamado Asbert de Claramunt, quien recibió un lanzazo en un ojo que le atravesó el cerebro. Y es que, aunque las lanzas del torneo eran romas y carecían de moharras –la punta de acero unida al cubo metálico donde se encaja el astil–, su astillado, tras golpear las defensas del contrario, podía dar lugar a que la ahora aguzada madera entrara por las mirillas del casco. Por cierto, la Iglesia se negó a dar cristiana sepultura en recinto sagrado al infortunado Asbert como una muestra más de su disgusto.

Cuando terminó el torneo, don Suero y sus amigos se dirigieron en peregrinación a Santiago para rematar la promesa hecha. Y dicen que nuestro caballero depositó en la catedral la argolla penitencial de cada jueves e incluso dejó una cinta azul que le había entregado su amada para que la luciera durante la lid. Un año más tarde se casó con doña Leonor, ¡por fin, ya era hora!, y debieron vivir felices hasta que, casi un cuarto de siglo después, don Suero resultó muerto en un enfrentamiento con hombres de la facción de Gutierre de Quijada con el que al parecer le unía una cordial, belicosa y profunda enemistad. Curiosamente, también aseguran los estudiosos que el tal Gutierre había sido vencido en el Passo Honroso por el mismísimo Suero años atrás… Está visto que algunos encajan muy mal las derrotas y nunca olvidan.

Quedaron para la historia los nombres de aquellos bravos, y algo alocados, retadores del Passo Honroso grabados en unos monolitos que custodian hoy en día la entrada al puente. Aquí van: Suero de Quiñones, Lope de Estúñiga, Diego de Bazán, Pedro de Nava, Suero Gómez, Sancho de Rabanal, López de Aller, Diego de Benavides, Pedro de Ríos y Gómez de Villacorta.

Astorga y el Arco de Triunfo en París

A partir de Hospital de Órbigo, el Camino discurre tranquilo y próximo a la carretera. Pero poco a poco comienza a notarse que aparecen lomas, ya no tan suaves, como anuncio de la próxima cercanía de la montaña leonesa que separa a la Maragatería del Bierzo. Los últimos pasos de la etapa nos conducen primero a San Justo de la Vega, en engañador descenso hacia las márgenes del río Tuerto, desde donde ya se divisa claramente la meta, Astorga. Y, para no perder la costumbre, la urbe queda en alto a fin de que el peregrino pueda gastar en la pendiente de acceso sus últimas fuerzas del día.

La ciudad tiene sus raíces en un campamento romano, dicen que de la **Legio X Gemina**, del que quedan algunos rastros arqueológicos. Esta legión tuvo raíz gala y fue una de las preferidas de Julio César para sus guerras, quien la acuarteló en España para vigilar a astures, cántabros y las minas de oro del entorno. No hay que confundirla con la otra «gemina» que creó Galba en León porque la precedió en un siglo, y se añade que sus veteranos intervinieron en la creación de Emérita Augusta y Cesárea Augusta.

Astorga posee bastantes joyas que admirar. La primera su catedral y, en segundo lugar, el conocido palacio episcopal que diseñó Gaudí. Ambos merecen una detenida visita y no me extenderé en comentarlos porque, como en otras ocasiones, sería un atrevimiento hacerlo dados su ya conocido prestigio y fama. Su catedral está levantada sobre una

románica previa como tantas otras en España. Y tardó solo tres siglos en construirse –casi un record por su lentitud– amén de sufrir diversos acicalamientos posteriores por lo que muestra diversos estilos en su obra. Llama la atención del visitante por su rica decoración, sobre todo la correspondiente a su fachada principal donde puede contemplarse un cúmulo de escenas evangélicas de estilo barroco. Y dado que dan al exterior, ningún peregrino queda disculpado de echar al menos un vistazo a este destacado retablo en piedra.

Sí arriesgo un comentario con respecto al palacio episcopal. Siempre que lo contemplo me inunda la sensación de que está fuera de su sitio porque visualmente no me encaja en este marco de la maragatería astorgana. Me parece incrustado un poco a machamartillo en la ciudad con sus blancas piedras y su particular estilo, tal como si el genio catalán no hubiera evaluado bien el entorno antes de diseñarlo… ¡Que Santiago me perdone este atrevimiento! Así que, dicho esto, escurro el bulto y paso a comentar otros aspectos menos arriesgados de la ciudad.

Recuerdo que al visitar por primera vez el afamado Arco de Triunfo en Place de l'Étoile, hoy de Charles de Gaulle, vi grabado el nombre de Astorga en uno de los paños que recuerdan las victorias de Napoleón. Y me sorprendí porque hasta ese instante no tenía noticia del protagonismo de esta valiente localidad en la lucha contra los franceses, quizás porque don Benito Pérez Galdós olvidó dedicarle algún episodio que encendiera otrora mis sueños juveniles a través de la lectura de los Episodios Nacionales. Eso sí, a lo largo de su extensísima obra cita de vez en cuando las famosas mantecadas de la ciudad y su chocolate –según he podido saber tras rastrear mediante una búsqueda en sus escritos gracias a la magnífica web de Cervantes Digital–. Pero no hace mención singular y específica a los apuros padecidos por Astorga durante la Guerra de la Independencia. ¿Fue un olvido del maestro?, cualquiera sabe.

El caso es que la ciudad padeció dos sitios encarnizados, amén de puntuales saqueos previos debidos al transitar de fuerzas tanto enemigas, las francesas, como en teoría amigas, las inglesas, que no perdían ocasión de hacer botín a costa de los sufridos pueblos españoles a lo largo de 1808 y 1809. ¿Pero por qué este protagonismo astorgano? Muy sencillo, la ciudad era un punto de paso estratégico para el ejército francés en sus intentos de ocupar Portugal y, además, su posesión les garantizaba que no sufrieran ataques por el flanco provenientes de Galicia y Asturias.

El primer cerco se inició en marzo de 1810 cuando uno de los tres cuerpos de ejército de tropas galas que se dirigían a la conquista de Portugal en su tercer intento de ocuparla desde la invasión de España y que se centró primero en tomar Astorga… Pero los franceses se encontraron con una dolorosa e inesperada piedra en sus imperiales

botas: la decidida resistencia del general **Jose María Santocildes** al frente de algunas baterías artilleras, unos batallones de voluntarios de León y provincias aledañas, del regimiento de línea de Santiago y del batallón de Buenos Aires, del que luego hablaremos. Los defensores habían podido preparar con algún mes de antelación la defensa y, aunque acabaron siendo derrotados, resultó ser una victoria muy costosa para los franceses. Tanto más porque inicialmente pensaron en que allí no encontrarían gran freno. El caso fue que la defensa de la plaza mantuvo inmovilizado al mencionado cuerpo de ejército francés durante cuarenta días y le produjo considerables pérdidas. Lo que le vino muy bien al inglés Wellington quien, retrocediendo desde Ciudad Rodrigo, pudo tomar posiciones firmes en Torres Vedras, en Portugal, desde las que luego rechazó al invasor. Aquel costoso triunfo debió escocer a los generales de Napoleón y, como no hay que perder la ocasión de sahumar lo conseguido a fin de darse la debida importancia, el nombre de Astorga figura hoy entre las grandes victorias de la *Grande Armée* junto a Austerlitz y otras épicas batallas en el Arco de Triunfo. En resumen, los franceses bien valoraron aquella victoria sin dudarlo un instante mientras la brava defensa de nuestros valientes enrocados en las murallas no ha tenido, en mi opinión, igual aplauso y recuerdo en España. Cosas injustas que tiene la historiografía.

La ciudad posee pinturas murales, grafitis, muy atractivas y enriquecedoras en diversos edificios que rememoran temas locales. Particularmente me agradó una que representa a los Voluntarios de León combatiendo al enemigo durante el primer cerco. Está situada en la céntrica calle de Los Sitios y es de un realismo impresionante y de una gran calidad; la expresión del suboficial dando la orden de fuego a sus granaderos merece un particular aplauso. Y además demuestra una alta fidelidad histórica puesto que reproduce con exactitud los

uniformes de la época y a los defensores luchando bajo una bandera con la cruz de san Andrés, la española de aquellos tiempos, que ondea al viento acompañada por el guion de los tiradores de León. Luego supe que la obra obedece a los pinceles, o más propiamente esprays, de David Esteban, quien figura entre los más destacados artistas de esta especialidad de arte urbano.

Tras la conquista, los franceses establecieron posición firme en Astorga por las razones estratégicas antes apuntadas, lo que les permitió estar presentes en la región aun sin controlarla del todo puesto que se les vigilaba y se les impedía el paso a Galicia desde los altos de Foncebadón y el puerto del Manzanal.

El segundo sitio comenzó tiempo después, a mediados de enero de 1812, implicando a los mismos contendientes pero en posiciones invertidas. Esta vez fueron los franceses los cercados, unos mil hombres, mientras el mismo general Jose María Santocildes –que había conseguido escapar de las prisiones francesas tras ser capturado al finalizar el primer sitio– dirigía unas tropas que ansiaban la revancha. La falta de medios, sobre todo de artillería adecuada en el bando español, alargó el proceso y los sitiados resistieron hasta que, al conocer la derrota de su principal ejército en Los Arapiles, rindieron armas allá por el mes de julio de ese mismo año.

Una vez tomada la ciudad, el ejército español se limitó a derruir todas las obras de defensa y fortificación realizadas por el enemigo a fin de que no pudieran utilizarla como punto fuerte en el futuro, pero no estableció guarnición en ella. Como resultado, los sufridos astorganos aún tuvieron que padecer en más de una ocasión la entrada de contingentes franceses, aunque por periodos cortos de tiempo, hasta que se produjo su definitiva salida de España tras la batalla de Vitoria en junio de 1813.

Un recuerdo para el batallón de Buenos Aires

Qué hacían unos argentinos en Astorga cuando el primer sitio? Por entonces aún todos eran españoles, aunque ellos de ultramar, y quizás por eso se perdió su memoria al quedar diluida su actuación entre la masa de valientes que empuñó sus armas contra Francia. Este batallón tiene una historia curiosa, estaba formado por unos ochocientos

soldados rioplatenses que participaron en la expulsión de los ingleses de Buenos Aires en 1806 bajo las órdenes de Santiago de Liniers. Luego, durante un segundo intento británico de invasión en 1807, estuvieron presentes en la defensa de Montevideo. Y allí debieron ser apresados por la pérfida Albión que los condujo a las islas británicas hasta que en 1808 acabaron en La Coruña como fruto de un intercambio de prisioneros. Pero no regresaron inmediatamente a su terruño y se integraron en los combates del noroeste de España durante la Guerra de la Independencia, por eso acabaron participando en la defensa de Astorga.

Regresaron al Río de la Plata en 1810 y hoy se les recuerda con una placa en los muros de la Iglesia de Santa Marta, en pleno centro de Astorga.

Otras curiosidades de Astorga. Un maragato y el chocolate.

Rematando un torreoncillo del lado del ábside de la catedral puede verse una estatua que, a primera vista, cualquiera identificaría como un giraldillo, que lo es, sin profundizar mucho más. La figura muestra un personaje que viste el traje típico maragato y aseguran que se colocó a mediados del siglo XVII. Años después fue sustituida por una reproducción, a finales del XX, con el objeto de preservar la original en museo. Y la antigüedad de la primigenia pone en entredicho la leyenda que se cuenta de ella. Dice esta que representa a un arriero maragato, **Pedro Mato**, quien durante la Guerra de Independencia suministraba con frecuencia aceite, vino y otros víveres a los cercados en Astorga. Y añade que al mismo tiempo introducía doblones de oro en el fondo de los odres como ayuda financiera para los cercados. Pero un mal día, al tratar de atravesar un puesto de control francés, el enemigo descubrió el engaño y se cobraron su vida…

Además de que resulta poco creíble el que nuestro héroe pudiese atravesar el cerco francés como si nada, es incongruente que una estatua del siglo XVII pudiese avanzar un hecho ocurrido a principios del XIX. Tanto más porque se conoce que, al inicio del primer sitio, los franceses tirotearon al maragato de bronce creyendo que era un arrojado vigía que espiaba sus movimientos desde su privilegiada atalaya. Pero así son las leyendas, que cada uno se quede con lo que

más le guste sin rechazar esta de plano porque casi todas suelen tener un poso de realidad. Y yo quiero pensar que los astorganos, agradecidos a algún héroe que entregó su vida por ayudarlos, pasaron a decir tras los sitios que el giraldillo representaba al valiente Pedro Mato.

Astorga también tiene fama por la elaboración de **chocolate** que al inicio, tras el descubrimiento de América, se ingería solo a la taza para solaz y disfrute de su población y entorno ya que los inviernos en León son muy fríos. Luego aquello se fue complicando y he podido ver que hoy en día lo producen con distintos maridajes de sabores así como con la intrusión de diferentes añadidos. Y no solo se atienen sus obradores a incluir confituras de fresas o naranjas, o de trozos de nueces, almendras y demás, sino que incluso se atreven a incorporarle cecina y hasta garbanzos… Respecto a estas dos últimas atrevidas innovaciones, yo prefiero cada cosa en su lugar. La cecina en un plato aparte con unas gotas de aceite de oliva virgen por encima, y los garbanzos en el cocido maragato.

¿Pero cómo llegó el cacao hasta Astorga y por qué arraigó en ella? Aducen que las primeras nueces fueron entregadas por el mismísimo Hernán Cortés en forma de dote al plantearse la boda de una hija con el heredero del marquesado de Astorga. Y, aunque aquello se desinfló y no hubo boda, el cacao sí se quedó en la ciudad. Santa Rita, lo que se da no se quita. Y aseguran que la diócesis de Astorga contribuyó

a su posterior expansión porque, tras valorar positivamente aquellas nueces y aficionarse el gremio religioso a la caliente y tonificante bebida que proporcionaban, el obispo decidió que su ingesta no rompía el ayuno durante la cuaresma por ser un líquido. E incluso afirman que el papa concedió una bula avalando esta atrevida interpretación. Para cerrar el bucle, los siempre avispados arrieros maragatos vieron oportunidad de negocio tanto en el acarreo de la materia prima desde los puertos atlánticos como en el reparto del producto acabado por toda la piel ibérica, con lo que la expansión de la actividad y su éxito comercial quedaron así asegurados.

Las emparedadas de Astorga

Muy cerca de la catedral existen un par de edificios religiosos, la capilla de San Esteban y la iglesia de Santa Marta, que siendo colindantes se muestran unidos en el frente por un habitáculo de planta baja que se abre al exterior mediante un ventanuco enrejado.

Y existen dos versiones distintas sobre el uso que tuvo, aunque quizás sean compatibles porque pudieron producirse cada una en diferentes momentos históricos. Unos aseguran que, durante la Edad Media, sirvió de lugar de retiro a mujeres que voluntariamente entraban de por vida en esta celda para realizar penitencia y oración –recordemos ahora a la jovencísima santa Oria en el monasterio

de Suso–. Una vez en su interior, tapiaban su acceso y a partir de ese momento tan solo se relacionaban a través de la ventana que se abre a la calle o a través de una segunda que comunica con la iglesia a fin de que pudieran escuchar misas y oficios. Y se añade que las mantenían voluntariamente los gremios y cofradías de la ciudad, siempre caritativos…

Pero en nuestros días hay otros que mantienen que tuvo un uso posterior mucho menos loable e inmisericorde puesto que sirvió de cárcel a mujeres de mala vida debido a su impudicia. Y que estas sufrían un encierro angustioso sobreviviendo en condiciones miserables y dependientes de la caridad que les llegaba a través del ventanal exterior para comer que, quizás, pocos astorganos practicaban…

Y añaden que aquellos encierros pudieron ser de por vida ya que la única absolución a sus pecados se la proporcionaba la muerte. Terrible el destino de aquellas pobres almas… Y resulta deleznable esa moral de pacotilla que solo imputaba a la mujer la carga del pecado carnal y que aún colea en nuestros días.

De Astorga a Ponferrada

Una leyenda en torno al bello nombre de un pueblo de España, Murias de Rechivaldo

Los hay preciosos y evocadores por toda nuestra tierra, de tal modo que al pronunciarlos te llenan la boca de antiguos sabores y la mente de historias perdidas… Hace muchos años oí por la radio a alguien recitando un soneto donde se hilaban algunos de ellos y se alababa de paso esa riqueza humilde de algunas de nuestras villas. Me quedó en la memoria, quizás equivocadamente, que obedecía a la pluma de Rubén Darío, pero he fracasado al tratar ahora de buscarlo y lo lamento porque caso de haberlo conseguido figuraría ahora en estas páginas.

Al poco de dejar Astorga el romero tropieza con uno de ellos, **Murias de Rechivaldo**, pintoresco pueblo de nombre eufónico y regusto visigótico que te lleva a pensar, a poco de que dejes volar tu imaginación, que el rey Recaredo, o quizás Atanagildo, aún cabalga por sus calles cuando la noche se cierra y sus habitantes duermen…

Y, como no podía ser menos, posee una leyenda que abona lo dicho. Cuenta esta que un visigodo malherido, de nombre Rechivaldo, llegó a estas tierras huyendo del moro cuando la invasión africana. Y entonces fue acogido por el dueño y señor de ellas, que lo socorrió. En muestra de agradecimiento nuestro hombre trabajó duramente para su benefactor quien, no teniendo hijos varones y viéndolo leal,

honrado y esforzado, le entregó a su única hija en matrimonio a fin de que mantuviera su predio a su muerte. Así lo hizo Rechivaldo, quien además las mantuvo firmes y libres ante el enemigo. Y colaborando con el asturiano rey don Pelayo hizo de ellas frontera contra la morisma. Por eso, entre los cristianos, se bautizó a aquella zona como las «murias de Rechivaldo», porque debe aclararse que muria es un montón de piedras que se coloca en el terreno para marcar los límites… El límite contra el invasor.

No es el único nombre que me encandila de esta región y, aunque no sea oficialmente Camino, sí quiero dejar constancia del no muy alejado **Rodrigatos de la Obispalía** en los aledaños del puerto del Manzanal, que sin duda debió ser también lugar de paso alternativo de peregrinos en su camino a Ponferrada.

Por tierras de la Maragatería

El Camino, siempre hacia el oeste, deja atrás Murias de Rechivaldo discurriendo por una llanada fluvial y se va en busca de **Santa Catalina de Somoza** tras dejar a un lado el afamado pueblo de Castrillo de Polvazares. Por entonces rememoré a una pobre peregrina, Denise Pika, que fue asesinada por un malnacido al transitar por estas tierras en el año 2015. Que mi oración la acompañe. Como una bestia solitaria, su depredador la había conducido a una trampa modificando las flechas del Camino a fin de que pasara ante su vivienda… Ni en un marco de paz y sosiego se libra el lobo humano de mostrar sus bajos instintos.

Los pueblos de esta zona, como casi todos por los que venimos transitando, se muestran limpios y acicalados pero también silenciosos y herméticos. La España vaciada también es callada a pesar de que tenga grandes motivos para gritar y echarnos en cara nuestro olvido. La mayoría de las viviendas se muestran cuidadas aunque no se vea un alma y te preguntes cómo y de qué viven sus habitantes, incluso si realmente están habitadas. Unos kilómetros más allá se llega a **El Ganso**, una veintena de casas, no muchas más, que se nos muestra también desierto. Por su calle principal nos adentramos entre muros de piedra seca, ventanas cerradas, portones atrancados y un gran silencio que solo rompen las pisadas peregrinas… Y de pronto tu corazón se alegra y una sonrisa te ilumina el alma… Una gaita ha comenzado a lanzar notas al aire frío mañanero. El canto grave de su roncón se te cuela en el cuerpo y te escarba las entrañas mientras el gaitero templa las notas iniciales de un aire galaico. Y te vas a buscarla y la encuentras en el pequeño patio de la única vivienda abierta del lugar que hace las veces de mesón. Un peregrino, bendito sea, la toca con arte y aplomo. Hacemos un alto, ¡qué menos!, para disfrutar de este momento mágico que acompañamos con un buen vaso de vino que nos sabe a ambrosía aun siendo peleón. Minutos de plácida escucha… Luego reemprendemos la marcha felices y en silencio, un ángel ha pasado, esto es el Camino.

Rabanal del Camino, Foncebadón y la Cruz de Ferro

La comarca maragata está situada en una zona estratégica de paso entre el interior de la meseta norte y el Bierzo por el que se accede luego a Galicia. Esto propició que sus gentes hicieran de puente e intermediarios comerciales entre ambas desde siempre. Eran arrieros expertos, y el hecho de que se les calificara como un grupo cerrado, poco dado a abrirse a foráneos, su particular vestimenta y el que mostraran ciertas curiosas costumbres generó atrevidas apuestas con respecto a sus orígenes étnicos. Se basaron las sospechas en pruebas tan sólidas como el particular yantar de su famoso cocido –que se degusta en orden inverso a lo que es habitual en otras regiones–, así como la famosa covada por la que el hombre permanecía en el lecho tras el nacimiento de un vástago mientras su mujer, ¡pobrecilla!, regresaba en forma inmediata a las labores del campo y de la casa. Y no parece que estas particularidades justifiquen nada a la postre. Incluso el sostener que «maragato» pudiera proceder de la contracción de «moro» y «godo», apuntando así a una teoría racial, tampoco encuentra demasiado apoyo entre los expertos porque no ven diferencias antropológicas consistentes entre ellos y los pobladores de su entorno. Por último, su cerrazón ante el foráneo que llegaba a sus puertas tan solo podría obedecer a una prudente ocultación de su saber hacer comercial en cuanto a caminos a recorrer, mercancías a tratar, proveedores y clientes. En resumen, lo que viene siendo usual en la empresa incluso ahora.

Al poco de salir de El Ganso se acentúa un profundo cambio en el paisaje. Ante nosotros se alza un mar infinito de cenicientos rebollos, encinas, robles, brezos, retamas y jaras salpicado por aquí y por allá con manchurrones verdes de pinos. A nuestra izquierda destaca airoso el pico Teleno y al frente ya distinguimos en la lejanía una agrupación de casas en la falda del puerto de Foncebadón. Ahí está nuestra próxima meta, Rabanal.

Rabanal del Camino fue una de las bases importantes de la maragatería ya que se encuentra en las faldas de un puerto que guarda la llave de entrada al Bierzo. Debió estar habitada desde muy antiguo ya que los romanos explotaron una mina de oro a poca distancia de ella, hoy conocida como La Fucarona, que presenta características geológicas muy parecidas a Las Médulas. El procedimiento de explotación fue similar en ambas, el de «ruina montium», ataque del terreno con agua acarreada mediante canales desde alturas superiores a la corta en explotación. La energía cinética del torrente creado rompía y deshacía el monte, y los subsiguientes barros eran recogidos en balsas de decantación en cotas inferiores donde, ya más cómodamente, se beneficiaba el oro mediante un nuevo lavado. Luego, en el medioevo, estas tierras fueron encomienda subsidiaria de la de los templarios que se asentaban en Ponferrada. Y hoy en día, perdido el tránsito comercial de los arrieros, la población ha cobrado gran importancia dentro del Camino de Santiago por ser final de etapa para los que llegan desde Astorga, lo que ha propiciado la implantación de una abundante dotación de mesones y albergues.

Rodeados por rebollos y pinos y ya en clara subida, que no pesa si se realiza en un inicio de etapa pero podría ser un purgatorio si se acomete

durante un cierre de jornada, se ataca el puerto que unos llaman de **Foncebadón** –en reconocimiento a la aldea que se encuentra próxima al alto– y que otros conocen como la **Cruz de Fierro** o **Cruz de Ferro**. Y resulta que el alto es importante por dos sólidas razones. La primera porque supone el techo del Camino Francés ya que alcanza los mil quinientos metros de altura sobrepasando así al Alto de Ibañeta en Roncesvalles en algo más de cuatrocientos.

Y en segundo lugar porque topas al coronarlo con un icono del Camino conocido de todos a pesar de su simplicidad, pues tan solo consiste en unos troncos de árbol enlazados que dan soporte a una oxidada cruz de forja en su extremo. Solo Dios sabe cuántos años hace que los peregrinos tomaron por costumbre dejar a sus pies una piedra, hecho que no resulta nuevo y ya hemos visto en otros lugares. Pero el rito es aquí particular porque no se toma un canto cualquiera de por allá cerca para dejarlo a sus pies, sino que la mayoría de los romeros vienen cargando con una en concreto desde sus tierras a fin de dejarla expresamente en este lugar. Algunas muestran nombres de familia, otras signos cabalísticos o crípticos mensajes, muchas son anónimas… Y añaden que, para esos romeros, el sencillo gesto de depositarla alivia su espíritu de penas, cargas y negaciones…

¡Temblad peregrinos al afrontar el descenso de la Cruz de Ferro!

Bien es sabido que si malas son las subidas peores son los descensos para el caminante. Y la Cruz de Ferro no es una excepción porque presenta en su cara noroeste dieciséis kilómetros de bajada continua a fin de descender ochocientos metros de cota hasta Molinaseca sin prácticamente un descanso… Algunos se las prometerán felices por aquello de ir cuesta abajo… ¡Inocentes!

En los tramos en que el desnivel se presenta más suave debes lidiar con un suelo roto y cuajado de piedras sueltas que te obligan a clavar la mirada en él para no perder el equilibrio. Pero también, con harta frecuencia, has de afrontar largos tramos de pendiente muy acusada, casi al límite de lo transitable… Entonces dudas entre caminar por la carretera, haciendo más distancia, o enfrentar la bajada por las sendas, y no sabes qué es peor. Demasiados kilómetros en postura forzada con el cuerpo echado atrás para compensar, paso corto, freno de mano puesto y bastones de apoyo por delante para evitar caídas.

En mi opinión, esta es la etapa más dura del Camino hasta el punto de que acabó con mis fuerzas y me hizo abandonar no mucho antes de terminarla porque ya avanzaba como un autómata con el cuerpo escorado a babor sin saber por qué y sin poderlo evitar. ¿Una pájara?, posiblemente, ¡recuerda que eres mortal! En resumen, la temida subida a O Cebreiro es una niñería en comparación a ella porque en los ascensos regulas mucho mejor el esfuerzo y no sufren tanto las rodillas. Así que atento peregrino y toma nota que el tranco se las trae.

El ascetismo berciano. Compludo y san Fructuoso

Como decía, el descenso del puerto es pino y difícil, tanto para vehículos como para peregrinos, pero las vistas sobre la comarca del Bierzo son magníficas. Y en todo caso estimo que muy pocos romeros sabrán que durante el mismo, ya en el Bierzo, irán dejando atrás y a la izquierda la comarca de **Compludo** que fue una de las cunas del ascetismo y del monacato en España.

Hagamos memoria. El primer eremita conocido que buscó en el retiro elevar su espíritu hacia Dios a través de una vida de pobreza y ayuno fue Pablo de Tebaida, quien siendo egipcio y cristiano se retiró al desierto próximo a Tebas allá por los finales del siglo III e inicios del IV. Su ejemplo fue seguido por Antonio Abad, quien tomó fama de santidad y allegó involuntariamente a múltiples émulos que trataron de seguir su camino. Bastante a regañadientes porque prefería la soledad, según parece, se vio obligado a regular la vida en común de aquellos devotos imitadores. Y de esa simple forma se

inició el monaquismo cristiano que en sus inicios fue semicenobítico porque no quedaba la comunidad agrupada en un monasterio, aunque sí compartían bienes y convivían en espacios próximos para ayudarse y sustentar su vida. También hay que añadir que aquellas fueron comunidades dúplices porque convivían en ellas mujeres y hombres en igualdad de condiciones. Esta forma de vida espiritual se fue extendiendo entre los cristianos y lógicamente llegó también a nuestra península. Y en particular tuvo un promotor en el Bierzo, **Fructuoso**, del que pasamos a hablar.

Fructuoso era un joven de familia acomodada y ascendencia goda que, tras la muerte de sus mayores, vendió todo su patrimonio y se retiró como eremita al hoy conocido como valle de Compludo en estas tierras leonesas. Y le sucedió lo mismo que a san Antonio Abad, su vida ejemplar llamó a otros que deseaban seguir sus pasos y no le quedó más remedio que organizarlos en comunidad. Debe añadirse que estaban en los inicios del siglo VII y la reforma impulsada por la regla de san Benito aún no se había extendido por la península. Así que, como había sucedido en otros lugares de la cristiandad con otros ascetas, Fructuoso hubo de crear una regla de vida en comunidad para mejor convivencia de aquel rebaño de personas. Dicen que aquella regla era muy dura, la oración intensa, los castigos por faltas cometidas muy agrios y el trabajo constante, así que pudieron ser los primeros pasos del «ora et labora» en la península. Y he utilizado antes adrede la palabra rebaño porque, al parecer, la comunidad tenía como actividad económica principal el cuidado de los mismos para su sustento y pervivencia. Y es que el cultivo del espíritu no debe quedar reñido con el cuidado del cuerpo ya que hay que comer todos los días, aunque sea poco. Compludo debió ser por entonces una especie de arcadia poblada por ascéticas pastoras y pastores que, además de practicar la oración, habían de cuidar con esmero del ganado para no ser castigados por la comunidad de acuerdo a las exigentes reglas impuestas por Fructuoso.

Pero Fructuoso debió sentirse agobiado con tanta fama y, añorando su vida eremítica, se retiró a vivir a otro valle, el de Oza. Pero, como apenas se alejó unos diez kilómetros de la zona de Compludo, se reprodujo el mismo fenómeno. Llegada de nuevos seguidores, tuvo que domeñarlos y, tras apañar el nuevo reto, de nuevo huyó. Esta vez hasta la sierra de Aguiar, que se encuentra también en el Bierzo del otro lado de Ponferrada –tampoco se alejó mucho el santo esta vez–, donde se reprodujo el mismo proceso. Por abreviar, Fructuoso reincidió múltiples veces en idéntica apuesta convirtiéndose así

en el precursor del monacato en la península al impulsar diversas comunidades cenobíticas por todo el occidente peninsular desde, según aseguran, la provincia de Cádiz hasta el norte galaico pasando por Lusitania. Y, con tanta obra bien hecha, acabó siendo nombrado obispo de Braga y metropolitano de toda Galicia.

¿Pero qué tiene que ver san Fructuoso con el Camino de Santiago?,

porque en sus tiempos aún no se habían hallado las reliquias del apóstol… Recuerden que, al pasar por Carrión de los Condes, hablamos del duro enfrentamiento entre la diócesis de Santiago y la de Braga a inicios del siglo XII, de un «pío latrocinio» perpetrado por el arzobispo Gelmírez y de una venganza abortada del obispo Burdino de Braga usando como arma el cráneo de un Santiago apóstol casualmente hallado durante su peregrinación a Jerusalén... Pues sí, parte de aquellos restos robados piamente en Braga eran los de Fructuoso, que no pudo descansar ni muerto y aún hubo de viajar por última vez hasta la catedral de Compostela.

Ponferrada

Ponferrada, desde un enfoque ingenieril, sabía hasta no hace mucho a carbón y central térmica, pero por aquello del anhídrido carbónico, la contaminación y el cierre de las minas esto ya es historia. Perdida esa relación con la energía, no ha desaparecido la que mantiene desde su nacimiento con el hierro. Expliquemos esto. Por iniciativa del obispo

Osmundo de Astorga, quien contaba con la ayuda del rey Alfonso VI de León, se construyó un puente sobre el río Sil hacia finales del siglo XI para facilitar el tránsito de los peregrinos a Santiago. Y el reto no debió ser fácil porque la tajadura a salvar era importante y tuvieron que reforzar su estructura mediante unas cadenas de hierro... Y de ello vino lo de Ponferrada, *«pons ferrata»*. Se supone que el puente propició el inmediato desarrollo de la localidad porque hasta ese momento no se tenían noticias del lugar, aunque cabe pensar que debió existir algún agrupamiento humano previo en su planicie.

Al heredero de ese puente original se le conoce hoy como Puente Cubelos, aunque el que ahora vemos muestra lógicamente restauraciones importantes posteriores. Por cierto, el sufrido peregrino del medioevo había de pagar un peaje al atravesarlo porque el esfuerzo realizado por el obispo Osmundo y el rey Alfonso nunca fue gratuito, caritativos pero no tanto. Lo que no tiene nada de extraordinario porque el Camino era por aquel entonces un sacaliña del sufrido romero, si no pagabas peaje de puente habías de pagar barquero, y si no derecho de tránsito al señor de las tierras… No había hacienda pública aún, pero aquello ya se parecía mucho a lo de ahora.

Un castillo que dicen templario

Existe en Ponferrada un magnífico castillo muy bien conservado que hunde sus raíces en el siglo XII cuando un rey de León, Fernando II, entregó aquellas tierras en forma de encomienda a la Orden del Temple. Se calcula que la fortaleza estaba ya concluida para finales de ese siglo por lo que de inmediato se vio envuelta en las luchas entre Castilla y León. La orden del Temple apoyó por entonces a Castilla y, ¡claro está!, al rey leonés le cayó muy mal tal osadía y a punto estuvo de expulsarlos de Ponferrada. Pero aquello se acabó arreglando y los templarios siguieron en la ciudad hasta que cayeron en desgracia a nivel global y fueron disueltos por el papa Clemente a inicios del siglo XIV, de lo que hablaremos en un próximo apartado.

A partir de ese momento el castillo pasó por distintas manos nobiliarias y sufrió nuevas ampliaciones por lo que, aunque se mantenga con todo derecho que es una fortaleza templaria por razón de que sobrevivieron sus primeras piedras, el castillo viejo, debemos señalar que solo perteneció al Temple durante poco más de un siglo.

Así que la mayor parte de lo que hoy vemos obedece a otras manos. Y hay que añadir que nunca luchó contra el sarraceno porque no hubo ocasión, aunque sí fue motivo de disputa entre intereses cristianos enfrentados por causa de herencias. Incluso acabó siendo tomado al asalto por las tropas de los Reyes Católicos en 1486 debido a la rebelión de un noble gallego, el conde de Lemos… Pero en todo caso hay que reconocer que la picardía del calificativo de templario le concede un halo épico y casi mágico, cosa lógica porque fue creado por la orden más conocida, misteriosa y discutida de las ecuestres. Hablemos primero en general de todas ellas.

Las órdenes militares, ecuestres o de caballería. Mitad monjes y mitad soldados

Se constituyeron en su mayoría para luchar contra el Islam, bien en las cruzadas en Tierra Santa o bien en la reconquista española por lo que en su mayoría nacieron hacia finales del siglo XI y principios del XII. Pero también actuaron contra los paganos en el Báltico –los Caballeros Teutones–, e incluso contra herejes, como la Militia Christi frente a los albigenses.

Existía un doble acto fundacional para sustentar su creación. El primero, de raíz terrenal, consistía en obtener la aprobación y tutela del monarca del territorio donde se proponían actuar quien, caso de otorgar su aprobación, solía ayudar a la orden mediante la concesión de propiedades para facilitar su mantenimiento. El segundo era de raíz religiosa, y perseguía la obtención de la venia papal tras el examen en detalle de su regla comunitaria y de sus objetivos. Ambos actos llegaron a estar bastante separados en el tiempo y lo usual fue que se produjera en primer lugar la aprobación del señor y, después, la del papa.

Mitad monjes y mitad soldados… ¿Un contrasentido? porque ningún monje podía empuñar las armas… Pero si bien la ley prohibía a los clérigos derramar sangre, nada impedía a los nobles guerreros vivir santamente formando hermandades religiosas. Y para ello se aducía que,

«Tocados por la gracia del Espíritu Santo, se propusieron no luchar más contra cristianos y combatir por Dios»

Lógicamente adoptaron por insignia en sus pendones, estandartes y hábitos la señal de la cruz como muestra de su vocación, y cada orden diseñó su distintivo específico. A sus miembros se les llamaba freires para así distinguirlos de los frailes de las órdenes religiosas no militares. Y entre ellos se distinguían dos categorías: los freires militares que se consagraban al ejercicio de la guerra en defensa de la cristiandad, y los freires clérigos que se dedicaban al culto divino y peleaban con armas espirituales. Ambos profesaban los votos usuales religiosos de pobreza, castidad y obediencia –que con el tiempo se fueron mitigando en el caso de los freires militares–, a los que añadían un cuarto: preservar la fe de Cristo. Pero todos ellos, militares y clérigos, eran considerados religiosos y gozaban de los mismos privilegios de otros monjes: exención de la jurisdicción real, exención de la jurisdicción del clero secular y sometimiento directo solo a la Santa Sede.

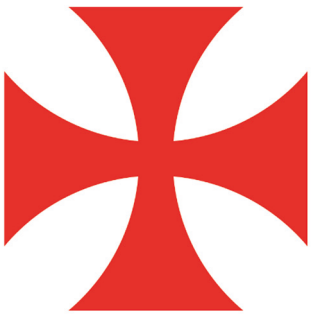
En general, a la cabeza de cada orden se hallaba el Maestre, la autoridad máxima en lo temporal y en lo espiritual, que era elegido por el llamado Capítulo General que lo auxiliaba en la toma de decisiones. El segundo en jerarquía era el Prior Mayor, responsable tan solo en lo religioso de las personas que integraban la orden así como de las almas e iglesias existentes en su territorio señorial, la encomienda.

El tercero en grado era el Sacristán Mayor, encargado de las reliquias y ornamentos. Y por último tenían al Obrero Mayor al cargo de la construcción y mantenimiento de los templos, fortalezas y en general de cualquier edificio tutelado por la orden.

Tras ellos había lógicamente todo un cúmulo de personal auxiliar tanto para la guerra –sargentos, peones, escuderos…– como para la actividad religiosa –sacristanes y conversos o legos–, por lo que se apunta por los especialistas que tras cada caballero freire bien podría haber cuatro o cinco auxiliares añadidos. Las órdenes de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa fueron las más destacadas en la batalla contra el Islam en la Península Ibérica, aunque las más internacionales de San Juan y el Temple también tomaron parte en la reconquista y, en particular, estuvieron coco a codo con las órdenes españolas formando parte de la segunda línea de combate en Las Navas de Tolosa.

La Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, también llamada Orden del Temple.

Fue fundada hacia 1118 por nueve caballeros franceses liderados por Hugo de Payens, o Payns para otros, tras la primera cruzada. Su propósito inicial fue el de proteger las vidas de los cristianos que peregrinaban a Jerusalén tras su conquista. Así que Balduino I, primer rey de Jerusalén, los acogió con sumo agrado y los instaló en su propio palacio, el Templo de Salomón, cediéndoles la mezquita de Al-Aqsa para su uso. Al poco murió ese rey y su sucesor, Balduino II, trasladó la sede real a la Torre de David quedando entonces la orden en posesión de la totalidad del Templo de Salomón, lo que propició el



añadir su conocido calificativo de Orden del Temple. Y mucho debió gustar al papado su regla porque recibieron su alta aprobación muy poco tiempo después de ocurrido lo anterior, en 1129.

Su distintivo fue la cruz patada en rojo, con la que rememoraban la inmolación de Jesucristo para salvación de la humanidad y su sangre derramada. Su lema hacía hincapié en la humildad que debían mostrar: «*No a nosotros, Señor, no a nosotros. Sino a tu nombre sea dada la gloria*». Humildad que, según se aduce, trataron de expresar además en su sello: dos caballeros montando la grupa del mismo corcel como muestra de la voluntaria pobreza… Sello, que como más adelante relato, se convirtió en argumento contra su pureza al juzgarlos.

Resulta llamativo su crecimiento explosivo como grupo humano porque, aceptando que aquellos nueve caballeros pudieran estar acompañados y servidos a lo sumo por cuatro personas cada uno, nos arroja un total de solo cincuenta miembros en el inicio de la orden.

A partir de ese momento ganaron prestigio por su comportamiento en combate y, con ello, crecieron rápidamente en número. Y, al tiempo de guerrear en Tierra Santa, se expandieron por Europa como organización que propiciaba la consolidación de territorios y apoyaba a los diferentes reinos en la lucha contra el Islam y la herejía; iniciativa esta última realizada esencialmente por los freires clérigos. Esta expansión territorial incrementó su riqueza de tal forma que, según los expertos, a mediados del siglo XIII poseían casi diez mil encomiendas, ubicadas principalmente en Francia, Alemania, Italia y España, que estaban guardadas por unos treinta mil freires, por lo que debió ser por entonces la organización humana más grande del occidente cristiano tanto en lo militar como en lo económico.

Y murió de su propio éxito. Demasiado poder, demasiadas riquezas, demasiada envidia… A inicios del siglo XIV, tras perderse definitivamente Jerusalén y el resto de territorios en Oriente Medio, la razón de ser de muchas órdenes ecuestres desapareció, y su presencia quedó circunscrita a los reinos cristianos de Europa. En tal situación de ociosidad, los reinos desconfiaban de ellas porque las veían como un riesgo ya que quedaban fuera de su jurisdicción puesto que solo estaban sometidas al papado. Y buscando alguna solución, se apuntó la posibilidad de que todas las órdenes se fusionaran y quedaran bajo la autoridad de un único mando laico ejercido por un rey soltero o viudo. Pero el gran maestre del Temple, Jacques de Molay, se negó

rotundamente a aceptar el proyecto fiando quizás demasiado en el poder y fuerza económica de su orden.

Al tiempo la corona francesa pasaba por graves problemas. Estaba muy endeudada por el préstamo que Luis IX hubo de solicitar al Temple tiempo atrás para poder pagar su rescate a los sarracenos tras haber sido capturado en la séptima cruzada. Y ese endeudamiento, aunque por otras razones, no había cesado de aumentar con sus sucesores. Así que años después Felipe IV de Francia –calificado por amigos y enemigos como el «rey de hierro» y por un obispo de la época como «la bestia»– decidió que deuda y un estado fuerte eran incompatibles para cimentar la preminencia de la monarquía sobre la Iglesia y, en particular, sobre las órdenes militares. Así que se propuso sanear sus finanzas a las bravas…

Valiéndose de las acusaciones de un espía, presionó al papa Clemente V acusando a los templarios de realizar prácticas sacrílegas frente a la cruz, de herejía, de sodomía, de adoración a ídolos paganos, de renegar de Cristo a través de la práctica de ritos heréticos, de adorar al Diablo y de practicar la homosexualidad en sus ritos de iniciación… Tras un tira y afloja, el papa cedió a la presión real francesa y disolvió la orden en 1312. Y se desencadenó entonces una fulgurante tormenta porque, en apenas tres meses, aseguran que quince mil freires templarios, los más significados, fueron sometidos a hábil tortura y acabaron aceptando las graves acusaciones denunciadas por sus enemigos… Los más destacados de ellos, unos cien, fueron condenados a la hoguera, entre ellos el Gran Maestre, Jacques de Molay.

La sentencia se cumplió en marzo de 1314. Y dice la leyenda que, cuando las llamas ya envolvían el cuerpo del anciano maestre, este lanzó una maldición desde el patíbulo contra el papa que había permitido aquel desatino y contra el rey de Francia.

> –«*Clemente y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo ante el tribunal de Dios!... A ti Clemente antes de los cuarenta días y a ti, Felipe, dentro de este mismo año*».

Y el caso es que Clemente V murió en abril y el rey Felipe en noviembre de ese mismo año tras sufrir una caída del caballo. ¿Venganza divina?

Y tras su desaparición, ¿qué pasó con el gran pastel, el patrimonio del Temple? El papa Clemente V dispuso que lo que hubiera en los distintos reinos fuese transferido a la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén bajo el control de cada monarca… Y ya se sabe que quien parte y reparte procura llevarse la mejor parte para sí mismo o los suyos, por lo que en algunos reinos medio obedecieron el mandato y otros, como Francia, más bien poco. Eso mismo sucedió en la península ibérica donde, recordemos, la templaria Villalcázar de Sirga quedó bajo propiedad del reino de Castilla y León en primera instancia.

El papa Benedicto XVI rehabilitó el prestigio de la Orden del Temple al permitir en 2007 que se publicaran los documentos vaticanos relativos al juicio, de los que se infiere la falsedad de las acusaciones vertidas contra la organización.

Sin querer entrar en el fondo del tema me arriesgo a realizar un comentario acerca de una de las pruebas que sustentaban las sospechas de sodomía entre los freires del Temple. Me refiero a la excesiva proximidad física de los dos jinetes cabalgando el mismo corcel tal como figura en el sello de la orden. Debo decir que esta no era una imagen anómala ni infrecuente para la época porque los caballeros solían combatir a pie y en formación cerrada durante la alta edad media. Y se aproximaban al combate cabalgando con sus escuderos a la grupa de modo que, tras apearse los caballeros en el lugar elegido y tomar sus armas, sus ayudantes se apartaban a una de las alas de la línea de batalla, o a la retaguardia, quedando como fuerza auxiliar de caballería en la reserva. Pero ya saben, puestos a pensar mal…

De Ponferrada a O Cebreiro

A medida que se deja atrás Ponferrada, el Camino tiende a alzarse lentamente y permite ver que el Bierzo, al igual que observamos antes en la comarca de Pamplona, semeja un altiplano rodeado por un circo de montañas. Y la senda lleva a atravesarlo pasando por **Camponaraya y Cacabelos**, de apreciados vinos, donde hubo gran batalla entre franceses e ingleses cuando la guerra de la Independencia. Este Cacabelos estuvo poblado desde antiguo por gozar de un microclima benigno dada su situación orográfica, y es que se encuentra en una olla trazada por el río Cúa que la guarda de vientos fríos. Dicen los expertos que la profunda vaguada dio lugar a su nombre por deformación galleguista del latín original, «*cáccabus*» que significaba olla, puchero y también hondonada o sitio profundo rodeado de elevaciones.

Años más tarde esta comarca berciana debió estar deshabitada durante la alta edad media a causa de la invasión musulmana por ser lugar de tránsito de las incursiones contra Galicia y, consecuentemente, campo de enfrentamiento entre los sarracenos y los reyes astures. De aquello nos quedó el que, hacia finales del siglo VIII, Bermudo I fuera vencido por los musulmanes en la llamada batalla del río Burbia, en los aledaños de Villafranca del Bierzo. Hecho que no nos fue inculcado en nuestra pobre memoria estudiantil porque, quizá, no era bueno recordar derrotas que deprimían a los adolescentes. Y aquel traspié tuvo su importancia porque le costó la corona a Bermudo, que la hubo de entregar a Alfonso II el Casto bajo cuyo cetro habría de descubrirse la tumba de Santiago unos años después; aunque de esto último hablaremos más adelante. A partir de ahí, y con el inicio de las peregrinaciones y la necesidad de atender y proteger a los romeros, el Bierzo se pobló y se consolidó.

Hoy en día, olvidadas ya las minas de oro de la zona y el posterior resplandor del carbón, transitamos por un terreno netamente agrícola, muy parcelado y plagado de viñedos, que nos lleva hasta **Villafranca del Bierzo**.

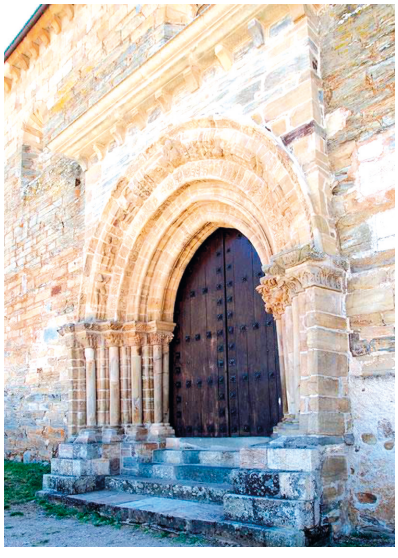
Villafranca del Bierzo y una vaca a la fuga

Algunos mantienen la leyenda de que la fundaron primitivos astures de la zona de Luarca quienes persiguiendo a una vaca escapista, blanca por más señas, tuvieron suerte y acabaron encontrándola en estas tierras… Por lo que es forzoso que me detenga un momento para destacar la capacidad de aquel animal para correr al tiempo que la constancia de sus perseguidores, inasequibles al desaliento, ya que desde la costa asturiana hasta Villafranca hay mucho monte que atravesar y bastante distancia que patear.

Tras el afortunado hallazgo, nos añaden que los astures decidieron quedarse en estas tierras al ver que su clima era más dulce y menos húmedo que el de la costa. Y puede que no sea loca esta tesis porque se han identificado varios castros prerromanos en el municipio. Pero otros afirman que la villa tuvo sus raíces en un monasterio erigido a partir del siglo XI por benedictinos cluniacenses para dar albergue a los peregrinos franceses. Y que los monjes, de paso, se trajeron cepas galas que habrían de dar pie a los vinos de la zona. Como resultado de esa fundación religiosa se fue constituyendo un burgo de francos y de ahí el nombre de la villa.

A lo largo de los años se asentó como cabeza comercial y gremial de la comarca porque distintas fuentes aseveran que la poblaban no solo campesinos y ganaderos, sino también muchos artesanos que llegaron a suponer la mitad de la población. En añadido, haciendo honor a los cenobitas fundadores, la localidad fue pródiga en facilitar el asentamiento de nuevos monasterios, conventos e iglesias hasta el punto de que a mediados del siglo XVIII contaba con 41 clérigos y 131 religiosos… Lo que sorprende porque la población total no debía sobrepasar en mucho al millar de habitantes, pero así era la sociedad por aquel entonces. En consecuencia, existen en la villa abundantes edificios religiosos, siendo el más destacado el de la **Colegiata de Santa María** heredera del primer monasterio fundado por los cluniacenses que merece sin duda una tranquila visita.

Pero el lugar más destacado de Villafranca a fines del Camino es la **iglesia de Santiago** que saluda al peregrino desde la izquierda de la senda justo a la entrada de la villa. Y su importancia romera no radica en su tamaño porque es pequeña y sencilla, sino en su fachada occidental donde se abre una portada –abocinada con cuatro arcos en arco de medio punto que apean sobre columnillas– que muestra una prestancia impropia de la simplicidad del resto del templo. Solo se abre en los años santos y se la conoce como la **Puerta del Perdón** porque, allá por el siglo XII, un par de papas le concedieron el privilegio de otorgar el jubileo a todo peregrino que la atravesase y solicitase, por razón de enfermedad o debilidad, ser perdonado de los últimos esfuerzos andariegos sin necesidad de alcanzar Santiago de Compostela.



De todas formas no creo que nadie caiga en tentación y haga uso de este beneficio hoy en día porque tan solo nos encontramos ya a unos doscientos kilómetros de Santiago y Villafranca tiene buenos lugares donde reposar a fin de recuperar salud y fuerzas.

Por último debo señalar la existencia de un castillo-palacio de planta cuadrada rematada por torres circulares en sus esquinas que fue levantado en los inicios del siglo XVI por los Álvarez de Toledo, marqueses de Villafranca, sobre alguna fortificación previa –*«un sitio antiguo en que solía aver cierta manera de fuerza»*–. Y que, por razón de matrimonio y con el paso de los años pasó a ser el hogar del gran compositor Cristóbal Halffter hasta su muerte.

El Camino cambia a partir del río Burbia

La senda abandona Villafranca y, a las mismas puertas de la localidad, atraviesa el río Burbia para encontrarse de inmediato con el río Valcárcel por cuya vega, aguas arriba, avanzará durante los siguientes kilómetros en paralelo a la carretera nacional VI.

Y a partir de aquí todo cambia… El paisaje se cierra, el horizonte se acorta, el monte te encima y la vegetación casi te agobia de puro feraz. Y, como canta el himno de Galicia, te preguntas

¿Qué dicen las altas copas
de oscuro follaje arpado
con su bien acompasado
monótono zumbar?

Porque atrás quedó Castilla y León aun cuando no hayamos abandonado su marco administrativo. Y es que estas ya son tierras plenamente galaicas por su habla, por su talante e incluso por su historia porque de hecho pertenecieron al Reino de Galicia años atrás. También dicen algunos que a partir de aquí se trastoca el ánimo del romero porque de pronto le entran las prisas y, olvidando el andar sosegado que utilizó en las extensas llanuras ya superadas, acelera el paso sin temer al continuo sube y baja de las próximas etapas. Y añaden que hasta llegar a Santiago prestará poca atención a lo que le rodea, que apenas se detendrá a contemplar la magia de las aldeas o de las viejas piedras de iglesias y monasterios, y que hará oídos sordos a las antiguas leyendas que le susurran las corredoiras a su paso porque solo le obceca una idea: llegar cuanto antes a dar el abrazo al santo.

Y aventuran que la razón reside en que el Camino pierde atractivo para el peregrino en estos lares porque ya llega cansado y no hay mucho que admirar… Algo hay de ello porque al quedar aislada Galicia de la pelea de la reconquista quedó adormecida en el tiempo, encerrada en una esquina de la piel de toro, perdida en sus cosas, en sus sueños y nieblas. Y también porque, a partir de su descubrimiento, la tumba del apóstol se convirtió en un potente imán que absorbió el posible desarrollo de otros lugares y tapó la memoria de muchos hechos y personas. Pero, aun creyendo que son ciertas estas razones, opino que no es del todo así y me dispongo a demostrarlo en las siguientes líneas.

La vega del río Valcarce, el castillo de Sarracín y los portazgos

La senda te lleva al salir de Villafranca a dar un amplio rodeo a una colina remontando el curso del río Valcarce. Y uno piensa que lo hace para evitar el riesgo de confluir con el abundante tráfico de vehículos en el túnel de la carretera nacional VI que la perfora y que está vetado a peatones. Lógicamente agradeces tanto cuidado…, hasta que el Camino te aboca a la necesidad de atravesar esa misma carretera a la carrera una vez esquivado el monte. Así que al final lo agradeces menos porque, aunque disminuyó el tráfico por la nacional desde la construcción de la autovía, este passo no es honroso y tiene su riesgo. Así que ojo avizor y pies ligeros, peregrinos, que los que bajan desde Piedrafita vienen rápidos y quizás cansados por causa de la travesía del puerto.

Algo antes de alcanzar **Vega de Valcarce** divisas los restos del **castillo de Sarracín** sobre un promontorio en la falda izquierda del valle que también guarda su pequeña historia. Como estratégico centinela debió existir desde siempre como punto fuerte, aunque aparece por primera vez en las citas históricas con ocasión de haber sido arrasado por el terrible moro Muza a inicios del siglo VIII. A pesar de esto también afirman que por aquel entonces determinados caballeros «*hicieron tal resistencia desde las alturas que cercan este angosto valle que se dice que mataron doce mil de ellos, con solo pérdida de veinte cristianos*»… ¡Cuánta eficacia! Pero no dudemos porque, puestos a remachar la verosimilitud de la hazaña, el licenciado Molina aplaudía la heroicidad y componía estos versos hacia mediados del siglo XVI,

Hacia la entrada del reyno gallego
viniendo el rey moro con grande cuadrilla
a soguzgallo tambien con Castilla
con su morisma la vuelta da luego
pues con estacas sin armas, ni fuego
defiende Valcacer tambien su partido
que desta su tierra les viene apellido
a los Valcaceres bien solariegos

O sea, que los bravos defensores ni tan siquiera tenían armas pero aun así plantaron cara. Y les quedó como gran honor el derecho a insertar en el blasón de su valle cinco estacas en recuerdo de tamaña *fazaña*. Y la leyenda anexa precisa que las estacas eran de roble… No podría ser de otra forma porque para matar a doce mil sarracenos a porrazos habían de ser necesariamente de madera muy recia. En cualquier caso, los restos que hoy divisamos desde abajo responden a reconstrucciones posteriores realizadas desde el siglo IX hasta el XIV.

Más o menos a la altura del de Sarracín existió otro castillo plantado en la vertiente opuesta del valle, el de **Autares**, del que dicen quedan pocos restos y ninguno visible desde la senda. Y uno se pregunta que a qué viene tanto gasto en fortalezas… La respuesta es bien sencilla, el portazgo cobrado al pobre viajero fuera o no peregrino. Si ascendían o bajaban Piedrafita por la margen derecha del río, cobraba Sarracín; y si por la opuesta, Autares. Aparentemente no había escapatoria y los abusos de sus nobles propietarios debieron ser tan abundantes que Alfonso VI acabó impidiendo el cobro a los peregrinos por la vía de ceder aquellas tierras a la diócesis de Santiago. Eso aseguran, pero cualquiera sabe porque en paralelo se creó un camino de escape que al poco de abandonar Villafranca se desviaba hacia el sur, evitando así

el transitar por la vega del Valcarce a quien quisiera ahorrarse unos maravedíes, para acabar encontrando de nuevo el Camino ya cerca del Cebreiro.

Los irmandiños y la Santa Irmandade do Reino de Galicia

Muchos piensan que los movimientos sociales contra el abuso de los poderosos solo surgieron hacia finales del siglo XVIII y no es así. Y el castillo de Sarracín nos da pie a hablar sobre ello porque algunos sostienen que jamás lo conquistaron, olvidándose de lo del moro Muza, y precisan que ni siquiera lo fue cuando la **revuelta *irmandiña*** porque era plaza muy fuerte y difícil de tomar. Pero otros sostienen que sí lo fue porque, cuando tuvo lugar ese levantamiento mayoritariamente plebeyo, sus milicias asaltaron todos los castillos gallegos excepto el de Pambre. Así que quédense con la alternativa que mejor les parezca porque en cualquier caso no afecta al relato.

Pero vamos a lo nuestro, ¿qué fue eso de los *irmandiños*? Las llamadas hermandades surgieron en tierras castellanas en la edad media como movimiento de protesta contra los abusos de las clases dirigentes. Y fueron toleradas por los reyes porque vieron en ellas una forma de desahogo del pueblo que, aunque preocupante en el fondo, centró su acción contra la nobleza y nunca osó ir contra su monarca. En Galicia esta fórmula de movimiento social también tomó cuerpo a partir de 1230 cuando quedó integrada en la corona de Castilla. El antiguo reino no era por entonces una zona pobre porque estaba aislada de los problemas de la reconquista y había podido medrar sin grandes sustos en favor de sus señores, la nobleza local y el alto clero. Y tan poderosas eran que en más de una ocasión se mostraron incluso díscolas con la monarquía, amparadas como estaban en su lejanía geográfica y en sus riquezas. Pero a esta clase rica dirigente les debía parecer poca cosa lo ya obtenido y siguieron cometiendo múltiples abusos con el pueblo al que esquilmaban con impuestos, lo usual, o con el simple y llano bandolerismo de sus mesnadas, lo que resulta más o menos equivalente. Una primera revuelta en 1431 fue duramente reprimida, lo que tranquilizó momentáneamente el ambiente. Pero los agravios permanecieron, y las clases bajas y la burguesía ciudadana finalmente se levantaron de nuevo en 1467 en demanda de justicia hartos de ofensas, violencia y tributos.

Aquellos rebeldes se llamaban a sí mismos hermanos, *irmandinos*, agrupándose en la **Santa *Irmandade* do Reino de Galicia**. Lo de *irmandiños* parece ser, según acusan algunos expertos filólogos, que vino más tarde por deformación galleguista del vocablo ocurrida en el pasado siglo XX, ya que todo lo que acabe en iño o iña parece más auténtico a los de esa cuerda aunque no siempre lo sea.

Los *irmandiños* tuvieron éxito y expulsaron a sus señores opresores tomándoles todas las fortalezas con sus milicias, por lo que mantienen los expertos que aquello supuso el inicio del fin de la nobleza feudal en Galicia. Y añaden que su triunfo fue posible porque el reino de Castilla andaba enredado en una guerra civil entre Enrique IV y su hermano Alfonso –por aquello de quítate tú que me pongo yo– donde los revoltosos apoyaron decididamente a Enrique mientras que la alta nobleza gallega no. Así que el rey dio su beneplácito a la revuelta como gesto de agradecimiento y les dejó hacer… Y aseguran que entonces Galicia «se asosegó», aunque duró poco la bonanza ya que en el 1469, acabada la guerra civil, volvieron a la carga los nobles. Entonces el rey Enrique, que ya no sufría grandes problemas, volvió a mirar hacia otro lado haciendo como que no veía… Y estando mejor armados los grandes señores, tenían arcabuces, vencieron a los *irmandiños* y apresaron y mataron a sus líderes.

En cualquier caso, la huella y los valores de la vencida hermandad quedaron vivos para la posteridad en la mente de la burguesía ciudadana, sobre todo, ya que los campesinos encontraron mayores problemas para mantenerlos dada su dispersión geográfica y su sometimiento directo al poder de los señores territoriales. Y por finalizar, algunos ven en aquella Santa *Irmandade* do Reino de Galicia las raíces de la actual Xunta, argumentando que reunió muchos siglos antes de que esta última existiera los poderes ejecutivo, legislativo y judicial en sus tierras.

Lo de si tomaron los irmandinos el castillo de Sarracín, o no, sigo sin saberlo.

La subida al alto, Santa María do Cebreiro, un nuevo milagro y los Reyes Católicos.

Tras superar **Pereje, Trabadelo,** la **Portela,** la **Vega de Valcarce y Ruitelán** en suave pero continua subida sin abandonar la proximidad del río, la senda conduce a **Las Herrerías** a cuya entrada se separa del rumbo de la carretera nacional para tomar el suyo propio. Y a partir de ahí la etapa cambia porque inmediatamente se encrespa la pendiente avisándote de lo que te aguarda. Y más vale entonces no mirar hacia arriba porque divisas sobre tu cabeza los esbeltos viaductos que salvan las vaguadas del puerto de Piedrafita y tiemblas pensando que habrás de subir hasta allá solo que andando, lo que es muy diferente y resulta bastante descorazonador.

Y no exagero ya que la vereda, tras abandonar el arcén de la carretera provincial en la que ahora se apoya, corta en directo hacia **La Faba** por una escarpada senda. Y allí aparecen tramos que suponen una verdadera escalera porque marcaron pendientes del treinta y cinco por ciento en la memoria de mi GPS. Así que aconsejo a los que prefieran un andar más sosegado, tal como hice en mi segunda andadura, que en vez de tomarla sigan por el arcén de la carretera provincial tal como aconsejan a los ciclistas. Harán algún kilómetro añadido pero guardarán mejor el resuello y alcanzarán La Faba más descansados para seguir de inmediato por unas pinas y despejadas corredoiras que

llevan hasta la **Laguna de Castilla**. Por cierto, quede claro que en esta aldea no vi ninguna laguna, que no parece que la haya y que, además, el pueblo pertenece a León. ¡Los misterios del Camino!

Y añado, para mejor comprensión del lector, que se conoce como ***corredoira*** a un camino de carro, con frecuencia estrecho y profundo, que discurre entre cercados, muros u otras elevaciones del terreno.

O Cebreiro, con sus pallozas, es uno de los lugares más prestigiados de la peregrinación por tres motivos. Primero, porque el subir hasta él sin haber desmayado –los ahogos y resoplidos no cuentan– supone un gran triunfo y un alto honor para cualquier romero.

En segundo lugar, por su antigua y rancia historia, ya que en él se encuentra la iglesia de Santa María la Real, importante joya del arte prerrománico del siglo IX, y el hospital de San Giraldo de Aurillac. Ambas construcciones se levantaron gracias a los monjes franceses benedictinos de Aurillac a renglón seguido del descubrimiento de la tumba del apóstol. Y, por último, porque en el siglo XIV alcanzó gran fama debido al milagro del Santo Grial.

La apariencia de Santa María es humilde al estar toda hecha en esquistos pizarrosos. Y resulta oscura y algo misteriosa en su interior dado que apenas muestra aberturas, pero quizás se deba esta sensación a lo que cuenta una leyenda.

Asegura que un vecino de una aldea próxima a O Cebreiro tenía por costumbre asistir a misa en Santa María cada día. Y que durante una terrible jornada invernal en que caía una fuerte nevada, siempre fiel a su compromiso, el buen hombre llamó a la puerta del templo una vez más para escucharla. Le abrió el portón un sorprendido sacerdote, que incluso se mofó de él por andar con devociones en medio de aquella tormenta ya que se exponía a morir en el camino «sólo por recibir un poco de pan y de vino».

Debe añadirse que la fe de aquel sacerdote flaqueaba abiertamente por entonces pues no creía en la transustanciación –la conversión del pan en el cuerpo de Cristo y del vino en la su sangre– tal como acababa de demostrar ante el aldeano. Aun así inició la misa y ocurrió entonces que, en el momento de la consagración, la hostia mantenida en sus manos se transformó en carne y el vino en sangre. Y añaden que, en ese justo instante, la imagen de la Virgen situada en un lateral inclinó su cabeza hacia el altar adorando al Redentor que se había mostrado con tal milagro.

Las reliquias de aquello se guardaron celosamente y la historia se difundió inmediatamente por los reinos cristianos dando gran fama a Santa María do Cebreiro. Y ese prestigio perduró en el tiempo hasta el punto de que los Reyes Católicos, cuando peregrinaron a Santiago de

Compostela en 1486, decidieron visitar el santuario. E, impresionada por la leyenda, Isabel donó un relicario y un cáliz para contener mejor los restos de aquel milagro.

Quizás alguno se pregunte por qué andaban sus católicas majestades por estos pagos cuando debieran haber estado a lo suyo, la conquista de Granada… Muy sencillo, con ocasión del conflicto entablado entre Isabel y Juana la Beltraneja para suceder a Enrique IV de Castilla, la alta nobleza gallega tomó partido por la segunda y además se mantuvo en sus trece tras triunfar Isabel en la apuesta. Así que tuvieron que ir «tanto monta, monta tanto» armas en mano a dar un soberano repaso a aquellos torpes y díscolos cabezotas… Y de paso aprovecharon e hicieron algo de turismo.

Pero no crean que aquella afrenta centralista se olvidó fácilmente porque, hoy en día, algunos mantienen que la mandona pareja se dedicó a prohibir el uso del gallego a renglón seguido, que prohibió incluso su expresión literaria y que de ahí vinieron grandes males para la región que aún se pagan cinco siglos después… Ya saben que, puestos a elucubrar, cualquier disculpa vale para arrimar el ascua a la propia sardina aunque hayan pasado un cerro de años.

Y por cierto, peregrino, dedica unos segundos de tu tiempo a rememorar y homenajear a la figura de don Elías Valiña, quien fuera

párroco de Santa María y firme impulsor del Camino, porque es de bien nacidos ser agradecidos. Hallarás su busto erigido al lado de la iglesia, lo levantaron sus amigos. Saludadlo, orad frente a él si os place, y agradecedle lo mucho que hizo por esta ruta sagrada.

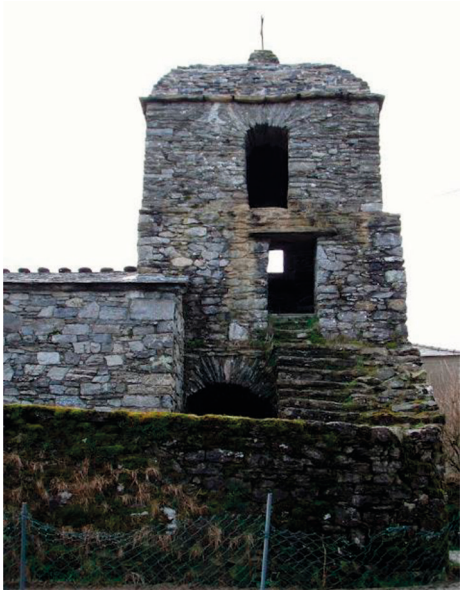
De O Cebreiro a Portomarín

Camino de Triacastela

Si piensas que quedaron atrás los apuros tras la fuerte subida de ayer, estás muy equivocado. Y conste que el perfil de la etapa parece inicialmente favorable ya que las guías señalan un descenso desde los mil trescientos metros de O Cebreiro hasta los setecientos cincuenta de la meta. Pero la etapa es incluso más dura que la precedente, sin llegar al límite de la Cruz de Ferro, porque los primeros ocho kilómetros suponen un continuo sube y baja con tramos de pendientes superiores al treinta por ciento que hacen perder el resuello y producen dolor en las piernas.

Se pasa en primer lugar por el **alto de San Roque**, en cuya cima avanza desde finales del siglo pasado, luchando eternamente contra el viento, un enorme peregrino de bronce obra del escultor gallego José

María Acuña y a cuya vera nadie resiste la tentación de fotografiarse. El paisaje que se divisa es espectacular e invita a detenerse más de lo necesario, pero hay que seguir hacia la aldea de **Hospital de la Condesa** –que hoy no pasa de treinta almas– cuyo nombre recuerda al que allí existió en ayuda del romero y que fue fundado por la condesa Ejido en el siglo IX. Aún nos queda de aquellos tiempos su iglesia en honor a San Juan, rústica y románica, dotada de una torre a la que curiosamente se accede por un tramo exterior de escaleras.



Sin cesar de ascender, de pronto nos hacen bajar bastantes metros hasta la vaguada de **Padornelo**, otra pequeña aldea donde estuvieron los sanjuanistas al heredar de los templarios los derechos sobre estas tierras tras su forzada disolución como ya se ha relatado. Y este es un descenso artero, malintencionado y mortificante porque desde su fondo se deben acometer inmediatamente los últimos metros del **Alto de Poio** que tiene el honor de ser la «cima Coppi» del Camino Francés en su tramo gallego con algo menos de mil cuatrocientos metros de altura. Los empinados trecientos metros finales que llevan al alto son para olvidar y no repetir, pero ese es el Camino, así que paciencia. A partir de ahí la vereda desciende, salvo cuando debe superar un par de contrafuertes, perdiendo casi setecientos metros de cota en unos siete kilómetros. Y aviso una vez más que duelen estas bajadas, todo sea por la patria, menos mal que el piso es bastante uniforme. Hacia el final caminamos entre árboles de grandes copas, abundante monte bajo y prados de hierba verde salpicados de vacas que, en ocasiones, comparten nuestra senda. Se la deben conocer de memoria porque van

y vienen sin vigilancia alguna camino de su yantar, o de su establo, sin prestarnos la menor atención. Y me pregunto si con tanto deambular a diario por el Camino también tendrán derecho a su «***compostella***».

Triacastela y se necesita mucha cal para erigir una catedral

Tras dejar unas grandes canteras de piedra caliza a la derecha, es forzado rendir pleitesía a un magnífico castaño centenario con el que tropiezas en su arrabal poco antes de entrar a la villa. La cual fue llamada así por aquello de los tres castillos que la defendieron, aunque otros aseguran que solo eran tres castros erigidos en el año catapum. De todas formas aseguran que solo quedan los restos de uno que andan medio escondidos, así que no levantan un gran interés.

Esta población es fiel ejemplo de lo que en anteriores ocasiones ya he apuntado porque, tras tener cierta importancia e incluso llegar a ser residencia del rey Alfonso IX de León hacia finales del siglo XII y principios del XIII, luego quedó adormecida, enfrascada en sus cosas y arropada entre sus brañas al quedarle cerrado el paso a Galicia hacia la dinamizadora reconquista. Y esta circunstancia supone una constante para otras villas y aldeas que nos quedan por pisar hasta llegar a Santiago.

Con respecto a las canteras próximas de piedra caliza he encontrado dos versiones parecidas, pero no totalmente coincidentes, en lo referente a su utilidad peregrina. Unos dicen que era obligado tomar

una piedra de ellas para llevarla hasta Santiago a fin de colaborar en la construcción de la catedral. Pero otros defienden que solo debían trasladarla hasta Castañeda, en las cercanías de Arzúa, apoyándose en que el Códice Calixtino afirma que allí existieron unos hornos para hacer cal con destino a las obras de la catedral de Santiago. Y si lo dejó escrito Aymeric Picaud igual era cierto. Sin embargo, dado que la catedral debió necesitar unas cantidades ingentes de argamasa de cal a lo largo de su construcción, opino que o bien los peregrinos de entonces eran unos esforzados sufridores –que lo eran– capaces de cargar con varios kilos de piedra caliza durante noventa kilómetros hasta los hornos, o había un ciento de carretas de bueyes yendo y viniendo para cumplir con tan dura misión. Las dos alternativas son compatibles y la primera, sin duda, mucho más loable y santa; pero me inclino más por la preponderancia de la última puesto que los sufridos peregrinos del medioevo debían andar ya muy trastocados a estas alturas de la andadura y con escasas fuerzas.

De Triacastela a Sarria. Los dos caminos.

A la salida de Triacastela el peregrino debe decidir entre desviarse primero ligeramente al sur a fin de pasar por **Samos** siguiendo la carretera provincial, o buscar un camino más directo utilizando las bellísimas *corredoiras* montuosas que, por **Fontearcuda y Fonfría**, le permitirán ahorrar unos cuatro kilómetros de andadura. En cualquier caso debo señalar que los hosteleros de Samos están enfadados porque aseguran que la gente de Triacastela promociona esta segunda senda y, como resultado, disminuyó el paso de romeros por su localidad. Puede que tengan algo de razón porque donde bifurcan ambas rutas vi la señal de Samos casi tapada…

Pero a estas alturas de andadura menos kilómetros son menos kilómetros para un pobre peregrino, así que en mi primer Camino también tomé por Fontearcuda. Al par de kilómetros de abandonar Triacastela tropiezas con un enclave fresco, bucólico y sorprendente, la ***Fonte dos lameiros***, un bello manantial cuyo caño queda enmarcado por una enorme concha peregrina que invita al descanso por su encanto. Me quedó un grato recuerdo de ella y también la curiosidad pendiente de conocer qué significaba «*lameiros*»… La lectura de un artículo en La Voz de Galicia resolvió mi intriga tiempo después. Resulta que desde muy antiguo el agua de los manantiales se usa en la montaña de Lugo como anticongelante de prados y cultivos dado que

su temperatura al manar de la tierra es superior a la del aire en los días invernales. Y, además, porque los minerales que arrastra disueltos bajan su punto de congelación. Así que, conducida convenientemente por pequeños canales, los ***lameiros***, los campesinos inundan aquellos prados y cultivos que son propensos a sufrir una helada negra por su desfavorable ubicación cuando arrecian los vientos fríos y secos del norte… Mi homenaje a la sabiduría de la gente del campo que, sin necesidad de saber nada de termodinámica, eran agudos observadores de la naturaleza y constataron que, desde siempre, los terrenos húmedos y usualmente inundados que llaman ***lameiras*** no se helaban con los fríos. Solución al canto, inundar el terreno…

Tras dejar atrás el oasis de la fuente emprendemos el ascenso al **alto de Riocabo** que, una vez coronado, presenta un descenso con piso irregular cuajado de lascas y cantos que incomoda el andar. Y también incomodan esos ciclistas faltones que te piden paso a gritos como si les fuera la vida en llegar cuanto antes a no sé dónde. Y entonces rememoré que durante la empinada bajada del Teso de Mostelares, allá por Castrojeriz, un aguerrido grupo de ciclistas, ataviados como para correr el Tour y rodando a tumba abierta, nos pasó rozando con evidente riesgo para todos… ¡Las sendas del Camino no están para eso! Los ciclistas hicieron campaña y bandera en su día exigiendo respeto en la carretera a los conductores de automóviles, y no estaría de más que se aplicaran igual prudencia cuando coinciden con peatones en caminos, sendas y veredas. Aquí queda mi propuesta.

En estas primeras horas de marcha, las umbrías *corredoiras* suponen un descanso para el cuerpo y un verdadero gozo para los sentidos. Y confieso que me siento incapaz de describir tanta belleza porque solo dejaría constancia de mi torpeza al hacerlo. El juego cambiante de la luz filtrándose entre el follaje de robles, castaños y abedules te encandila,

y el aroma de los helechos y el musgo brillando perlados por el rocío del amanecer te envuelve. Dan ganas de detenerse y permanecer allí estáticos admirando este espectáculo de la naturaleza, pero hay que seguir adelante… En ocasiones, al descender a una vaguada, una ligera neblina te absorbe y un halo de misterio diluye el perfil de la senda y de los peregrinos. Entonces piensas que quizás hayas pasado a formar parte de un inesperado cuento donde se enfrentan hadas y *bruxas*, o que podrías tropezar con la Santa Compaña al salvar el próximo arroyo aun sabiendo que solo acostumbra a desfilar al llegar la medianoche… Pero cuidado, nunca se sabe porque estamos en el reino de Breogán, en la insondable Galicia, y podría suceder que incluso te asalte el Sacaúntos allí más adelante donde tuerce la *corredoira*, o que una meiga *chuchona* te esté aguardando detrás de un centenario roble para chuparte la sangre…

Tras descender el alto, el terreno allana y pronto se comienza a divisar Sarria desde gran distancia, lo que te hace albergar la vana y falsa esperanza de que el final de la etapa es inmediato. Pero no es así, y esto siempre resulta engañoso y descorazonador porque crees caminar el doble de distancia y la meta nunca llega. Paciencia y fortaleza, peregrino, sigue avanzando.

La alternativa por Samos. La vega del río Sarria y el más allá.

En mi segundo Camino utilizamos esta ruta alternativa por aquello de conocerla. Y debo señalar que, si las veredas altas de la primera son bellas, el transitar pegados a los cauces de los ríos Oribio y Sarria durante kilómetros supone un grato descanso para el alma e incluso

para las piernas. Avanzas en una casi continua umbría rodeado por robles y arrullado por el rumor de las aguas que bajan rápidas y abundantes. La belleza te rodea, no existe la fatiga y el tiempo discurre placenteramente para el peregrino.

Pero, de vez en cuando, este mismo bucólico y plácido entorno también te avisa de que todo es pasajero, que la vida es finita. Al lado mismo de la senda un roble me mostró su descarnado esqueleto. Lo quebró un rayo y tan solo mantenía enhiesto un tronco hueco con su corteza medio intacta…, pero su interior estaba totalmente carbonizado. Y te preguntas por qué le toco solo a él recibir aquella descarga ya que sus compañeros de alrededor se mostraban enteros… ¿Es caprichosa la muerte? No creo porque es de una constancia fatal, al final siempre aparece.

Atravesamos **San Cristovo do Real**… Muros de piedra seca, casas aparentemente vacías, portones desvencijados, algún establo parece en uso porque hay bostas de ganado vacuno por doquier pero no hayamos ni un alma en la calle. Por un momento parece que hemos retrocedido un par de siglos, tan humilde, sobria y antigua se muestra la aldea. El silencio que despide, que emana de cada una de sus viejas piedras, se sobrepone al rumor del río que baja ahora rápido en torrentera lamiendo las bases de alguna de sus viviendas. A su salida hay un pequeño cementerio al que apenas presté atención. Miré pero no vi… Pero sí lo hizo Cristina, colega del Camino y aplicada reportera que inmortaliza en nuestro beneficio cualquier detalle remarcable. En el lado izquierdo de la imagen del camposanto, en la parte alta de unos nichos, aparece una lauda con un mensaje profundo.

«*Aquí se acaba la soberbia, el orgullo, la hermosura y el dinero*».

Mirar y ver, ¡cuántas cosas nos perdemos en la vida por aquello de las prisas!

El Monasterio de San Julián de Samos, sus nereidas y el oro del hermano Anselmo

Es uno de los grandes monasterios españoles y enraíza en los primeros movimientos cenobíticos del siglo VI. Pero debo advertir que, tras múltiples incendios, diferentes saqueos y las correspondientes desamortizaciones, poco o nada queda de lo que debió ser en su época de mayor esplendor ya que lo que hoy vemos, y no es poco, fue levantado a partir de los siglos XVII y XVIII. Por cierto, según algún erudito, los incendios fueron causados principalmente por la querencia alquímica de sus monjes dados a producir alcohol y licores para solaz del prójimo, o de ellos mismos, sin tomar demasiadas precauciones. El último padecido tuvo lugar a mediados del pasado siglo XX.

La obra te sorprende al acercarte porque contrasta su gran porte con el estar asentado en un lugar recogido y angosto, rodeado de montes que lo agobian y te impiden cualquier visión lejana… Pero su padre prior nos ofrece una justificación de esto en su presentación de la abadía:

«*La disposición del paraje retrata la religión de sus habitadores. La retrata, y aun la influye: porque cerrado por todas partes el horizonte, faltan objetos donde se disipe el espíritu. Sólo hacia el Cielo tiene la vista desahogo; y así se lleva todas las atenciones el Cielo*».

Como antes decía, el lugar acumula muchos siglos de vida monástica porque posiblemente albergó primero a ascetas semi cenobíticos para luego tomar cuerpo formal con la llegada de monjes venidos del sur de la península que huían de la invasión musulmana a inicios del siglo VIII. Y, de acuerdo a los usos de aquella época, debió ser dúplice en aquellos momentos porque, según consta en algún escrito, en sus inicios tuvo abad y abadesa. Por entonces recibió el gótico nombre de Sámanos, lugar de monjes, que con el tiempo fue derivando en el actual. Por tanto no es una abadía que se creara a rebufo del hallazgo de las reliquias de Santiago, o del Camino, como suele ser lo usual, ya que debía tener casi tres siglos de vida en ese instante.

Los elementos arquitectónicos más destacados, en mi opinión, son el templo abacial, su fachada y sus dos grandes claustros. Uno es llamado del Padre Feijoo porque tiene su estatua en el centro debido a que profesó como monje en él. Y el otro, algo más pequeño, es conocido como **de las nereidas** por tener una fuente barroca con cuatro de ellas que crearon gran sorpresa en mentes estrechas por considerarlas imágenes inconvenientes para un cenobio. Analicemos la situación, el DRAE cita a propósito de nereida: «*Cada una de las ninfas que residían en el mar, y eran jóvenes hermosas de medio cuerpo arriba, y peces en lo restante*»… Y tras mirarlas detalladamente no me cupo la menor duda de que lo de «*jóvenes hermosas*» no casa ni de lejos con las de Samos porque más bien asustan. Igual las esculpieron así adrede para alejar los pensamientos impuros…

Y, por acabar, la abadía tiene también su leyenda ya que cuentan que un monje anciano, llamado Anselmo por más señas, soñaba casi a diario con un ave de alas doradas que tras volar se posaba en unas

rocas próximas al monasterio. Luego esas rocas se abrían y el ave entraba por aquel hueco. Así que comunicó esto a la comunidad y, por si acaso, decidieron en cabildo excavar en el lugar. Y tuvieron suerte porque encontraron un pasadizo que los llevó al interior de una cueva donde hallaron el cuerpo muy bien conservado de un ermitaño, lo que podía denotar santidad, pero lo más impactante fue que estaba rodeado de lingotes de oro…

Y no he conseguido más información. Lo molesto de estas historias, respetables en cualquier caso, es que suelen acabar abruptamente sin ofrecer mayores detalles ni explicaciones a su final. Así que no puedo decir ahora mismo si aquel asceta fue un santo varón ni, sobre todo, qué pasó con el oro, detalle de soberana importancia… Así que igual fue todo un invento.

De Sarria a Portomarín, los pequeños recuerdos

La importante villa de Sarria es bien conocida por el romero al estar situada a algo más de cien kilómetros de Santiago, marcando así la distancia mínima a recorrer para tener derecho al premio de la «***compostella***». Y fue ciudad fortaleza importante a todo lo largo de la edad media de la que nos queda el torreón del castillo de los marqueses de Sarria y el Monasterio de la Magdalena. Y sugiero al caminante que busque sosiego en ella por ser buen lugar de albergue y comida. Y si de paso se da un paseo por el Espolón, a la vera del río Sarria, podrá disfrutar de un momento casi mágico con el arrullo y frescor de sus aguas.

Pero hay que seguir la senda para enfrentar una etapa absolutamente bucólica en dirección a Portomarín. El terreno se abre frecuentemente hacia prados y cultivos y solo de vez en cuando nos acompañan las umbrías *corredoiras*. También tropezamos a menudo con castaños y robles que deben ser centenarios por su gran porte. Los primeros siete kilómetros son de ascenso, y particularmente duros los tres primeros. Pero el día acabará siendo tranquilo porque, para mayor gozo del romero, la senda tornará a un casi continuo descenso a partir de su mitad. Atravesamos numerosas aldeas que parecen poseer más establos que viviendas y se muestran alfombradas con una gruesa capa de bostas secas de vaca. Aromas raciales, ¿les quedará algo de olfato a los lugareños? El caso es que el olor no resulta tan desagradable y hasta coloca un poco. Luego pensé que, en día lluvioso, el tránsito sobre ellas debe resultar complicado, incluso peligroso por aquello de los resbalones…

Realizamos un alto en **Morgade** a sugerencia de un colega, veterano del Camino, quien nos aconseja detenernos en un pequeño colmado donde sirven unos huevos fritos maravillosos según su opinión. Resisto la tentación pero él, experto reincidente, los pide acompañados de chorizo frito… Los huevos tenían un aspecto excelente pero el chorizo le resultó incomestible, duro como una piedra. Gran decisión, dejarlo caer en beneficio de un perrillo que nos ronda… Pero como los animales son mucho más inteligentes que nosotros en lo relativo a la comida –así como en muchas otras cosas–, el chucho renunció a meterle los colmillos tras tantearlo y, luego de abandonarlo con gesto despreciativo a nuestros pies, se fue orgulloso con el rabo enhiesto. Debió pensar que éramos unos peregrinos muy cutres por la pobreza del regalo.

En **Ferreiros**, siguiente aldea, existía una pequeña iglesia románica del siglo XII, la de Santa María, pero se la llevaron piedra a piedra a finales del XVIII algo más abajo, a poco más de un centenar de metros, para situarla en la inmediata aldea de **Mirallos** que era más importante. La tentación del centralismo lo alcanza todo, nada perdona y siempre oprime al más pequeño… Preciosa en su sencillez, supone una mínima pero verdadera joya del románico gallego. Como curiosidad, al trasladarla consideraron más atractivo sacar la pila bautismal a su frente, y allí sigue escoltada por las tumbas del cementerio local.

Aquí viví una simpática anécdota. Accedí al pequeño solar de la iglesia por una mínima cancela de hierro que está situada en su parte trasera. El templo estaba cerrado y me hube de limitar a dar un vistazo por su exterior. Luego intuí que debía haber otra salida en su zona baja, la parcela se cierra en forma de embudo alojando tumbas, y me propuse tomarla. Efectivamente, descubrí en su final otra mínima verja, avancé y la hierba del suelo silenció mis pasos mientras me acercaba a un peregrino en el exterior que arreglaba su mochila dándome la espalda… La cancela de salida chirrió al abrirse con cierto estruendo y aquel buen hombre dio entonces un salto soltando al tiempo una imprecación que me ahorro transcribir… Según me explicó, no me había visto llegar, se creía solo y, como todos sabemos, no hay que confiarse un instante en Galicia porque las meigas y los trasgos están siempre a la que salta, sobre todo en los cementerios.

Las aldeas se suceden una tras otra distanciándose apenas nada y me resulta imposible recordarlas todas porque parecen cortadas por el mismo patrón. Y avanzas casi de forma automática por un terreno cómodo hasta que finalmente se corta frente a un tajo en las cercanías de **Vilachá**. Abajo queda el pantano de Belesar que embalsa las aguas del río Miño. A partir de este punto la senda ofrece dos opciones: o bajar directamente al pantano mediante una pronunciada pendiente o tomar por el borde de una carretera vecinal dando un cierto rodeo para llegar al mismo sitio. Aconsejo decididamente la segunda porque duele hasta el alma acabar de forma dura y fatigosa una etapa de una veintena de kilómetros; lo digo por propia experiencia ya que caí en ese error.

El pantano, en estiaje, exhibe la dramática osamenta de lo que fue Portomarín antes de que construyeran su presa en 1963. Lo que forzó a sus gentes a trasladarse más arriba, al Monte do Cristo donde ahora está. Y con esta mudanza se rescató también una iglesia, que algunos

llaman de **San Nicolás** y otros de San Juan, calificada como templo-fortaleza no solo porque la construyeron los freires sanjuanistas a finales del siglo XII, sino porque de lejos semeja el torreón de un castillo. Incluso remata en almenas por más señas.

Y se me hace raro verla aislada en el centro de la plaza de la villa, toda pulcra y reluciente con su gran rosetón, tal como si acabaran de colocarla allí. Y pienso que, como en el caso de San Martín de Frómista, hay restauraciones que no acaban de encajar… Pero bienvenidas sean porque salvaron una joya de un peor destino.

De Portomarín a Santiago de Compostela

Avanzando hacia Palas de Rei

Aquí se termina la relativa bonanza caminera de la etapa anterior porque el Camino vuelve a auparse durante los primeros quince kilómetros a fin de subir a la Sierra de Ligonde que separa la cuenca del río Miño de la del Ulla. Y no resulta fácil la subida porque es continua y de vez en cuando muestra rampas fuertes.

La etapa no tiene mucho que reseñar porque la proximidad a Santiago parece que absorbió ya cualquier otro interés. Y en su mayoría transcurre próxima a carreteras, lo que no resulta muy

atractivo. Pero sí hay que dejar constancia del muy alabado **crucero de Lameiros**, ubicado en las cercanías del pueblo de **Ligonde** a la izquierda de la senda, que se nos muestra escoltado por un vetusto y admirable roble. El *cruceiro* está datado en 1670 y fue trabajado rústicamente a dos caras demostrando así que es obra de un esforzado cantero y no de un escultor pulido. En una de ellas muestra el motivo habitual, un Jesucristo crucificado, y en la otra una imagen de la Virgen sosteniendo a Cristo yacente en sus brazos. Lo más curioso es que en su base aparecen tallados instrumentos relacionados con el descendimiento –tenazas, clavos y escalera– mientras en el opuesto muestra una calavera y unas tibias.

Sin otras novedades que reseñar rendimos etapa en la misma puerta de la iglesia de San Tirso en **Palas de Rei**, en inicio templo románico del que tan solo nos queda hoy la portada del primitivo. Parada y fonda.

De Palas de Rei a Melide y Arzúa

Hasta Arzúa, unos treinta kilómetros, la andadura resulta cansada dado que presenta un continuo sube y baja sin prácticamente tramos llanos. A cambio nos brinda una gran joya, **Santa María de las Nieves**.

Iglesia mínima en tamaño, está ubicada en **Leboreiro** y merece la pena visitarla tanto para admirar su equilibrado y respetuoso encaje con el entorno de su aldea como por su cuidado interior. Dicen los expertos que es gótica porque ya apuntan sus arcos, pero para mí

que guarda aún fuertes aromas de moza románica por su talle y planta… Sobre todo, insisto, me impactó su interior sencillo, humilde y equilibrado pero al tiempo orgulloso de mostrar unas pinturas murales destacadas del siglo XVI y una imagen gótica de la Virgen del XIV.

La senda sigue luego hacia **Melide**, de reconocida fama peregrina por las pulperías que encuentras al lado mismo del Camino al atravesar la villa. Caemos en tentación y nos detenemos a catar ampliamente dicho manjar a media mañana acompañándolo con unas tazas de ribeiro porque no todo ha de ser esfuerzo. En la villa destacan la portada de la capilla de San Roque y las iglesias de San Pedro y de Santa María, que visitamos esa misma tarde… Posiblemente estos templos sean los únicos lugares que capten algún interés histórico y cultural por parte del romero antes de llegar a la meta ya que no tropezaremos con mucho más hasta Santiago. Y sea por esto, o sea porque las ganas aprietan, hay general acuerdo entre los peregrinos en que a partir de Melide se acelera el paso y tan solo piensas en andar camino sin mirar a los lados ni distraerte, aun cuando todavía te quedan por atravesar unas bellas corredoiras antes de llegar a Arzúa.

El pensar del peregrino. «O Camino es hacia dentro»

En una de aquellas *corredoiras*, no recuerdo exactamente dónde, tropecé con una imagen difícil de olvidar. Al borde de la senda y justo al pie de un muro de piedra seca que limitaba el vecino prado, vi a una serpiente de pequeño tamaño, quizás una víbora, inmóvil. Por su

muy dilatada quijada, y a medio deglutir, asomaba un ratón de campo de regular tamaño. Era obvio que se le hizo imposible tragarlo por su envergadura y, como resultado, ambos estaban ahora muertos. El uno posiblemente envenenado, y su verdugo asfixiada en el esfuerzo. Rememoré entonces la moraleja de la fábula de la rana y el escorpión, «*no te engañes, hay personas cuya maldad les lleva a dañarse a sí mismos*», que como tantas otras se atribuyen a Esopo. Pero este caso, en mi opinión, presenta distinto matiz y su mensaje podría girar en torno a la ambición desmedida… Meditaré sobre ello, igual me atrevo a redactar un cuento.

Y así me surge la ocasión de añadir algo sobre la meditación peregrina. Como romero, y durante la andadura, tienes mucho tiempo para ejercerla aunque nunca la hagas de forma metódica y disciplinada… Las ideas y los recuerdos –algunos oscuros e inquietantes, otros gratos y esperanzados– bullen desordenados en tu cabeza y van y vienen como olas costeras. Ahora te asaltan y agobian y de pronto, tras un ligero tropiezo al andar, te abandonan y dejan hueco a otros distintos. A veces también entras en un pequeño nirvana, escapas de tu propia consciencia y te limitas a andar, un paso tras otro, sin pensar en nada…

Adelantas a otro romero y saludas, «¡Buen camino!». Normalmente te responden con gesto afable y tono alegre pero de vez en cuando alguien no lo hace. Entonces le observas de reojo y caes en la cuenta de que no ha sido descortesía porque ni tan siquiera te ha oído. Está en otra cosa y su rostro se muestra serio, incluso entristecido, reflejando un universo de sinsabor y hermetismo… Y no son pocos estos dolientes del Camino, así les llamo en mi simpleza, que andan buscando desesperadamente dónde poder entregar alguna carga del alma y desconfían del simple, pero a la postre inútil, alivio de depositar una piedra al pie de un crucero o de una vieja picota.

Y es que hay muchos motivos para andar el Camino y cada persona debe tener el suyo. Sé de quienes lo hacen para cumplir con un voto en correspondencia a una gracia obtenida, también de alguno que salvó la vida tras un duro accidente, incluso me hablaron de una solitaria joven que lloraba calladamente en la semipenumbra de la iglesia de Villalcázar de Sirga porque su amor la había abandonado..., hacía el Camino para tratar de aceptarlo. Cada quien tiene su afán, a saber cuál, aunque muchos solo digan que lo hacen por distracción. Y cuando lo oigo no les creo porque por diversión no se caminan ochocientos o más kilómetros y lo usual es darse solo un agradable paseo.

Como me siento incapaz de glosarlos recurro al casual hallazgo afortunado de un par de libritos de la editorial Círculo Camino de Santiago que contienen, cada uno, cien relatos cortos realizados por peregrinos donde se exponen sus vivencias y motivaciones. Hallé en ellos reflexiones profundas, siempre sencillas y sin falsos adornos, que son clara muestra del pensar del peregrino. Y me permito aquí transcribir algunas de ellas, quizás las que más tocaron mis sentimientos, como muestras del impulso diverso que empuja al caminante. Lector, no rebusques otras inútiles justificaciones ni sesudas reflexiones que expliquen y justifiquen este raro fenómeno social del Camino en tiempos tan materialistas, tan solo lee estas pocas pequeñas historias porque en ellas está su grandeza y su verdad.

«Caminábamos por ella, quien había dejado doce hijos atrás. No andaba con nosotros, pero era la guía de cada uno, y era su nombre el que aparecía en nuestras cabezas al pensar en alguien al que dedicar el trayecto. Por la noche, el frío del albergue y su impersonalidad se combatía recordando sus cálidos abrazos. Ella, quien nos había dedicado su vida… Ahora se lo devolvíamos continuando el Camino, aun saliesen llagas en los pies o agujetas en cualquier parte del cuerpo, lloviese o cayera una ola de calor. Por ella, rezando, como nos enseñó la abuela». (Almudena Machado, España, 27 años).

«No habrá mariposas si la vida no pasa por largas y silenciosas metamorfosis… y mi trasformación fue por la libertad. Caminando y saliendo de ese bosque de robles antes de Roncesvalles, el primer día, me sentí libre. La libertad extiende sus alas sobre mí… El sabio dijo que "el secreto de la felicidad está en la libertad y la libertad en el coraje". Libre para caminar con el sol, la lluvia, el viento, el frío y la oscuridad, al oeste, al horizonte o al atardecer. Estaba liviano cuando llegué y lloré en la Plaza del Obradoiro». (María de Lourdes Nascimento, Brasil, 83 años).

«Yo estaba enfermo y tú hiciste la caminata hacia Santiago de Compostela para pedir por mi recuperación. Ahora soy yo quien camina. Pero lo hago por tu recuerdo». (Rodrigo Torres Quezada, Chile, 36 años).

«Mi mejor recuerdo del abuelo siempre serán sus historias. Ahora sé que había muchas cosas que exageraba o directamente se inventaba, pero no cambiaría un solo detalle de todo lo que nos contó. El oficio de carpintero,

sus recuerdos infantiles, viajes, aventuras, la mili en Barcelona… Cuando enfermó de Alzheimer, las palabras se le atravesaban en la garganta y lloraba de impotencia por no poder seguir contando sus historias. Un día, entre la lucidez y las brumas de la enfermedad, me dijo: ***"Prométeme hacer el Camino todos los días"****. Y yo entendí lo que me quería decir». (Cinta María Pérez Urrea, Chile 36 años).*

Y además, por si era poco, hay grandes héroes desconocidos y callados que viven sobre el Camino, o que lo recorren múltiples veces, por entrega y servicio a los demás. Ahí tenemos a los hospitaleros que cuidan, alimentan y sanan a los romeros tras una dura etapa…, e incluso escuchan pacientes las tribulaciones de sus almas. Y también esos otros que acompañan a enfermos, ancianos y discapacitados para que puedan cumplir con el sueño de realizarlo. «Yo soy el burro de carga», escuché decir a uno en un video mientras tiraba de un carrito donde iba su amigo con parálisis cerebral… ¡Y yo que me creía alguien por aquello de andarlo!

«Su gesto de ***amor*** *nos estremeció a todos. Al principio, algunos reían, otros, admiraban, los más, se emocionaban. Ellos, ajenos a tanta observación, caminaban delante de nosotros cogidos de la mano, y en ninguna circunstancia soltaban la mano de su compañero. Realmente debían amarse mucho para caminar como si de un solo peregrino se tratara. Tras veinte kilómetros, coincidimos en un descanso. Entonces él, momentáneamente le soltó su mano, se descargó la mochila, y extendió un bastón de invidente que cariñosamente acercó a la mano de su compañera. Ella le devolvió aquella sonrisa cómplice que su mente había imaginado. (Pablo Díaz Domínguez, España, 33 años).*

«O Camino es hacia dentro». Encontré esta inscripción, que ni es gallega del todo ni castellana, hecha a brochazos de pintura azul sobre el muro de una casa medio arruinada a la salida de Sarria, posiblemente en **Barbadelo**. En mi opinión, resume exactamente lo que mantengo.

Casi hemos llegado, de Arzúa a Lavacolla

Arzúa te recibe en alto tras salvar una larguísima avenida de acceso en ligera pendiente que parece no tener fin y me acabó exasperando

durante mi primer camino. Debió ser por los nervios o, seguramente, por el cansancio de una larga etapa de casi treinta kilómetros. Y, recuerdo que, tras alejar aquellos malhumores, la tentación regresó a nuestra débil carne. No vimos allí, o no quisimos ver, lugar convincente donde comer y por aclamación regresamos a Melide en coche en busca de más pulpo, cachelos y ribeiro. No fue pecado de gula, no, porque el Camino resulta duro y de vez en cuando hay que buscar consuelo…

Al día siguiente enfrentamos la última galopada y, confirmando lo arriba dicho, anduvimos de nuevo unos treinta kilómetros a velocidad inusitada para alcanzar **Lavacolla** haciendo de paso una media muy por encima de la habitual. A ello contribuyó la dulzura del perfil, en su mayoría llano. Y no hay mucho que destacar de ellos, tan solo que fuimos perdiendo las sombreadas *corredoiras* y el marco urbano sustituyó lentamente al rural. Hasta los bosques mutaron porque poco antes de alcanzar la meta ya avanzábamos solo entre eucaliptos para rodear el aeropuerto de Lavacolla. Un avión nos sobrevoló en aquellos momentos, estábamos a punto de cumplir un sueño y nos quedaba casi nada para alcanzarlo.

¡Y por fin Santiago!

Llegó el gran día, atrás quedaron bien pateadas unas cuarenta etapas, paso a paso sin desmayar, recorridas con total ilusión y esfuerzo. Los muchos años no nos han pesado, al contrario, han supuesto un acicate porque el corazón aún se siente joven aunque las piernas duelan y se pierda el aliento con demasiada frecuencia… Pero ya solo nos queda el remate, salir de Lavacolla y superar un último alto, el de **San**

Marcos, para después alcanzar el **Monte do Gozo** donde derramaron y seguirán derramando lágrimas de alegría muchos peregrinos al divisar por fin las torres de la catedral de Santiago.

Descendimos de él ansiosos y atravesamos el arrabal de la ciudad. Ya no hablábamos entre nosotros porque caminábamos y al tiempo, yo por lo menos, rezábamos en emocionado silencio. Así entramos en la rúa dos Concheiros para luego enlazar con la de San Pedro y llegar a la Porta do Camiño. Luego ascendimos por Casas Reais para alcanzar Azabachería. Casi corríamos y el corazón nos saltaba en el pecho. En el Arco del Palacio del Obispo un gaitero nos acogió lanzando al aire dulces sones gallegos. ¡Honor a los peregrinos! Irrumpimos en la plaza del Obradoiro, nos dirigimos hasta su centro frente al Palacio Rajoy y solo entonces nos dimos la vuelta… Allí estaba frente a nosotros, imponente e inmensa, la tanta veces soñada fachada de la **Catedral de Santiago de Compostela**.

Nos fundimos en un largo abrazo… ¡Santo Dios, hemos llegado!

Y el bendito gaitero se arrancó entonces con una alegre *muiñeira*… ¡La magia del Camino!

Apéndice final: Santiago, la leyenda y otras dudas

Es una creencia aceptada por la mayoría el que en Compostela reposan los restos de Santiago. Pero también sabemos que muchos otros lo niegan tajantemente, o cuando menos dudan profundamente de ello e incluso aseveran que podrían ser los huesos de cualquier otra persona o incluso de un animal, (un perro, Lutero dixit)…

Otros apuntan la posibilidad de que sean los restos de Prisciliano, el obispo gnóstico de origen galaico que fue tremendamente popular entre las gentes de Hispania y Galia allá por el siglo IV debido a su particular interpretación del cristianismo. Por causa de ello tuvo el dudoso honor de ser el primer hereje cristiano ajusticiado por decapitación –como Santiago– debido a las presiones realizadas por ciertos obispos contrarios a sus ideas. Se sabe que sus restos fueron trasladados por sus discípulos desde Tréveris, donde lo asesinaron, hasta Galicia, donde fueron enterrados y convenientemente ocultados por sus seguidores. Y debemos señalar que su doctrina, el priscilianismo, estuvo muy presente entre los cristianos del norte de la península durante toda la alta edad media… Pero quede claro que lo antes apuntado es tan solo una posibilidad y no existe a día de hoy la menor prueba tangible que la sustente.

Dicho lo cual, y a modo de introito a las páginas que siguen, quiero dejar clara mi opinión sobre todo lo anterior: ¿Y qué más da quien sea?

Porque unas trescientas mil personas ganan cada año su «**compostella**», la acreditación de que se han recorrido al menos cien kilómetros de Camino, al llegar a Santiago. Proceden de medio

mundo, y lo asevero porque coincidí personalmente no ya solo con españoles y europeos, lo que sería normal, sino también con japoneses, coreanos, filipinos, neozelandeses, mejicanos, peruanos, argentinos, estadounidenses, brasileños… Mantengo que el fenómeno religioso y social que representa hoy en día el Camino está muy por encima de cualquier certeza o duda particular sobre quién pudiera estar enterrado en la catedral. Y es que me produce pasmo observar esa masiva afluencia de personas, mujeres, hombres e incluso niños, que desde hace muchísimos años y por distintas rutas afronta voluntariamente la andadura de al menos cien kilómetros de senderos bajo todo tipo de condiciones y disfrutando usualmente de una corta economía. Incluso he llegado a ver a una joven mamá llevando sobre su pecho en una mochila a un bebé de cuatro meses.

Y además resulta que no es flor de un día y engancha los corazones creando adicción peregrina. Véase si no la enorme cantidad de romeros que repiten y vuelven al Camino año tras año. ¿Por qué? No lo sé, como antes apuntaba cada uno tendrá las suyas pero puedo imaginar que, si bien son simples, enraízan en lo más profundo de cada alma y la enriquecen.

Y, como colofón a lo anterior, me permito traer aquí un dicho del refranero español: «Algo tendrá el agua cuando la bendicen».

En todo caso no esquivo la discusión de la duda. Y tras hurgar mucho por aquí y por allá en textos de expertos, creo poder exponer un buen resumen de los detalles y matices que apuntalan, tanto a favor como en contra, las aristas de esta intriga. Así que, a modo de coda, haré una exposición resumida sobre los orígenes, evolución, certezas e interrogantes que rodean a la tradición compostelana para que cada cual saque sus particulares conclusiones, si quiere.

Santiago, ¿pero qué Santiago?

Porque en el Nuevo Testamento aparecen tres santiagos como discípulos de Jesucristo…

El primero es el llamado **Santiago de Zebedeo** o Jacobo de Zebedeo. Fue uno de los doce apóstoles y es conocido como Santiago el Mayor para distinguirlo de otro discípulo homónimo apodado el Menor. Nació en Betsaida, al norte de Israel y a orillas del lago de Genesaret,

también llamado mar de Galilea o lago de Tiberíades. Era hijo de Zebedeo y de María Salomé, la cual acompañó a Cristo durante la crucifixión, y tuvo un hermano llamado Juan que fue también discípulo de Jesús.

El Nuevo Testamente nos cuenta en referencia a los hermanos «que estaban con su padre en una barca reparando las redes y Jesús los llamó». Desde entonces se convirtieron en sus discípulos, y más tarde el Maestro puso a ambos el sobrenombre de «*Boanerges*», apodo galileo que significa hijo del trueno, lo que induce a suponer que eran fuertes de carácter e impulsivos. Este Santiago mantuvo una gran cercanía con Jesús, y el Nuevo Testamento precisa que estuvo presente en actos muy destacados de su vida, tales como la resurrección de la hija de Jairo, la Transfiguración, su aparición a orillas del lago de Tiberíades y la pesca milagrosa. Los Hechos de los Apóstoles también lo sitúan en el cenáculo esperando junto a otros discípulos la venida del Espíritu Santo. Y, a partir de ahí, el susodicho libro solo lo nombra para describir que fue condenado a muerte y decapitado por orden del rey de Judea, Herodes Agripa, lo que nos permite fijar su muerte entre los años 41 y 44 en los que este reinó.

En segundo lugar tenemos a Jacobo de Alfeo o **Santiago el Menor**, del que ya hablamos al pasar por el monasterio de San Zoilo en Carrión de los Condes. Fue hijo de Alfeo y de María de Cleofás, de la cual se piensa que pudo ser hermana de la Virgen María. Se le llamó el Menor no por ser más joven o de menor estatura que el Mayor, sino porque fue llamado al apostolado después de éste. Debió tener un

comportamiento tan ejemplar a lo largo de su vida que lo llamaron *«el Justo»*. Incluso Clemente de Alejandría dijo de él, un siglo más tarde, que *«desde el vientre de su madre fue santo; no bebió vino ni sidra; no amenazó con la navaja; nunca se aplicó potingues; nunca se bañó»*… Sobra cualquier comentario sobre estas hagiográficas líneas porque resultan realmente sorprendentes para nuestra mentalidad actual. Pero sigamos, también fue el primer obispo de Jerusalén y murió decapitado en tomo al año 63. Aunque otros mantienen que lo arrojaron desde el pináculo del templo y, como no falleció tras la caída, lo remataron golpeándolo con un mazo de batán hasta la muerte. ¡Santo Dios!

En tercer lugar, el Nuevo Testamento cita a un tercer **Jacobo** con ocasión de la prédica de Jesús en una sinagoga: *«¿No es este el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él»*. (Marcos). Lo que aparentemente nos plantea el nuevo interrogante de si María tuvo más hijos, o bien si los tuvo José de un primer matrimonio. Pero debe valorarse aquí que el término hermano cubría también a los parientes cercanos en la sociedad palestina de por entonces y no necesariamente implicaba el ser hijo de los mismos padres. Luego, la Epístola de san Pablo a los Gálatas alimenta esta confusión y dice: *«Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los Apóstoles, sino a Jacobo, el hermano del Señor»*. A pesar de ello, finalmente los expertos mantienen que aunque las citas parecen consolidar la existencia diferenciada de los dos últimos jacobos –el descrito en tercer lugar es hermano del Señor y no es apóstol– probablemente sean el mismo individuo, Jacobo Alfeo o Santiago el Menor… Ellos sabrán por qué.

Ahora bien, si reducimos los candidatos a los dos primeros ya que presentan historias claramente diferenciadas, ¿cuál de ellos vino a Hispania? Porque durante siglos a los restos de Compostela no se le añadió ningún apellido, ni el de Zebedeo ni el de Alfeo. Simplemente pertenecían a Santiago, nada más… Pero es cierto que la tradición apostó pronto por Zebedeo, posiblemente porque era el candidato más verosímil a la vista de los datos históricos que se conocían sobre ambos. Y en paralelo debió existir una corriente oral que lo propugnó, así que con los años se afianzó la idea de que Santiago el Mayor había predicado en la actual Galicia. Por tanto, no nos queda más remedio que seguirla para tratar de profundizar.

La tradición y las bases documentales de la venida de Santiago a Hispania

Tras Pentecostés, más o menos año 33 d.C., la tradición mantiene que los apóstoles fueron enviados a la predicación y también aventura que Santiago cruzó el mar Mediterráneo y desembarcó en Hispania… Pero no hay una sola referencia escrita coetánea sobre ello.

Esta tradición solo se empieza a documentar a partir del siglo VI. Primero mediante lo relatado en el «Breviario de los Apóstoles», donde se describe su misión evangélica por el mundo y el usual enterramiento de cada apóstol en los lugares más significativos por donde discurrió su evangelización. En este texto se alude particularmente a la predicación de Santiago en las tierras más occidentales de Hispania: «*Hic [Jacobus] Hispaniae occidentalia loca predicat*». Documento que aporta el importante dato sobre el día en que fue enterrado, un 25 de julio, pero se muestra impreciso respecto al lugar: Achaia Marmarica o Aca Marmarica. Lo que podría hacer referencia a la forma del recinto sepulcral, un arca marmórea, o podría aludir a que se realizó en una antigua región de Libia, Marmarica. A pesar de ello, si seguimos al pie de la letra la tradición marcada en el «Breviario», sus restos deberían estar forzosamente enterrados en algún lugar del occidente de Hispania.

A partir de ahí, en el siglo VII aparece alguna noticia más en algunos escritos, como en "*De ortum et obite patrum*" que se atribuye a san Isidoro, donde se considera a Santiago como el primer Apóstol de España. Y con posterioridad se le cita en los «Comentarios al Apocalipsis» de Beato de Liébana, ya en el siglo VIII. En este último escrito figura un mapamundi donde se plasman los lugares de predicación de los diferentes apóstoles de Cristo, y además los representa en el mapa mediante un busto y una leyenda identificativa, apareciendo la figura de Santiago el Mayor en la parte correspondiente a la zona norte de Hispania, en la región de *Gallaecia*.

Con posterioridad a todos ellos, finales del siglo VIII, tenemos una nueva referencia en un himno litúrgico «O dei verbum», también conocido como himno del rey astur Mauregato, donde se invoca por primera vez al apóstol Santiago como patrón de España.

> *Oh, muy digno y muy santo Apóstol [Santiago],*
> *dorada cabeza refulgente de Hispania,*

defensor poderoso y patrón especialísimo
asiste piadoso a la grey que te ha sido encomendada.

En este himno se le pide al apóstol que proteja al rey Mauregato porque el monarca no era muy proclive a plantarle cara al sarraceno. De hecho había aceptado pagar el ignominioso tributo anual de las cien doncellas a fin de esquivarlos… E iba dirigido a levantar sus ánimos y el de los cristianos del reino astur que andaban asediados por el enemigo. Así que, bien por los escritos e himnos o simplemente por trasmisión oral, podemos decir que a principios del siglo IX ya existía una afianzada creencia en el patronazgo de Santiago sobre la cristiandad ibérica.

La tradición sobre su predicación en Hispania

Hay distintas versiones, y la más extendida mantiene que inició su apostolado en Galicia tras pasar por las Columnas de Hércules navegando. Incluso un tal fray Gerónimo de la Concepción escribió mucho después, en el siglo XVII, que el mismo Santiago consagró el templo de Hércules de la isla de Sancti Petri a san Pedro. Por tanto debió costear la Bética y la Lusitania para poder alcanzar Galicia.

Pero otros mantienen que llegó a la península por Tarraco y, siguiendo la traza de las calzadas romanas, penetró hasta Galicia. Finalmente hay quien defiende que, antes de dirigirse hacia el norte, arribó a Cartago Nova, la actual Cartagena. Y en su apoyo sostiene

que en la iglesia del barrio de Santa Lucía conservan, o conservaban, un ladrillo con la huella de los pies del apóstol…, pero parece ser que desapareció y hoy en día tan solo guardan una estela evocadora de su desembarco.

Su estancia en Hispania debió ser corta. Y la causa pudo estar en que, según «*El libro de la Dormición de María*», cuando la Virgen intuyó la proximidad de su muerte, recibió la visita de su Hijo y ella le rogó poder estar rodeada de sus discípulos llegado ese momento. Jesucristo le concedió el deseo y permitió que fuera ella misma quien, en aparición milagrosa, los citase uno a uno para reencontrarse. En nuestro caso, se apareció a Santiago en Zaragoza el 2 de enero del año 40 sobre una columna de jaspe. Y esa tradición acepta que, bien porque no tuviera gran éxito en su prédica o bien porque no dispusiera de tiempo suficiente, hizo pocos discípulos en la península. Pero al tiempo sostiene que preparó personalmente a los siete varones apostólicos que luego evangelizaron Hispania. Aunque debe añadirse que Roma nunca aceptó esto último y siempre mantuvo que Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio fueron ordenados clérigos en Roma por Pedro y Pablo y, tras ello, regresaron a Hispania a evangelizar. ¿Celos entre apóstoles?

Así que Santiago regresó a Jerusalén para encontrarse con María pues ella aún seguía viva en esos momentos. Y, tras predicar el evangelio durante un corto espacio de tiempo en Judea, halló la muerte entre el año 41 y el 44 al ser decapitado por Herodes Agripa debido a sus provocadoras enseñanzas.

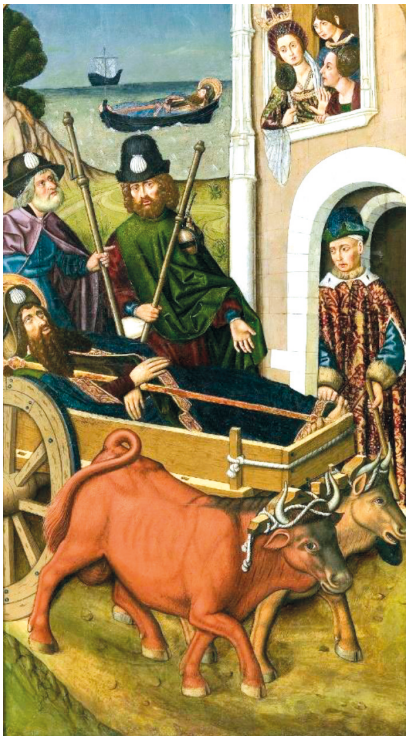
La «traslatio». El traslado de los restos de Santiago a España y su enterramiento.

La leyenda nos asegura que ciertos discípulos, Atanasio, Teodoro y «otros más», raptaron su cuerpo tras la mencionada decapitación y lo llevaron clandestinamente a Hispania obedeciendo a un deseo previo expreso del difunto.

Para ello cruzaron el mar Mediterráneo en una mítica embarcación de piedra, sin velas ni timón, costearon por el Atlántico y tras siete días de fantástica navegación llegaron a las costas de lría Flavia, junto a la actual villa de Padrón en Galicia. A partir de aquí existen distintas

versiones documentales de lo sucedido, todas redactadas en tiempo muy posterior y con frecuencia entremezcladas en su relato. Nos centraremos en dos de ellas para no crear mayor confusión.

La llamada epístola del falso papa León –datada hacia el siglo IX o algo posterior– mantiene que, al ser desembarcado el cuerpo de Santiago, fue arrebatado por los aires por un torbellino y conducido hacia el sol… Los discípulos espantados corrieron tras él para poder recuperarlo y, tras una difícil persecución, por fin lo hallaron sepultado bajo un monumento de arcos marmóreos en un lugar que no se cita. Y al tiempo esos mismos discípulos, con la ayuda de Santiago por supuesto, exterminaron a un dragón que vivía por allá y traía de cabeza a la plebe.



En segunda versión, el «*Liber Sancti Jacobi*» del Códice Calixtino –primeros decenios del siglo XII– mantiene que, tras desembarcar en Iría Flavia, los discípulos trasladaron el féretro a un pequeño campo de una cierta mujer llamada Lupa, la cual era señora o reina de aquellas tierras. Aclaremos que en Galicia se llama loba, lupa, a la mujer muy brava, incluso feroz, que se impone a los hombres por su carácter. Y Lupa, torcidamente, los envió entonces al malvado señor de Fisterra, un tal Dugio, quien intentó matarlos. Los discípulos huyeron

de él cargando con el cuerpo del apóstol gracias a que, tras atravesar sin problemas un río por un puente, este se hundió al paso de sus perseguidores quedando ellos a salvo. Pero reincidentes, no parecían muy espabilados, regresaron donde Lupa quien ahora los envió a un monte a fin de recoger unos bueyes que les facilitaran portar el cuerpo del santo y, al tiempo, acarrear los materiales necesarios para construir su sepulcro… Sabiendo como sabía la muy malvada que un dragón, o bicha o lo que fuese, guardaba los lindes de ese monte y que los bueyes no eran tales, sino peligrosos y sanguinarios toros salvajes.

Al arribar a la linde del monte el dragón, la bicha o lo que fuese intentó frenar la sagrada misión, pero el discípulo Atanasio hizo entonces la señal de la cruz ante él y el animal explotó. Lo malo fue que la bestia estaba empollando huevos y de ellos salieron varias crías que se refugiaron en una cueva. El peligro seguía latente... Entonces los discípulos bendijeron el monte para frenar aquel nuevo mal, lo rebautizaron con el nombre de Sacro y, por si acaso, aconsejaron al pueblo que cerraran el acceso a la cueva con piedras y rocas dado que toda precaución era poca. A renglón seguido los toros salvajes se amansaron y, ahora sí, se convirtieron en mansos bueyes. Y los animales acabaron tirando del carro con el cuerpo de Santiago a su libre albedrío sin necesidad de azuzarlos hasta que se pararon en el bosque de Libredón. Y de allí nadie pudo moverlos un paso más, por lo que todos interpretaron que Santiago había escogido precisamente ese lugar para su enterramiento.

A la vista de tanto milagro, la reina Lupa se convirtió e incluso ayudó a la construcción del sepulcro por lo que dicen que también estaba enterrada en la catedral antigua. Pero del malvado Dugio no aclararon nada más, por lo que cabe suponer que debió morir cuando lo del puente.

El descubrimiento del sepulcro

No se conoce la fecha exacta, pero se estima que pudo tener lugar entre el año 810 y el 834 aunque hay algunos que se atreven a situarla exactamente en el año 823. Por aquel entonces, un eremita llamado Pelayo, Paio, presenció en las inmediaciones de Solovio, en el bosque de Libredón, una serie de prodigiosos fenómenos luminosos que describió como una lluvia de estrellas que venía acompañada de apariciones angélicas. Visto lo cual, el buen Pelayo fue corriendo

a informar del sucedido a Teodomiro, obispo de la diócesis de Iría Flavia, por ser de quien dependían jerárquicamente aquellas tierras en lo religioso. Monseñor se dirigió de inmediato al lugar y, tras comprobar en persona la veracidad de los extraños fenómenos anunciados, buscó su origen sobre el terreno y halló entonces una cueva. En ella encontraron un sepulcro de piedra donde según la tradición cristiana hallaron tres cuerpos, uno de ellos decapitado. Y Teodosio concluyó que todo aquello constituía la prueba inequívoca de que allí reposaban los míticos y anhelados restos del apóstol Santiago junto a los de sus discípulos Teodoro y Atanasio.

Informado el rey Alfonso II de Asturias, llamado el Casto, acogió gozoso la posibilidad de tener la reliquia de un apóstol en sus tierras tanto, supongo, por el impulso que otorgaba a la fe cristiana como por el incremento de prestigio que aquello supondría para su reino. Y bajo su amparo se elevó de inmediato una primitiva iglesia de adobe que habría de perfeccionarse y mucho a través de los años, a la vista está, para honrar aquellos santos restos. Y, como era lógico, de inmediato la noticia se extendió por Europa. ¡El apóstol Santiago yacía en Galicia!

Algunos apuros posteriores. Vikingos, Almanzor y Drake

Inmediatamente comenzaron las devotas peregrinaciones y con ellas creció la riqueza de la diócesis y, en paralelo, el esplendor y tamaño del templo guardián… En consecuencia aumentaron las ambiciones depredadoras enemigas por lo que los restos no tuvieron una vida demasiado tranquila a lo largo del tiempo y aún debieron sufrir alguna nueva ocultación debido a la llegada de espabilados saqueadores.

Galicia, «Jacobland», fue rápidamente objeto de deseo de los terribles hombres del norte quienes realizaron diversos desembarcos en sus tierras tras el descubrimiento del sepulcro. Ya en el 858, una gran flota vikinga de unas cien naves entró por la ría de Arosa, saqueó la diócesis de Iría Flavia, llegó a Santiago de Compostela y le puso sitio. Aun cuando la ciudad pagó tributo, los vikingos no cedieron en su intento de saquearla y se mantuvieron amenazantes a sus puertas hasta que el rey Ordoño I les obligó finalmente a retirarse. Aun así, a todo lo largo del siglo X y durante buena parte del XI, aquellos molestos visitantes

estuvieron apareciendo cada dos por tres poniendo en continuo peligro a las reliquias del santo.

Entremedias, distraídos con tanto vikingo acechante, apareció el temible Almanzor en el 997 sin que casi se dieran cuenta los compostelanos. El caudillo musulmán pretendió también hacerse con las riquezas que acumulaba la ciudad para, de paso, debilitar la voluntad de los cristianos asentándoles un duro golpe moral al atacar el pujante culto al santo. Llegó a las puertas de la ciudad y la arrasó e incendió sin encontrar apenas resistencia porque sus habitantes no la defendieron y prefirieron huir a tiempo. Pero aseguran que el obispo Pedro de Mezonzo sí pudo poner a salvo las santas reliquias con suficiente antelación evitando así el desastre de su pérdida. Y precisa además la leyenda que el caudillo moro entró a caballo en la iglesia y dio de beber al animal en la pila bautismal, una incorrección manifiesta, pero al tiempo impidió que la tumba del apóstol recibiera daño alguno a pesar de que solo estaba escoltada por un monje anciano.

–¿Por qué sigues aquí? –le preguntó un noble cordobés al ver que no había huido.
–Para honrar a Santiago –le respondió el custodio.

Su valentía le salvó la vida porque el emir vencedor, magnánimo por un instante, dio orden de que lo dejaran tranquilo. Aun así no quedó sin castigo su osadía ante los ojos de Dios, y Almanzor sufrió numerosas heridas durante la aceifa y también una fuerte diarrea por su ofensa al santo. Eso le obligó a acortar la campaña y regresar a Córdoba no sin antes ordenar el traslado de las puertas de la catedral y de sus campanas a la ciudad califal a hombros de cristianos cautivos. Así las campanas acabaron como lámparas de aceite en la mezquita cordobesa hasta que fueron restituidas a Compostela por el rey Fernando III tras la conquista de Córdoba en 1236.

Pero volverían las zozobras en 1589 cuando **Francis Drake** amenazó la ciudad tras desembarcar en La Coruña al amparo del previo fracaso de nuestra Armada Invencible en aguas británicas. Atacó la capital gallega y la saqueó en parte, aunque fue finalmente rechazado sufriendo grandes bajas en hombres y barcos lo que le impidió llegar a Santiago. Entretanto, el arzobispo Juan de Sanclemente había ocultado de nuevo los restos del apóstol en un escondrijo construido en el ábside de la capilla mayor, detrás del altar y bajo tierra, ante el potencial riesgo de saqueo por parte del inglés… Y las ocultaron tan bien que, aunque cueste creerlo, acabaron perdiendo la traza exacta del lugar. ¡Vaya despiste y menudo drama!

Permanecieron perdidas muchos años, casi tres siglos, hasta que en 1878 el arzobispo Payá y Rico se empeñó en recuperarlas. Y tras cavar por aquí y por allá, consiguieron tropezar con una bóveda bajo la que hallaron una urna con huesos humanos. Y aquello les pareció vestigio de una necrópolis antigua porque en la urna encontraron una inscripción sepulcral en griego, «*Athanasios martyr*», pero sin mostrar ninguna otra más. Y al abrirla comprobaron que contenía la osamenta de tres personas distintas, dos de edad media y una de edad más avanzada, lo que alimentó la ilusión de que por fin se hubieran recuperado los restos de Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodoro.

Monseñor Payá encargó su análisis a la universidad compostelana para consolidar tal esperanza y, tras ello, envió los resultados de esta investigación al Papa León XIII en el mismo año de 1884. Este último, animado por la prudencia, no los consideró prueba suficiente para pronunciarse y encomendó a monseñor Caprara, alto funcionario vaticano, que realizara el adecuado proceso contradictorio actuando como promotor de la fe. Y ahí se iniciaron unas nuevas investigaciones.

Retrocediendo en el tiempo, los expertos del Vaticano recordaron que la ciudad italiana de Pistoia estuvo amenazada por los sarracenos en el año 849 y, ante tales apuros, sus habitantes encomendaron su protección al apóstol Santiago. Y resultó que, gracias a aquellas fervorosas oraciones al santo, el temido asalto jamás se produjo. Tiempo después, 1145, y como agradecimiento por aquel milagro, el obispo de Pistoia pidió al de Santiago –el gran Gelmírez por entonces– una reliquia del santo para afianzar el culto al apóstol en su ciudad… Y monseñor les envió un pequeño trozo de hueso en respuesta.

El Doctor Chiapelli, experto médico de la comisión investigadora, lo examinó y dictaminó que se trataba de una apófisis mastoidea

derecha que aún conservaba restos de sangre coagulada. Y añadió que posiblemente había sido separada del cráneo por la decapitación de una persona realizada desde la espalda y tajando en el lado derecho. A renglón seguido la susodicha comisión se desplazó a Santiago de Compostela y, al examinar las reliquias halladas por Payá, constataron que uno de los tres cráneos carecía de esa apófisis mastoidea derecha.

«*Fumata bianca*». La resolución se publicó el 25 de julio del año de 1884, festividad de Santiago, y el papa León XIII dictó en noviembre del mismo año la bula «*Deus Omnipotens*» donde dictaminó que los restos se correspondían con los del apóstol Santiago y, en consecuencia, animaba a seguir con las devotas peregrinaciones a todo el orbe cristiano.

Obsérvese la curiosa lógica de esta decisión. Lo único que, en mi atrevida opinión, quedó medianamente aseverado es que la reliquia de Pistoia procedía de los restos hallados en Santiago de Compostela. Pero no demostraba nada nuevo en lo referente a la pertenencia de los mismos. En consecuencia, con el dictamen se aceptaba como cierta e inamovible la tradición compostelana en lo referente a que las reliquias halladas en el siglo IX fueron sin duda las del apóstol Santiago que, años después, proporcionaron el huesecito enviado a Pistoia. Y no, nunca se han realizado estudios modernos genéticos ni se ha hecho datación por carbono-14 de los restos, que se sepa.

Así que cada uno piense lo que quiera, aunque en todo caso vuelvo a mi postura ya expuesta. ¿Y qué más da quien sea? Que cada cual mire, juzgue y vea lo que quiera ver.

Año Santo Compostelano de 2022

¡Ultreia!